

Germán Arciniegas
y Macedonio Fernández

Tamayo Fernández, Martalucía

Germán Arciniegas y Macedonio Fernández : vidas paralelas posmodernas: en esa incapacidad de ser serios / Martalucía Tamayo Fernández. -- 1a ed. --Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2006.

134 p. : ilustraciones, fotos ; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas (113-116).

ISBN: 958-683-869-2

1. ARCINIEGAS GERMÁN, 1900-1999 - CRÍTICA E INTERPRETACIÓN. 2. ARCINIEGAS GERMÁN, 1900-1999 - CORRESPONDENCIA. 3. FERNÁNDEZ, MACEDONIO, 1874-1952 - CRÍTICA E INTERPRETACIÓN. 4. FERNÁNDEZ, MACEDONIO, 1874-1952 - CORRESPONDENCIA. 5. LITERATURA LATINOAMERICANA - HISTORIA Y CRÍTICA. 6. POSTMODERNISMO. I. Pontificia Universidad Javeriana.

CDD 928.61 ed. 21

Catalogación en la publicación - Pontificia Universidad Javeriana. Biblioteca General

ech.

Mayo 24 / 2006

Diseño de la carátula: Miguel Fernando Serna Jurado

La publicación de la presente investigación fue financiada por la Vicerrectoría Académica de la Pontificia Universidad Javeriana, por medio de la convocatoria: *Apoyo a la publicación y divulgación de resultados de proyectos de investigación*, del año 2004.

Prohibida la reproducción total o parcial de este material, sin autorización por escrito de la Pontificia Universidad Javeriana.

Germán Arciniegas
y Macedonio Fernández

Vidas paralelas
posmodernas

En esa incapacidad de ser serios

Martalucia Tamayo Fernández



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



Reservados todos los derechos
©Pontificia Universidad Javeriana
©Martalucía Tamayo Fernández
Editorial Pontificia Universidad Javeriana
•e Transversal 4ª # 42-00, primer piso,
Edificio Rafael Arboleda, S.J.
Bogotá

Directora:
Selma Marken Farley

Coordinación editorial:
Alfredo Duplat Ayala

Coordinación autoedición:
Fernando Serna Jurado

Corrección de estilo:
Leonardo Holguín Rincón

Autoedición:
Alba Esperanza Giraldo Vásquez

Primera Edición 2006
ISBN: 958-683-869-2
Número de ejemplares: 500
Fotomecánica e impresión: Javegraf

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS Y MANIFIESTO PÚBLICO	13
MÁS Y MÁS AGRADECIMIENTOS	13
EN COLOMBIA	13
EN ARGENTINA	13
PRÓLOGO INVOLUNTARIO A TRES MANOS	15
INÉS	15
LUCÍA	15
JULIA	16
ADVERTENCIA AL LECTOR	19
INTRODUCCIÓN	23
¿QUIÉN ES GERMÁN ARCINIEGAS?	27
UN HOMBRE QUE PRIMORDIALMENTE ES INCAPAZ DE SER SERIO	29
DEFINICIONES Y AUTODEFINICIONES DEL MAESTRO ARCINIEGAS	29
¿QUIÉN ES MACEDONIO FERNÁNDEZ?	31
EL HOMBRE DEL PENSAR Y DEL ALMISMO	31
FRASES CÉLEBRES QUE LO AUTO-DEFINEN	33
EL ORIGEN DE ESTE ENSAYO	35
TESTIMONIOS. CARTAS ENTRE MACEDONIO FERNÁNDEZ Y GERMÁN ARCINIEGAS	37
DE GERMÁN ARCINIEGAS A MACEDONIO	37
RESPUESTA A GERMÁN ARCINIEGAS	37
DE GERMÁN ARCINIEGAS	38
VERSIONES ENCONTRADAS. LAS DOS CARAS DE LA MONEDA	41
PROCESO CASI-EN-CONTRA DEL PARALELO	41
COMENTARIO DE UN ARGENTINO ESCÉPTICO. ALGO ALÉRGICO AL POSMODERNISMO... DIGO YO	41
PROCESO CASI A FAVOR DEL PARALELO	44

COMENTARIOS DE OTRO ARGENTINO NADA-ESCÉPTICO.	
NADA ALÉRGICO AL POSMODERNISMO... DIGO YO	44
CONTACTO CON GERMÁN ARCINIEGAS	49
PRIMERA ENTREVISTA CON GERMÁN ARCINIEGAS	
(BOGOTÁ, 10 DE FEBRERO DE 1996)	49
DE CÓMO DESCUBRÍ EL PUNTO DE ENCUENTRO	57
PERO, ¿QUÉ OPINABA GERMÁN ARCINIEGAS?	61
COMENTARIOS DEL MAESTRO	61
ESOS MARAVILLOSOS AÑOS CUARENTA EN BUENOS AIRES	63
PUNTO DE ENCUENTRO	63
RELACIÓN BORGES-MACEDONIO	63
EL PASO DESDE MACEDONIO HASTA ARCINIEGAS	66
DESARROLLO DEL ESTUDIO	71
EL “INEVITABLE Y-HASTA-AHORA-SÓLO-COMENTADO”	
PARALELISMO ENTRE ARCINIEGAS Y MACEDONIO	71
PRIMERA ENTREVISTA CON ADOLFO DE OBIETA	
EN BUENOS AIRES (11-21 DE ABRIL DE 1998)	73
MACEDONIO-ARCINIEGAS: PARALELISMO EN SUS VIDAS	78
VEAMOS EN QUÉ MÁS SOBRESALE EL PARALELO	80
LO QUE DE MACEDONIO IMPRESIONÓ A ARCINIEGAS	93
EL PARALELISMO ARCINIEGAS-MACEDONIO EN DOS OBRAS DE ARCINIEGAS	97
EL DIARIO DE UN PEATÓN: NOTABLE CERCANÍA ENTRE ARCINIEGAS	
Y MACEDONIO	97
EN MEDIO DEL CAMINO DE LA VIDA: PARALELO NOVELADO ENTRE	
ARCINIEGAS Y MACEDONIO	103
EPÍLOGO ENSAYADO	109
DEFENSA DE LA AUTORA	111
BIBLIOGRAFÍA	113
OBRAS DE GERMÁN ARCINIEGAS RECOMENDADAS	113
OBRAS DE MACEDONIO FERNÁNDEZ RECOMENDADAS	114
TEXTOS CITADOS	115
ANEXOS	117
ANEXO 1. TESTIMONIOS.	
CARTA DE GERMÁN ARCINIEGAS A MACEDONIO FERNÁNDEZ	117
ANEXO 2.	
RESPUESTA A GERMÁN ARCINIEGAS	118
ANEXO 3.	
RESPUESTA DE GERMÁN ARCINIEGAS A MACEDONIO FERNÁNDEZ	119
ANEXO 4.	
CARTA DE ENRIQUE ANDERSON IMBERT A MARTALUCIA TAMAYO	120

ANEXO 5.	
PRIMERA CARTA DE MARTALUCIA TAMAYO AL MAESTRO	
GERMÁN ARCINIEGAS	120
ANEXO 6.	
CARTA DE MACEDONIO FERNÁNDEZ A GABRIEL DEL MAZO	122
ANEXO 7.	
INVITACIÓN DE GERMÁN ARCINIEGAS A MACEDONIO FERNÁNDEZ	123
ANEXO 8.	
CARTA DE MACEDONIO A JORGE LUIS BORGES	124
ANEXO 9.	
“DOCTRINA ESTÉTICA DE LA NOVELA”	125
ANEXO 10.	
“UNA TEORÍA DE LA HUMORÍSTICA”	128
ANEXO 11.	
FOTOGRAFÍA DE MARTALUCIA TAMAYO CON GERMÁN ARCINIEGAS	133
ANEXO 12.	
FOTOGRAFÍA DE MACEDONIO FERNÁNDEZ	134

*Obra dedicada al
Maestro Germán Arciniegas Angueyra
y a Macedonio Fernández*

AGRADECIMIENTOS Y MANIFIESTO PÚBLICO

Quiero expresar mi sincero agradecimiento al Instituto de Genética Humana (IGH) de la Facultad de Medicina, por permitirme abrir el espacio donde se analizan estos temas en medio de la investigación científica. La línea de estudios humanísticos, literarios e intelectuales que se ha venido desarrollando desde hace algunos años, es lo que ha permitido la producción de esta obra y de otros trabajos que aún están en vía de desarrollo.

Deseo hacer público y manifiesto un especial agradecimiento a la Vicerrectoría Académica de la Pontificia Universidad Javeriana, por haber seleccionado esta obra dentro de los diversos proyectos de investigación de la Universidad y haberla premiado con la financiación de la publicación.

Quiero expresar mi agradecimiento al profesor Jaime Alejandro Rodríguez, por la evaluación del texto, recomendaciones y sugerencias.

Otro agradecimiento especial a la Editorial Pontificia Universidad Javeriana, por su evaluación asesoría y edición.

Finalmente, el más sincero agradecimiento a mi familia y en especial a mi mamá, que desde mi niñez me enseñó a leer leyendo, entendiendo, aprehendiendo y analizando... No sin cierta irreverencia, claro.

MÁS Y MÁS AGRADECIMIENTOS

EN COLOMBIA

Aurora Arciniegas Vieira, Gabriela Arciniegas Vieira, Julia Arciniegas Angueyra de Giraldo, Inés Arciniegas Angueyra de Rueda (Q.E.P.D), Lucía Arciniegas Angueyra de Pérez (Q.E.P.D), Mauricio Pérez Arciniegas y Claudia Londoño, Enrique Anderson Imbert y Juan Gustavo Cobo Borda, que me alentó a seguir en esto.

EN ARGENTINA

Adolfo de Obieta, hijo de Macedonio Fernández (Q.E.P.D.), Daniel y Sandra Micaelli, y a los ex-integrantes del grupo “Casa de Macedonio”.

Y, por supuesto, al lector que es capaz de estar de acuerdo con que “siempre lo que no dijo nada, se redactó perfecto”.

PRÓLOGO INVOLUNTARIO A TRES MANOS

*Porque este libro quiere rendir un homenaje especial
a las tres hermanas del Maestro Arciniegas, Julita, Lucía e Inés,
a quienes he tenido la dicha de conocer.*

MLT

Aportes de entrevistas realizadas por la autora en 1997 a las cariñosamente llamadas “tres porcelanas”.

INÉS

Nosotras no asistimos al matrimonio de Man, pero fuimos a la estación del tren a recibirlos. Lo veo como si fuera ayer, estaban todos los amigos esperándolos (...).

A Man lo definiría como un hombre alegre, joven, bueno, optimista. Así lo definiría yo (...). De él más me ha impresionado su forma de ver la vida, su capacidad de apreciar todo con ojos optimistas y con ojos de joven. Para él, nunca han pasado los años.

Las notas de Man en el periódico son como un bálsamo que tranquiliza el espíritu, que reconcilia con la vida y con el país. Porque siempre ha tenido esa manera de ver la vida. Eso es lo que más le admiro a él (...). Para los jóvenes es una cosa maravillosa tener un escritor, que con la experiencia de haber vivido 96 años, ve el mundo con ojos de joven, como ellos. Entonces es como darle a la juventud una experiencia de 96 años, ¿no?

Inés Arciniegas de Rueda (Q.E.P.D.).

LUCÍA

Mi casa era una casa de puertas abiertas que estaba siempre llena de gente, a todas horas llegaba gente a visitar a mamá, a mis hermanas, a Isabel o a Germán.

Y se inventaban cosas sensacionales. Mamá los atendía, les daba chocolate, garullas, de todo. Eso les daba mucha energía, mucho entusiasmo y la gente no se iba. Entonces Germán a las nueve de la noche decía: ¿por qué no nos vamos para Monserrate a pie?, y llegaban a Monserrate a prender candela y comenzaban a improvisar, a declamar y a hacer chistes (...). Las idas a La Peña sí me tocaron a mí con López de Mesa, que estaba medio enamorado de la hermana de Gabriela. Allí sí nos llevaban a nosotras chiquitas, porque La Peña quedaba más cerquita de nuestra casa. A las seis o siete de la noche emprendíamos por las callejuelas de San Agustín y de Santa Bárbara. Lo mismo, llevábamos chocolate y comenzaba la sesión de chistes y todo el mundo hablaba en verso e inventaban sonetos en un minuto, comenzaban a declamar y eso era fabuloso. Es que en casa también se hacían comedias y se representaban. Todos tomábamos parte, Germán, Isabel, mi hermana Julia, Inés y yo. Era muy divertido (...) porque también se hacían sesiones de música y había orquesta. Julia tocaba el violín; Isabel, el piano, los novios y los amigos tocaban flauta, chelo y entonces organizábamos una orquesta, con debut y todo.

Germán es una persona genial, original, de gran personalidad; buena, generosa, correcta, sincera; de una sola pieza; bueno, fabuloso, para mí fabuloso. Tiene una manera de ver las cosas por donde a mí también me gusta verlas, y entonces yo gozo positivamente leyendo sus escritos. De Germán me ha impactado el aprender a observar y a captar las cosas como quizás los demás no las ven. Las cosas maravillosas que hay en una piedra, en una flor, en un rincón y gozar al máximo con ellas. Esa es una cosa que Germán nos ha enseñado y ha sido fabuloso en todo. De una simplicidad, pero de una profundidad impresionante.

Yo pienso que no hay nada más emocionante para un joven que ver la experiencia de una persona que tiene 96 años y que es todavía más joven que ellos; de manera que eso es sensacional (...). Hace unos años, en su cátedra de la Universidad de los Andes, él se extrañaba de que tuviera tantos jóvenes y hasta tenía malas sospechas de que iban solo como a tomar bordado. La realidad era que los estudiantes se enloquecían con su cátedra, era algo fabuloso.

Lucía Arciniegas de Pérez (Q.E.P.D.).

JULIA

Yo recuerdo con Germán viajes maravillosos, como el que hicimos a Villa de Leyva, lo que le sirvió después para escribir tres o cuatro notas. Me acuerdo que había llovido la víspera cuando salimos de Arcabuco a caballo para Villa de Leyva. Había una bajada muy fuerte que era pura greda y el caballo de Germán se sentó y bajó sentado. Eso era un viaje chistosísimo. Bueno, llegamos a Villa de Leyva y después al desierto de la Candelaria donde había un convento y nos bajamos Gabriela y yo con un cansancio terrible ¿no? Habíamos quedado con la forma del galápagos, con las piernas despernancadas que no las podíamos cerrar porque nos habíamos quedado así. Era tardísimo y estábamos sin almorzar. Y las monjas no nos dejaron entrar al convento “por ser mujeres”. ¡Qué rabia la nuestra!, nos íbamos murien-

do de la furia. A Germán sí porque era hombre. Él pudo entrar y ver todas las bellezas que tenían en pintura y nosotras perdimos el viaje. Hoy en día ese convento está convertido en un hotel, tiene piscina, se bañan las muchachas en vestido de baño y todo; otro mundo, otra época completamente.

Man era un hombre, ante todo, buenísimo. El hombre más bueno del mundo, el más optimista, más alegre, más ayudador de los artistas... El hombre que ha defendido la independencia, la dignidad del país por encima de todo. Es un hombre sumamente libre, esa es una característica de su vida (...). Todo en la vida de Germán me ha impactado porque toda la vida de Germán fue y es importantísima. Nosotras nos deshacemos en ponderaciones porque siempre todo nos parece maravilloso.

A mí me parece que Germán ve la historia siempre desde un punto de vista completamente distinto al de todo el mundo. Él es un académico, pero ve la historia muy diferente a como la ven los académicos, que la ven muy formal. Germán la vuelve chiste (...). El, por ejemplo, cree que la Historia universal debería ser la historia de la cultura (...). Para Germán, la historia es la historia de los valores humanos y de la cultura, más que la historia de las guerras.

Julia Arciniegas de Giraldo.

ADVERTENCIA AL LECTOR

El Maestro Arciniegas se ufana de su especial sentido del humor. Al recordarle que su amigo Juan Gustavo Cobo Borda lo ha llamado *Maestro humorista con mucho de guasón*, sostiene mientras se ríe: “Eso se debe a mi incapacidad de ser serio”. Así, pues, estimado lector, no se puede ser serio para entender a Arciniegas, tampoco para entender el paralelo aquí planteado ni para estudiar la posmodernidad, que tanto comienza a gustarme.

Si usted es una persona seria, circunspecta, de cuello blanco almidonado; literato en más de la extensión de la palabra; de los que se pone frac para leer un ensayo y calificarlo; un crítico definido y cerrado, entonces a usted no le va a gustar este ensayo.

Lo primero que llamará su atención es mi hipótesis, que plantea un paralelo entre estos dos autores; lo segundo, atreverme a decir, sin ruborizarme, que ambos eran escritores posmodernos. Insisto en eso, aunque ellos nunca lo supieron. Debo aceptar que se me viene mucha crítica encima, pues son muchos los que han sostenido que Macedonio, Borges y Arciniegas eran, en esencia, vanguardistas. Sin ir más lejos, Ediciones Corregidor publicó en Buenos Aires un simpático ensayo de Mónica Bueno (2000); en él, la autora plantea la tesis de que Macedonio era un escritor de fin de siglo, lo que para ella significa vanguardista y, por tanto, modernista. Tradicionalmente, estos autores han sido reconocidos pertenecientes a la Vanguardia, pero a mi juicio y el de muchos otros admiradores del posmodernismo, fueron más que eso.

Ciertamente, fueron la expresión del posmodernismo más incipiente y atrevido, que marcó pautas interesantes en la literatura latinoamericana. Pero le advierto, querido lector, es posible que este ensayo le moleste porque plantea y replantea un estilo literario, a la vez que codifica y de-codifica lenguajes de ruptura, mientras reflexiona y auto-reflexiona sobre el realismo del realismo, toda vez que se mira en un espejo que no solo refleja, sino que recompone a la manera que el posmodernismo propone una “auto-de-construcción” –contraria a la auto-destrucción en que vive el mundo moderno. [Ahora bien, si la modernidad es destrucción y la posmodernidad es auto-deconstrucción y si estos autores no fueron tanto de van-

guardia como del posmodernismo, esto quiere decir que el posmodernismo puede presentarse antes del modernismo. Siendo así, se presenta la paradoja de que algunos autores posmodernos se anticipen a otros modernos; lo que ya es bastante posmoderno, dado que este rompe esquemas, pautas, sincronías, espacios y parámetros].

Pero usted, lector, aún estará preguntándose qué es todo este cuento del posmodernismo. Bien, le anticipo que verdaderamente es un cuento nuevo, ampliamente estudiado en nuestro país por el escritor, ex-decano académico de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana, experto en hipertexto e ingeniero químico –auto-denominado ingeniero cómico–, Jaime Alejandro Rodríguez. Él sostiene que no hay una definición precisa o muy clara de la posmodernidad, pues el término es un poco complejo. Sin embargo, sí puedo contarle que existen varias cosas que significan posmodernidad, muy bien explicadas por Rodríguez: “Una metaficción o ficción dentro de la ficción. Es una forma de representar al mundo como una gran ficción. Es una estética de fuerzas y una estética de formas” (2000). Rodríguez insiste en la definición de Ballesteros: “La posmodernidad debe ser entendida como ‘una pérdida de resistencias’. Es un verdadero cambio de paradigmas. Es la superación de la hegemonía de la modernización. Es capaz de llevar a cabo reivindicaciones”. Así mismo, retoma lo que dice Vattimo sobre la posmodernidad: “Puede tener algunas acepciones negativas, como por ejemplo significar un debilitamiento del ser y un debilitamiento del principio de realidad. Significa un nuevo orden que sustituye al orden que ya está establecido por la modernidad. Es un estilo de vida que impondrá una especie de ‘nomadismo’. El sentido de lo posmoderno es el rebasamiento de la metafísica”. ¿Será la misma metafísica que emocionó a Macedonio?

Para que el lector vea la complejidad del tema, Rodríguez afirma que:

Existen quienes sostienen que la condición posmoderna es expresión de tolerancia, pluralismo y multiplicidad de formas. Representaría una autocrítica de la modernidad, en la que pudo pensarse a sí mismo y redefinir su naturaleza. Es como un espejo que no refleja, sino recompone. No sólo reproduce sino que anticipa la realidad y en ese sentido, puede afirmarse que la crea. Su realismo consiste en su capacidad de generar realidad. La posmodernidad ha rebasado las exigencias metafísicas de lo verosímil. Implica una autoreferencia que incluye operaciones como la auto-identificación y la auto-deconstrucción. El artista posmoderno puede despreocuparse por la continuidad lógica de su discurso, la expresión ya no está restringida, puede renunciar a lo absoluto y al sentido, e incluso, representa una libertad absoluta en donde hay ausencia de parámetros y de discurso-lógico. El posmodernismo adopta una actitud anti-discursiva, pero también representa un ejercicio de metaficción literaria (ficción dentro de la ficción). (Rodríguez, 2000)

Yo pienso que en esa ficción dentro de la ficción caben los personajes extraños, los no-usuales, los nunca-vistos, los que rompen-esquemas; entre otras cosas, los personajes propuestos por un Germán Arciniegas y un Macedonio Fernández.

Por otra parte, la posmodernidad implica unas condiciones diferentes para el lector –también muy parecido al planteamiento que siempre hicieron Arciniegas

y Macedonio. “El arte posmoderno convoca al lector a definirse a sí mismo, en virtud de esta nueva visualización de lo real. Es una liberación de espacio y tiempo en la escritura. El lector se transforma en jugador y la lectura en juego. Muestra una realidad fabulizada. También puede significar optar por el ‘nihilismo activo’. La literatura posmoderna opera bajo una estética de fuerzas, según la cual la obra literaria la hace el lector”. [Nótese que ese planteamiento también se observa en los escritos de los dos autores que nos ocupan]. En este orden de ideas, Rodríguez agrega:

Esa literatura posmoderna implica reconocerle nuevas funciones al lector: doble productividad, capacidad de determinación de la indeterminación, relaciones no ligadas al sentido o a la idea, grado cero de la interpretación, etc. En consecuencia, lo que estaría en juego en la literatura posmoderna es hacer del lector un productor de texto, es decir, la promoción del lector-creador, el entendimiento de la escritura como creación de mundo, de vida, argumento y memoria. Es una transgresión de la retórica y la lógica. Lo posmoderno rompe el marco Historia/Ficción y crea nuevos personajes, como el personaje-autor. (2000)

[Para quienes conocemos los escritos de Macedonio y Arciniegas, es fácil reconocer esa teoría en los dos autores adelantados a su tiempo. Ellos ya hablaban del personaje-autor y del personaje-lector].

Así, pues, estimado lector, lea este texto bajo su riesgo y responsabilidad. Después no diga que no se le advirtió. Se está metiendo en honduras no-antes-vistan-leídas. Así que le quedan dos opciones: le gusta o no este nuevo planteamiento. Usted decide, porque en el mejor de los casos y para hacer honor a la literatura posmoderna, “el libro sólo es libro cuando es leído”. Si este escrito no llega a manos de ningún lector, no es escrito, no es libro, no es texto... Es nada. Entonces, siento informarle que parte de la responsabilidad del éxito o fracaso de esta obra es suya. Porque una obra, en últimas, está completa y realizada cuando es leída. Lo lamento, pero este cuentico lo hacemos juntos, usted y yo.

Para comenzar, usted dirá que esto no es un ensayo; que es una ofensa a la literatura y a Arciniegas; que siquiera se murió Macedonio sin ver este adefesio; que es una obra sin unidad temática, sin claridad expositiva; que su elaboración conceptual no es adecuada; que le faltó cuidado estilístico; que no hace aporte significativo a la literatura; que la autora no presenta una posición personal; que le falta elaboración formal; que no hay desarrollo de las ideas; que la elección del tema no es correcta; que le falta rigor en el abordaje del tema; que carece de originalidad; que la autora no tiene habilidad argumentativa; que no se evidencia novedad estilística ni creatividad, que la autora no usó la imaginación; que “no merece ni un plomo que yo dispare para matarla”, que mejor la encierren en un manicomio; en fin, usted dirá estas y muchas otras cosas. No se preocupe, puede que tenga razón.

Ya lo dije, esto lo hacemos usted y yo, así que todo lo anterior puede ser cierto. Pero creo que todo esto hace parte de la nueva literatura posmoderna que tanto estamos defendiendo entre Arciniegas y Macedonio. Lo que pasa es que mucha gente aún no acepta, no conoce y no entiende la posmodernidad. Yo he visto que

estos autores, que siempre fueron considerados –acaso mal llamados– vanguardistas, en realidad fueron unos auténticos posmodernos. En eso se basa el paralelo que aquí represento, en un paralelo posmoderno donde caben las paralelas que sí se cruzan. No le dé miedo hacer el ensayo conmigo en esta nueva propuesta literaria. Vívala y revívala; recréela y re-deconstrúyala.

Por otro lado, no le haré caso a la crítica que se opone a que esta obra sea de mostrar. No me interesa una opinión cerrada, anticuada, cuadriculada y encorbatada –es decir, moderna. Porque aunque usted, querido lector, piense que tiene razón, yo creo que se equivocan quienes se oponen a lo posmoderno. Estoy segura de que lo hacen por miedo, físico terror al cambio, a romper viejos esquemas. La imaginación, la creación, la originalidad, la alternatividad estilística, el adecuado abordaje del tema, la cuidadosa elaboración de pensamiento, el toque artístico, la creatividad, la elaboración de estilo, la habilidad argumentativa y todo lo que se le puede criticar a este ensayo está si el lector quiere verlo; si no, no está. Recordemos que el deseo de Arciniegas de no ser tan serio es el reflejo de un hombre de historia que piensa seriamente que en la vida también es importante saber reír, saber manejar el humor. Su vida entera se basó en los planteamientos que el movimiento posmodernista presenta. Entonces podemos decir que fue un escritor posmoderno sin saberlo. Eso es lo mejor del cuento.

Ahí está el secreto de la vida, ser sin serlo o en ser sin saber que se es. Pero hay más de un secreto en las vidas de Arciniegas y de Macedonio. Ellos demostraron que había que tener la mente abierta para dejar caber toda una literatura nueva, todo un nuevo estilo literario. Mente abierta, ese es el secreto primordial de la vida que se necesita, mi estimado lector, para adaptarse a los cambios, para evolucionar, para vivir este mundo actual que rompe paradigmas y cambia minuto a minuto a unas velocidades exageradas. En parte, me parece a mí, que una expresión de la mente abierta es el humor y la auto-denominada “falta de seriedad” de la que tanto hablaba Arciniegas. Ahora bien, para entender a la gente de mente abierta se requiere de más mente abierta. Así, pues, queda claro que para leer y entender este ensayo, lo primero que hay que agregarle a esas mentes abiertas requeridas es *una total y absoluta falta de seriedad* –como dijo Arciniegas que tenía, y puede que tuviera razón. ¿Irreverente? ¡Claro!

INTRODUCCIÓN

¿Qué va desde Germán Arciniegas hasta Macedonio Fernández? ¡Ah!, ¿pero es que va algo? Dirán algunos ¿Y qué puede ser lo que va desde Macedonio hasta el Maestro Arciniegas?, se preguntará el lector. Para mí, fanática de Germán Arciniegas y de Macedonio Fernández, no fue difícil encontrar los hilos que conectan uno con otro. En el epistolario del gran Macedonio se encuentran dos cartas dirigidas al Maestro colombiano en 1940. Rápidamente uno busca las que Arciniegas devolvió a Macedonio, y se encuentra con dos interesantes respuestas. Era obvio que se conocían, incluso habían hablado el mismo día y se comunicaban con cierta regularidad.

En esas cartas, llama la atención el anuncio de Arciniegas del envío de dos libros a Macedonio, la respuesta de Macedonio y su promesa de publicar en la Revista de las Indias, en Bogotá, de la que el Maestro Arciniegas era editor en ese entonces. Se puede deducir que los unía una cercana relación y posiblemente una amistad. Pero, definitivamente, una afinidad en los temas de sus obras, al igual que una mente lo suficientemente abierta como para dejar caber el nuevo estilo que estaba imponiéndose entonces –el mismo que hoy podemos reconocer como posmoderno.

Al leer y releer esta correspondencia uno no puede dejar de preguntarse: ¿En qué parte de la literatura se unieron los dos? Esta pregunta llegó a ser tema de conversación con Ana Camblong, cuando viajé a Posadas-Misiones, Argentina. Ella me recomendó las lecturas que ahora yo también le recomiendo a usted, querido lector (cfr. Camblong, 1999; Baboulet, 1917). Es llamativo que al Arciniegas de aquella época le hubiesen interesado los escritos de Macedonio. Pero sigue la inquietud, pues Macedonio no es para todos. ¿Qué fue lo que atrajo a Arciniegas de ese casi-ignorado escritor argentino? Aquí surge la hipótesis de un posible paralelismo, de que hay algo más que los relaciona y los mantiene más unidos de lo que cualquiera pueda imaginar –hoy sostengo que fue su estilo de vida más posmoderno que de verdadera vanguardia.

La teoría aquí planteada es, en pocas palabras, el *ensayo de demostrar un paralelismo*. El lector no debe preocuparse por encontrar un ensayo tal cual; es decir,

un escrito con todo el rigor del ensayo literario propio, serio, solemne. En su lugar encontrará un ensayo de aficionado y fanático. Más bien, casi-un-ensayo-humorístico, donde se pretende demostrar lo indemostrable y, contra todo pronóstico y esperanza, se logra si el lector lo termina de hacer. No se desanime, querido lector, de todos modos esto no le restará validez a su lectura; tampoco habrá perdido el tiempo, pues al final verá muy claro el porqué de la hipótesis planteada en el inicio. Sólo trate de ponerse en una de esas paralelas. Pero cuidado, mire bien, tiene que ser en una de las especiales, de las que sí se cruzan.

¿Por qué unir a Germán Arciniegas con Macedonio Fernández? Seguirán preguntándose los lectores curiosos. [Los mismos lectores-actores-autores que se animaron a llegar hasta acá]. Pero, antes de eso, ¿cómo llegar a Germán Arciniegas a través de Macedonio Fernández, o viceversa? Todas estas cosas curiosas llevan directa o indirectamente a pensar que hay un Arciniegas oculto que se relacionó con un Macedonio especial. Una atracción ignorada hasta ahora, que cruzó el hilo de sus vidas en los años 1939 y 1940. Es como si existiera un signo que los relacionó y los ató de manera casi imperceptible. Vidas casi-paralelas, escritos casi-paralelos. O, más bien debo decir, paralelas posmodernas, de las que sí se cruzan. [Nótese que les doy la acepción de posmodernas teniendo en cuenta que son unas paralelas que rompen el esquema clásico y tradicional de no cruzarse nunca. En ese sentido rompen paradigmas. Estas recomponen el paralelismo, lo deconstruyen y lo reinventan. Así es lo posmoderno]. Ambos escritores estaban situados en un mismo camino de dos vías paralelas y se había designado que al recorrerlo se encontrarían. [Me intereso en jugar con el paralelismo, para seguir un estilo muy de Arciniegas, que siempre le gustó jugar con lo mismo. Recuerde la obra *Bolívar y Santander: vidas paralelas*, que tanto disfrutó Germán Arciniegas escribiéndola]. Eso no lo sabe nadie hasta que lo encuentra sin estar buscándolo. Es así como cualquier lector ávido de estos dos escritores, pasa a ser por un instante casi-dueño de un secreto, el secreto de esa unión literaria. [Nótese que aunque en este escrito todo es “casi”, no significa que sea un “casi-ensayo”]. A través de Arciniegas se descubre un Macedonio Fernández que le escribió recomendándole que no perdiera la comicidad y que matara la tristeza. Así se llega a la certeza de que ambos se conocían sin conocerse, como dijera el mismo Arciniegas en su carta a don Macedonio el 25 de abril de 1940: “Sin conocerlo a usted, creo que ya lo conozco...” [¿Hay algo más posmoderno que esto?].

Escritores como Arciniegas o Macedonio no se dan todos los días, ni todos los siglos. Yo creo adivinar algo especial en ellos. En parte a través de sus obras y en parte a través de mis largas charlas con el Maestro Arciniegas en sus últimos años y las otras largas y profundas charlas que tuve con el hijo de Macedonio Fernández en Buenos Aires. Aquí intento mostrar una visión diferente de estos dos escritores. Primero un Arciniegas diferente, un hombre que habla siempre medio en serio y medio en broma, como también lo hizo Macedonio, tal y como puede hacerse en cualquier literatura posmoderna y humorística que se respete. [Solo me llama la atención que la literatura posmoderna no haya aclarado hasta el momento cómo sería el humor posmoderno. Yo lo re-invento, lo re-deconstruyo, lo re-creo en este texto, sin saber si en verdad es así. Pero de eso se tratan los ensayos posmodernos, creo, de plantear hipótesis y dejar que el lector los termine]. El

lector, al terminar este escrito, no dudará que ambos escritores gustaban del humor, y con éste, de las cosas absurdas. Porque eso les dio siempre una manera especial de ver las cosas, de ver el mundo y de entenderlo todo –en un mundo hoy reconocido completamente posmoderno.

Le pregunté al Maestro Arciniegas, un año antes de su muerte, si le molestaba saber que me estaba dedicando entre otras cosas a analizar su relación con un muerto, en especial con Macedonio. Me respondió que no. Y era obvio, pues el mismo Arciniegas se burló toda la vida de sus congéneres y amigos muertos y hasta se preciaba de ser el único ser viviente que había inaugurado su propia estatua de bronce en la Biblioteca Nacional en Bogotá, mientras sostenía que venía de ultratumba. Él, el mismo Maestro que como escritor, periodista, poeta, literato, historiador, novelista, ensayista, diplomático, ex-parlamentario y ex-embajador, sostuvo que ya lo había dicho todo y que no tenía nada que perder, me manifestó su agrado de que se me ocurriera escribir este paralelismo.

Fue una lástima que no hubiera alcanzado a verlo terminado. El lector notará que me baso en un Arciniegas que escribía mientras sonreía socarronamente al ver pasar el mundo. Ese que se mantenía en la más envidiable lucidez a sus 99 años de edad, que insistía en su incapacidad de ser serio, es el que me llevó hasta Macedonio Fernández y el arte de la escritura cómica, irónica, sarcástica y humorística. Es el mismo que repitió hasta el cansancio que la historia y el mundo necesitan de alguien que los mire al revés. [Nótese el pedido bien posmoderno que hacía un personaje de 1900, que sólo quería decomponer las cosas, no simplemente reflejarlas, como los espejos posmodernos. La filosofía de su vida siempre fue así, era una persona posmoderna sin saberlo].

Ya vimos las características del posmodernismo, ahora veamos las del modernismo. Se dice que el movimiento modernista implica una masificación o globalización de todo. Se culpa a los medios masivos de comunicación de masificar el mensaje y a la sociedad entera y lo más grave, según Pascuali, es que “cualquierizan” el mensaje (1976). La modernidad realza el poder del hombre al adquirir ciencia y tecnología, lo que lleva al ser humano a una mayor creación e invención. Quizá su estigma esté en el concepto unificador o masificador. Las cosas se organizan en estados pre-establecidos, que son muy difíciles de romper. Se ha sostenido que la modernidad pide cambios, pero que a su vez crea compartimentos exactos irrompibles, traza esquemas fijos, propone paradigmas que deben ser seguidos irremediablemente por todos, globaliza y generaliza. Todo se vuelve campos y compartimentos separados que no pueden reubicarse ni fusionarse. La modernidad va acelerada porque el tiempo ya no alcanza para nada, con la salvedad de que en esa carrera angustiada contra el tiempo, poco queda.

Algunos estudiosos del tema, como Robert Musil (1970), han dicho que en la modernidad todo se mueve, pero nadie sabe hacia dónde. Nadie sabe qué es arriba y qué es abajo y lo peor, que por momentos no se sabe si se está avanzando o retrocediendo. [Eso me pasa a ratos, pero un amigo geriatra dice que puede ser el Alzheimer]. Se dice que la modernidad es muy espacial [demasiado para mi gusto]. Si bien la modernidad es muy creativa, puede tener efectos devastadores en algunas culturas minoritarias, dado que tiende a homogenizarlo todo en su afán de progreso. No en vano Ángel Rama (1985) dice que el modernismo es el culto a la

internacionalización. [Claro que ya se nos viene el cuentico de la globalización y eso coge hasta la literatura y el humor. ¿Cómo será el humor globalizado?, probablemente como una carcajada en diferentes idiomas]. La Revolución Industrial prendió los motores de la modernización y la modernidad, lo que nos condujo al estado actual de buscar integración mundial y progreso. Si bien esto es atractivo, el justo temor que surge con el modernismo es la amenaza de acabar y arrasar con las minorías no-muy-productivas. Los teóricos del tema han sostenido que en aras de la modernidad el hombre pasa por encima de otros hombres en una desenfrenada carrera contra el tiempo, sin saber por qué, para qué y sin mirar otras alternativas. [Curioso tema para ser tocado por un genetista, que pasa su vida entera peleando por la aceptación social de la diferencia y de la desventaja de tener una enfermedad genética].

Todo esto es lo que me molesta de la tan famosa modernidad, que hoy en día se quiere cambiar, sin que por ello se diga que el nuevo movimiento se opone al progreso. Ese es uno de los objetivos del movimiento posmodernista, que busca un cambio radical de esta filosofía. Rama sostiene que una parte de la literatura modernista de fin de siglo es producto de la actividad autodidacta y de las tertulias culturales de los cafés. Efectivamente, Macedonio y Arciniegas vivieron esa época y pertenecieron a esa generación de fin del siglo XIX y comienzos del XX. Pero, insisto, no por ello se quedaron de modernistas toda su vida. Ellos se opusieron a muchas cosas y propusieron muchos cambios fundamentales que hacen pensar en que fueron los precursores de lo que hoy en día conocemos como el movimiento posmodernista.

En las siguientes líneas, mi querido lector, trataré de convencerlo, demostrándolo y viceversa, de que estos dos personajes se parecen mucho. Quizá tanto, tanto, pero tanto, que llegan a parecerse en lo mucho que se diferencian. [Este aparente absurdo lógico podría clasificarse como una verdadera aseveración posmoderna]. Esa frase, que parece absurda, me sirve para introducir el gran parecido absurdo, cómico e irónico que existe entre un Arciniegas diferente y un Macedonio desconocido. [Ambos posmodernos, según mi teoría. Pero si el lector lee otros que hablan de Macedonio Fernández, se dará cuenta de que no exagero (cfr. Fernández Latour, 1998; Isaacson, 1981; Fernández M., 1953)]. Los dos presentan perfiles poco conocidos o poco reconocidos; léase otros detallitos de Macedonio (cfr. Fernández M., 1967; 1944; Barrenechea, 1953: 25).

Es ahí, mi estimado lector, donde se tocan y se cruzan. Por eso, insisto, sus vidas son paralelas, pero de esas paralelas que sí se cruzan, quizá en el punto donde está la llamada “incapacidad de ser serios”. Pero la tarea de entenderlo y de-auto-deconstruirlo es suya, sólo suya mi apreciado lector activo, porque ya hace parte de esta obra y le queda la tarea de revisar otro poquito de literatura, si así lo desea.¹

¹ En este punto recomiendo: Salvador, 1981; 1993. De Obieta, 1981. Fernández M. 1991. Engelbert, 1993.

¿QUIÉN ES GERMÁN ARCINIEGAS?

UN HOMBRE QUE PRIMORDIALMENTE ES INCAPAZ DE SER SERIO

Nace en Bogotá el 6 de diciembre de 1900, en el hogar de Rafael Arciniegas Tavera y Josefa Aurora Angueyra. Como lo he dicho en otros escritos sobre el Maestro, es el “hombre que nació con el siglo” (Tamayo, 1999). Su bisabuelo materno fue Perucho Figueredo, compositor del Himno Nacional de Cuba. Su abuelo nació en el departamento del Tolima y falleció descuartizado por sus enemigos políticos durante la época de la violencia [la de esa época, no la de ahora].

En 1909 ve pasar el cometa Halley. En 1910 fallece su abuelo Basilio y al mes, la abuela. Se inicia en el periodismo desde el colegio, con una publicación manuscrita llamada “Año Quinto” en 1916. En 1917 funda el periódico “La Voz de la Juventud” (Tamayo, 1998a). En 1918 entra a la Escuela de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Colombia.

En 1920 es nombrado secretario perpetuo de la “Federación de Estudiantes” y presenta sus primeros versos: “Harmonías esfumadas” (Tamayo, 1998a) [de los que al final de su vida se avergonzaba y diría: “Eso no era poesía, era una vagabundería”]. En 1921 organiza la primera huelga estudiantil. En 1923 sigue “cometiéndole versos”. En 1925 es nombrado profesor de sociología de la Universidad Nacional. En 1926 se casa con Gabriela Vieira Llano. En 1927 funda la Revista Universidad.

En 1932 aparece su libracó *El estudiante de la Mesa Redonda* y en 1936 el *Diario de un peatón*. En 1938 dirige la Revista de las Indias. Entre 1940 y 1941 conoce a Macedonio Fernández y a otros grandes argentinos. En 1945 colabora con la Revista Cuadernos Americanos, de México, y es ministro de Educación en Colombia. En 1948 aparece *En medio del camino de la vida*, su única novela –que entre un paréntesis ausente, hay que decir que no era una novela. En 1949 viaja a México para entrevistarse con Alfonso Reyes.

En 1950 viaja a Italia y visita otros países europeos. En 1952 presenta *Entre la libertad y el miedo*. En 1955 fallece su madre, Josefa Aurora. En 1956 viaja a México para asistir al “Congreso por la libertad de la cultura”.

En 1961 aparece *América mágica II. Las mujeres y las horas*, una obra hermosa dedicada a las mujeres que representa un emocionante homenaje para todas ellas, legado del Maestro. En 1962 publica *Cosas del pueblo, crónica de la historia vulgar*. En 1969 aparecen el *Nuevo diario de Noé* y su *Medio mundo entre un zapato*. En 1972 su *Roma Secretissima*. En 1976 dona sus libros a La Biblioteca Nacional de Colombia y se crea el Fondo Gabriela y Germán Arciniegas.

En 1980 se celebran sus primeros ochenta años. En 1985 es nombrado por Colcultura director emérito de la Biblioteca Nacional de Colombia. En 1986 la Biblioteca inaugura la estatua del Maestro a la entrada del edificio. [Como esas estatuas que tanto odiaba Macedonio]. En 1987 es presidente de Editorial Planeta y de la Comisión Colombiana del v Centenario del Descubrimiento de América.

En 1990 cumple 90 años –poca cosa–, celebrados con múltiples homenajes, discursos, libros, folletos. Surge la polémica por el v centenario y presenta su renuncia a la presidencia de la comisión. En 1992 se celebra el v centenario sin su presencia. [Al presidente de aquel entonces le dio pena lo que Arciniegas dijo de España y lo sacó de la comisión]. En 1993 aparece su *América ladina*. En 1994 su libro *Gatos, patos, armadillos y otros seres humanos*. En 1995 se publica *Bolívar y Santander, vidas paralelas*, al tiempo que se crea la cátedra Germán Arciniegas en la Universidad Militar Nueva Granada. En 1996 fallece su adorada esposa Gabriela, mientras sigue con su columna semanal de El Tiempo, “Hechos históricos”, donde comenta los hechos de actualidad, sin dejar la más mínima duda de su asombrosa lucidez a los 96 años de edad. Recibe un premio de Editorial Planeta a la vida y obra de un historiador. Se publica su libro *América nació entre libros*, de la colección Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República. En 1997 sigue escribiendo, defendiendo el absurdo, la falta de seriedad y la historia “patas arriba”. Termina ese año recibiendo el Premio Aplauso en el Teatro Colón de Bogotá y en la Clínica Fundación Santa Fe con una Erisipela. Ante la insistencia del Maestro, la familia acepta el tratamiento más extraordinario que médico alguno haya oído: deciden pasarle un sapo por la pierna enferma y logran una cura milagrosa que raya en los grandes descubrimientos científicos. No en vano el Maestro ya había escrito sobre las propiedades curativas del sapo y ya me habían participado de tales avances científicos de la medicina criolla-local-familiar colombiana. Cuando me lo contaron, lo primero que pregunté fue: ¿y en la Fundación Santa Fe supieron del sapo? “¡No!, ¡cómo se le ocurre!”, Gritaron a coro sus hijas y casi me muero de la risa al imaginarme el espectáculo en pleno centro médico.

El martes 30 de diciembre de 1999 fallece en Bogotá, en la habitación 2058 de la Clínica Fundación Santa Fe, a las 7:30 de la mañana, faltándole pocos días –seis– para cumplir 99 años de edad. Los pulmones y el corazón no le dieron espera a cumplir sus tan anhelados 100 años de vida y murió por complicaciones de una neumonía que se resistió a ser tratada.

Fueron muchas obras, mi querido lector, las que alcanzó a escribir este gran hombre. Si quiere empezar por algunas simples, tengo varias lecturas para recomendarle:² unas hablan del caribe, su pasión; otras le presentan una panorámica

² En la bibliografía encontrará una selección de las obras del Maestro que le permitirá darse cuenta de quién estamos hablando.

global de este personaje a quien llegué a querer mucho y, por supuesto, a extrañar su presencia y otras más le presentarán algo de su humor “medio-tomapelista”, que podrá leer con gran agilidad y sin dejar de sonreír ante sus ocurrencias.

DEFINICIONES Y AUTODEFINICIONES DEL MAESTRO ARCINIEGAS

- Ese hombre experto en chistes bobos y teórico en idioteces.
- Un hombre de bromas irreverentes.
- Este hombre enamorado del “hombrecito o del don Nadie”.
- Hombre de trajes desmadejados y manos de boxeador.
- Un hombre con el que hay que ser breve y nada trascendente.
- “Por no dejar de ser uno de ellos [habla de los estudiantes], no quise doctorarme ni siquiera recibirme oficialmente de abogado, a pesar de haber terminado la carrera”.
- Un hombre que “ha llegado a tener una celebridad continental”.
- “Un estudiante desaprovechado, que en lugar de estudiar a fondo el Código Civil (...) había logrado convertirse en un agitador universitario”.
- Fue el primer escritor que se libró de la bohemia. Y no creyó que para serlo fuera necesario dejarse crecer el pelo.
- Si se considera el más grande de los escritores colombianos, entre los librereros de América del Sur, es apenas justo, por la calidad de su estilo y por su gracia, por la sencillez mágica con que describe sus personajes y por cierta ingenuidad que lo hace mirar con grandes ojos absortos, de niño, los hechos y las cosas.
- “Arciniegas no es propiamente un historiador, sino un ensayista de la historiología, un sociólogo”.
- El ensayista genéricamente perfecto.
- “Liberal siempre y estudiante perpetuo”.

¿QUIÉN ES MACEDONIO FERNÁNDEZ?

EL HOMBRE DEL PENSAR Y DEL ALMISMO

Un argentino casi-desconocido por muchos, muy conocido y querido por unos cuantos. Nació el 1 de junio de 1874 [aunque el año de su nacimiento es un poco confuso e incierto, pues en algunos apartes de sus escritos el propio Macedonio habla de haber nacido en 1875; en fin, un año más o uno menos, no es para discutir con usted, mi querido lector y no vamos a dañar esta relación de amistad que estamos empezando a tejer en torno a este amigo común que tenemos]. Fue un hombre del siglo pasado que se adelantó impresionantemente al futuro (cfr. Fernández M., 1966; 1973; 1981; 1990); llegándole muy de cerca a Jorge Borges, el padre; a Jorge Luis Borges, el hijo; a Julio Cortázar, el cronopio; a Ramón Gómez de la Serna, el español y hoy demostrado hasta la saciedad, a Germán Arciniegas: el hombre que nació con el siglo. ¿Quiere confirmar el estilo “mediotomapelista” de este otro posmoderno? Pues échele una ojeadita a alguno de estos libracos macedonianos: *Adriana Buenos Aires (última novela mala)* y *Museo de la novela de la eterna (primera novela buena)*, que hablan de una última novela mala y la primera buena (cfr. Fernández M., 1975; 1989).

Macedonio murió, muy a pesar suyo, pues siempre pidió la inmortalidad y practicó la longevidad, el 10 de febrero de 1952 en Buenos Aires (cfr. Fernández M., 1989). [Sin embargo, me gustaría aclarar que no estoy muy segura de esa muerte, pues los inmortales tienen por costumbre no morir o morir de mentiras. Creo que Macedonio murió de mentiras y más bien sigue su vida extendida o prolongada. Ya he dicho en otra parte que Macedonio dijo: “La muerte no es fatal”. Si esto es cierto, no tenemos que creernos el cuento de que haya muerto. Abandonó el cuerpo, diríamos, pero no murió realmente. ¡Hoy nos acompaña y ya!]. Sus restos reposan en su Mausoleo de la Recoleta, al lado de algunos familiares suyos.

De profesión abogado, este Maestro literato-filósofo-metafísico-poeta y “misceláneo”, dejó el derecho para dedicarse a escribir y a pensar. Se graduó de

Jurisprudencia en 1897. Es hoy reconocido como “el Maestro del pensar”; inventor del tango del pensar, los cigarrillos del pensar, la guitarra del pensar, y demás cosas del pensar (cfr. Fernández M., 1987). Igual que alguna vez lo fue Arciniegas [y conste que él mismo lo reconoció en sus obras y en eso me apoya su hijo Adolfo de Obieta], Macedonio se caracterizó por ser inventor de cosas inútiles, que dicho sea de paso, suelen ser las mejores.

Se cree que su obra cumbre sea la llamada “Miscelánea” [así la definió su hijo Adolfo], pues siempre habló de todo y de nada (Fernández M., 1990). No hay una sola obra que haya sobresalido más que otras y podría decirse que sobresalen todas. [Parece un contrasentido, pero no lo es. Estos aparentes absurdos son muy propios de un Macedonio. Así que no se afane lector, que aquí todo está bien dicho]. No existe su obra maestra, esa única que resulta ser insuperable e inigualable. Casi todo lo suyo es así, por lo que su hijo, el poeta Adolfo de Obieta, ha indicado que todo es “casi-cumbre”. De Obieta dice: “Toda la obra de Macedonio Fernández pudo llamarse Miscelánea, modesta palabra preciosamente connatural al cosmos”.

En 1901 se casa con Elena de Obieta, su bella Elena, “Elena bella-muerte”. En 1907 publica su primer ensayo, “Ensayo de una nueva teoría de la Psiquis”. Tristemente, en 1920 fallece su adorada esposa, este hecho lo lleva a cambiar radicalmente su estilo de vida. Se retira de la vida de abogado, reparte sus hijos entre los familiares más cercanos y se queda solo, encerrado en “un Almismo”, en su casa del pensar, en la calle del pensar; asistiendo al café La Perla de Buenos Aires, el café del pensar, con su guitarra del pensar, para fumarse el cigarrillo del pensar (Tamayo, 1998b). Pasa una etapa muy importante de su vida en Posada-Misiones, Argentina (Tamayo, 1998c).

En 1920 Macedonio aparece públicamente, al ser citado en un escrito por Jorge Luis Borges (Fernández Moreno, 1960). Ocho años más tarde, en 1928, presenta su primer libro: *No todo es vigilia la de los ojos abiertos*, cuando comienza a verse su deseo de incursionar en la política. Macedonio, para sorpresa de cualquiera, quería ser presidente. Un año después escribe su conocida obra *Papeles de Recienvenido*. En 1939 y 1940 se relaciona estrechamente con Germán Arciniegas a través de Gabriel del Mazo, su editor. En 1944 se conocen sus escritos “Continuación de la nada” y “Para una teoría de la humorística”. Este último ensayo ya había sido leído por Macedonio en radio y Arciniegas ya lo había publicado en 1941 en la Revista de las Indias, en Bogotá.

En 1947 se re-encuentra con su hijo Adolfo de Obieta y se radica en la calle de Las Heras, frente al Jardín Botánico, en Buenos Aires. Finalmente, porque todo inexplicablemente tiene un final, fallece el 10 de febrero de 1952. [Abandona su cuerpo, decimos junto con su hijo, porque nos parece que no ha muerto]. Su cadáver es cremado y las cenizas reposan en el mausoleo de La Recoleta, en su querida Buenos Aires. Hasta allí llegué a visitarlo, para devolverlo a este mundo y para entrevistarlo. Allí lo fui a visitar un día que paseé por todo Buenos Aires en compañía de Adolfo de Obieta, siguiendo sus pasos desde el día en que nació hasta su muerte (Tamayo, 1998d). Todo este material está siendo recopilado en un CD-ROM multimedia que se prepara en el Instituto de Genética Humana de la Facultad de Medicina de la Universidad Javeriana en Bogotá (*Macedonio Fernández: el Inmortal: una autobiografía hasta su muerte*).

FRASES CÉLEBRES QUE LO AUTO-DEFINEN

- “Era tan feo, que aún los más feos que él, no lo eran tanto”.
- “Fueron tantos los que faltaron, que si falta uno más, no cabe”.
- “Que la parte que no se sabe de un hombre, es lo que lo hace conocido”.
- “Era tan obstinado y de mal gusto que hasta un instante antes de morir, vivía”.
- “Morimos, se dice. No, es que el mundo dura poco”.
- “Se estaba produciendo una lluvia de día domingo con completa equivocación, porque estábamos en martes, día de semana seco por excelencia”.
- “Aún se duda de que tenga ausencia”.
- “Pidió permiso luego para irse, como si hiciera mucha falta, anduviera muy solicitado con muchos compromisos de estorbar en otra parte”.

EL ORIGEN DE ESTE ENSAYO

Desde que conocí a Macedonio Fernández, aunque no en persona, aprendí que sí era posible hacer *una autobiografía escrita por otro*. Ese fue uno de los tantos inventos posmodernos de Macedonio. [Aunque hasta ahora todos los famosos críticos literarios y amigos de la época hayan sostenido que era vanguardista]. Así, en 1998 me dediqué a escribirle a Germán Arciniegas su *autobiografía escrita por otro*, como un homenaje al Maestro, pero a la manera de un Macedonio Fernández. Desde que comencé a leer, estudiar y analizar a Macedonio, descubrí en su correspondencia que los dos escritores se habían conocido y habían hecho contacto. Descubrí cartas que se intercambiaron y algunas recomendaciones que Macedonio le hizo a Arciniegas en 1940. Todo esto quedó registrado en el libro titulado *Germán Arciniegas, el hombre que nació con el siglo: una autobiografía escrita por otro*, en las dos versiones existentes: una, en formato CD-ROM multimedia editado por la Universidad Javeriana y el Ministerio de Cultura y la otra, en libro editado por la Universidad Central en su colección 30 años (Tamayo, 1997).

Saber del contacto de estos dos escritores me llenó de excitación y, por supuesto, motivó mi primer contacto con el Maestro Arciniegas. No en vano se trataba del único colombiano que lo había conocido y bien valía la pena hablar con él para profundizar en el estudio que estaba haciendo sobre Macedonio. No puedo negar que conocer a Arciniegas cambió mi vida. Me dediqué a hablar mucho con él y así pasé unas deliciosas tardes en su casa tomando café, grabando y filmando lo que iba saliendo de las largas sesiones de conversaciones con sus hijas, su nieta y sus tres hermanas. De esta manera llegué a meterme de lleno en un personaje tan interesante como él y me enamoré irremediamente de su vida y de su obra.

Como ya lo he dicho, me senté a leer sus obras y caí además de extenuada, sorprendida. Descubrí un enorme paralelismo entre Arciniegas y Macedonio; insistí en ello, pero nadie quiso hacerme caso. Recuerdo que en alguna ocasión se lo comenté a Juan Gustavo Cobo Borda, que se sonrió y en buena parte me dio la razón. Hoy me parece que en el fondo sí creyó en mi teoría y eso es algo que le agradezco con el alma. De manera indirecta él me animó a seguir con mi dispendiosa

tarea de estudiarlos y ponerlos juntos. Recuerdo que en 1997, antes de que Juan Gustavo se fuera del país como embajador a Grecia, hablamos de la relación entre ellos dos y le manifesté dos cosas interesantes que me llamaban la atención en sus obras: una, que ambos adoraron a la mujer y la resaltaron a un estado casi sublime. Otro, que ambos manejaron el humor de una manera muy personal, como de “comicidad especial”; de modo que el humor adquiere una seriedad rara, extraña, casi-no-sería. En esa época yo ignoraba que todo ese arte literario podía llamarse “posmoderno” y por ese motivo jamás me atreví a mencionar semejante palabreja. Pero la semilla quedó sembrada e invertí una buena parte de mi vida a trabajar la relación de estos dos autores que tanto me llamaba la atención.

Años después, cuando Cobo era embajador, me envió desde Grecia un recorte de un periódico argentino en el que había un artículo que hablaba de Macedonio. El paquete llegó con una noticia en la que me animaba a seguir y me recomendaba guardar ese recorte para mi colección de escritos sobre Macedonio. En 2003 me llegó otro recorte de Otto Morales Benítez, una sección del periódico *El Colombiano* donde se anuncia la publicación de la biografía imposible de Macedonio. La escrita por mí –probablemente imposible también– será posterior, pero no importa. Esos dos empujoncitos me han servido y por eso hoy, sin sonrojarme siquiera, me he atrevido a presentar esta hipótesis posmoderna: el extraño, absurdo, cómico y controversial paralelismo. [Sólo ruego a Dios que la crítica literaria no me despedace, pues ya tengo bastante con mi artrosis degenerativa que me viene despedazando desde hace varios años]. A raíz de la muerte de Arciniegas, en diciembre de 1999, el propio Cobo Borda en un artículo de la *Revista Semana* titulado “Germán Arciniegas: el primer inmortal”, me dio la razón al escribir algo que coincidía perfectamente con mi vieja teoría, basada en las cartas que yo ya conocía:

Una de las razones de su éxito la captó muy bien Macedonio Fernández, el gurú de Borges, quien en una carta de abril 25 de 1940 le decía así a Arciniegas: ‘Muy grata noción de usted me formé ayer: creo conocerlo. Por ejemplo creo que en usted son agudas y quizá sobregudas su emoción de comicidad y su opuesta la de la tristeza: mate ésta. Me inspira usted especial confianza: creo no equivocarme. Suyo Macedonio Fernández’. Esa comicidad, esa saludable inmadurez, le permitía deslizarle a su confidente y amigo Eduardo Santos, sus repulsivas paradojas: ‘En Colombia se puede decir todo, menos la verdad’, pero ese sonreído escepticismo nunca le debilitó el ímpetu infatigable’. (Cobo Borda, 1999:150-151)

Gracias Cobo por re-definir a Arciniegas de esa manera. Lo describe como el Quijote de ímpetu infatigable que él siempre quiso ser y fue. Todo un personaje posmoderno, se me antoja a mí; porque si queremos hasta el Quijote pudiera ser también posmoderno. [A veces pienso que esa manía de llamar escritores de vanguardia a los que se han clasificado como tales, pero que a mí me parecen postmodernos, es porque tarde o temprano vamos a descubrir que ser vanguardista es ser, de alguna manera, posmoderno. No sabría si esto significa que el vanguardismo se adelantó a la época, o que el posmodernismo se devolvió; pero sí afirmo que, en el fondo, se parecen].

TESTIMONIOS. CARTAS ENTRE MACEDONIO FERNÁNDEZ Y GERMÁN ARCINIEGAS

DE GERMÁN ARCINIEGAS A MACEDONIO

Bien, mi querido lector, en la primera carta escrita por el Maestro a Macedonio, presentada en el anexo 1, Arciniegas hace una primera aproximación al escritor argentino, admirando su obra y en particular su escrito “La doctrina estética de la novela”. Sobra decir que el artículo de Macedonio finalmente fue publicado en la Revista de las Indias y el lector puede leerlo completo en esta obra algunos capítulos más adelante. A mí me llama la atención que Arciniegas se hubiera interesado por un escrito sobre la novela, sobre todo porque él no era novelista. Es obvio, pues, que se interesó en esas teorías aparentemente absurdas y cómicas de Macedonio, como buenos posmodernos que eran sin saberlo.

Por supuesto, no fue la única colaboración que hiciera Macedonio y debo agregar que esa revista también cuenta con una colaboración de Adolfo de Objeta, hijo de Macedonio. Adolfo recuerda a Arciniegas con gran cariño y admiración y en algunas de nuestras charlas en su apartamento de Buenos Aires me confesó haber leído con gran interés varias de sus obras, en un principio por recomendación e influencia de su padre y luego por gusto propio. Allí mismo, en Buenos Aires, buscamos los originales de las cartas que su padre y Arciniegas intercambiaron, pero no hubo copias de las respuestas que Macedonio envió al colombiano por aquel entonces. Algo de ello está recopilado por Adolfo en el libro *Epistolario* de Macedonio, publicado por Ediciones Corregidor en Buenos Aires (cfr. Fernández M., s.f.).

RESPUESTA A GERMÁN ARCINIEGAS

Pero sorprende más la respuesta de Macedonio, presentada en el anexo 2. El lector debe notar el planteamiento posmoderno que desde 1929 hace Macedonio en su obra, ratificado en 1940, sobre romper esquemas y paradigmas en los personajes de las novelas y los relatos. Incluso, propone ir más allá y re-plantear el viejo cuento de la novela-novela para crear y recrear la novela-poesía. Idea más loca y absurda aún que en aquella época le valió la crítica y el rechazo de los modernistas. Macedonio Fernández es otro incomprendido que no fue completamente entendido en su época, pero que encontró en Arciniegas un apoyo incondicional y una identificación de pensamiento literario muy llamativa. Ciertamente, a Arciniegas le fascinó la idea del personaje-lector-autor. Eso ya nadie lo duda.

En realidad, Macedonio habla de un personaje muy posmoderno –denominado “Belarte”– que se parece un poco a los personajes que usaría Arciniegas más adelante en su única novela-que-no-es-novela; sencillamente porque fue realidad e historia, solo que él tuvo a bien escribirla en forma de novela para disimular y re-plantear viejos esquemas y paradigmas de la literatura de aquel entonces.

Probablemente ese “humorismo conceptual no realístico” del que habla Macedonio en esa carta es algo del humor posmoderno al que me he referido y del que

vengo preguntando si existe o si antes ha sido descrito por algún sabio de la literatura posmoderna. Se habla del absurdo creído, de lo irreal que pareciera o pudiera ser real, al menos para el lector. Se me antoja que todo esto hace parte de la literatura humorística posmoderna que manejaron Macedonio y Arciniegas en sus escritos, pero eso es algo que paso a paso iremos analizando en las páginas siguientes.

Me emociona encontrar en esas cartas un punto de encuentro entre los dos escritores, en lo que se refiere al tema de la inmortalidad y la longevidad. Es claro que el personaje inmortal hace parte de ese “no-ser-creído” que plantea el pensamiento posmoderno. Ambos se interesaron en el tema y no solo lo discutieron en esta carta, sino que lo trabajaron en más de una obra. Mientras Macedonio pedía la inmortalidad, Arciniegas soñaba con una longevidad tal que se parecía mucho a la propia inmortalidad. Ya lo dijo Cobo en su artículo de la Revista Semana: “Germán Arciniegas: el primer inmortal” (Cobo Borda, 1999: 150-151).

Aquí, en esta sorprendente respuesta del argentino, comienzan a aparecer los consejos del gran Macedonio al gran Arciniegas. Al igual que a Cobo, me gusta que Macedonio le haya recomendado matar la tristeza. Se trata, pues, –a mi juicio– del inicio de la comicidad posmoderna que sería la clave del paralelismo entre estos dos escritores. Ya veremos.

DE GERMÁN ARCINIEGAS

Pero Arciniegas le envía otra carta fechada el 4 de diciembre de 1940, en donde se reafirma lo expresado anteriormente. En ella se nota de nuevo el interés por la teoría del humorismo, como el lector lo puede constatar por sí mismo, dado que se encuentra completa en el anexo 3. Hace referencia a eso que he llamado el humorismo posmoderno, pues se trataba de escribir una comicidad que no temiera romper esquemas pre-establecidos. Por eso aparecen personajes inusuales y absurdos, por eso aparecen situaciones no-creídas creídas, por eso aparecen cambios extravagantes y aparentemente ilógicos que se llamaron de vanguardia, pero que hoy he querido llamarlos posmodernos a la luz de lo que la posmodernidad significa y representa.

Basada en estas cartas encontradas en el epistolario de ambos escritores, decidí continuar mi labor de llegar al punto de encuentro. Hasta llegué a buscar los originales, unos en Bogotá y otros en Buenos Aires, tratando de descifrar el punto en que se tocaban. ¿Por qué se relacionaron, por qué se interesó el uno por el otro, por qué se quisieron y por qué se admiraron? Siempre supe que el famoso “eslabón perdido”, el punto de encuentro, estaría en esa *humorística o comicidad* de la que habló Macedonio en su carta; pero, para mi sorpresa, llegué a la conclusión que llevaban vidas paralelas –pero de esas paralelas especiales que se cruzan. Tanto se cruzan que atraviesan la vida de Jorge Luis Borges, de Santiago Dabove, de Ramón Gómez de la Serna y, más adelante, de Julio Cortazar. El lector que ha aguantado hasta este punto y que se anima a seguir, ya lo verá demostrado. Recuerde, tiene que armarse de una buena dosis de “incapacidad de ser serio” para entender el planteamiento del ensayo, eso sí, bien ensayado.

Es decir, ensayado varias veces y de las formas más absurdas e ilógicas posibles. [Eso también es posmodernidad, por desgracia, no entendida por todo el mundo. Ya verá el lector que hay opiniones en contra de este paralelo, como lo que expone otro escritor argentino que conocí en Medellín y que luego me escribió una carta-diatriba contra Macedonio. No me sorprendió, hay gente a la que no le cabe la posmodernidad en la cabeza].

VERSIONES ENCONTRADAS. LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

PROCESO *CASI-EN-CONTRA* DEL PARALELO

COMENTARIO DE UN ARGENTINO ESCÉPTICO.
ALGO ALÉRGICO AL POSMODERNISMO... DIGO YO

La sorpresa que a usted le puede producir la propuesta de hacer un paralelo entre Macedonio y Arciniegas, fue la misma que tuvo el escritor argentino Enrique Anderson Imbert cuando le comenté en la ciudad de Medellín sobre este ensayo. Es que el asunto ha sorprendido a muchos, en verdad, a casi todos. Otto Morales Benítez también *se murió de risa* cuando le comenté mi punto de vista –eso me agradó, pues nos íbamos acercando a “esa incapacidad de ser serios” que el propio Arciniegas recomienda tener. Nadie cree que se pueda ver lo que yo me empeño en ver. Pero no se desanime lector, siga que el paralelo ya se va vislumbrando y se hace más claro después. No olvide que usted es arte y parte de esta obra, así que su tarea es hacerlo, re-hacerlo, deconstruirlo y creérselo. [Recuerde la premisa de hacer creíble lo increíble. Hasta eso lo propuso García Márquez en alguna entrevista].

Anderson Imbert se sorprendió tanto –y creo que hasta se disgustó–, que este otro buen amigo del Maestro Arciniegas me escribió una carta en la que expresó su opinión. Casi me mata con su concepto, pero, no en vano, seguí adelante. Siga adelante usted también, estimado lector, disfrute el escepticismo.

Lea el anexo 4, que contiene la carta de Imbert. No me sorprende este comentario. Fíjese, mi querido lector, que Imbert dice que Macedonio fue inventado por Borges y por “otros muchachos”. Primero, es bueno aclarar que se trata de un

grave error. Macedonio sólo fue inventado por Macedonio y, como lo ha dicho Cobo Borda, fue el “gurú de Borges”. Segundo, habla de la locura de Macedonio y hace bien en describirlo como “un loco lindo”. Esa definición me gusta y apoyo la idea de que la locura no siempre está errada. Digamos que cabe hablar de una locura posmoderna, para describir a ese personaje escritor que siempre escribe en contravía, que se va en contra de lo dogmático, de lo establecido, de lo cuadrulado. Ojalá haya más locos lindos por el mundo recordándonos la importancia de movernos, de cambiar. Esos eran Macedonio y Arciniegas, quienes en medio de su lucidez mental, así lo entendieron. Tercero, no creo en la apreciación de que fuera ocurrente, pero de idealismo no profundo. Deben considerarse diferentes clases de profundidad y la de Macedonio sólo era diferente. Cuarto, dice que “su obra no tiene el valor que sus admiradores le han asignado”. Eso me recuerda el planteamiento posmoderno de que una obra realmente es cuando es leída. Y al ser leída, diría yo, es el público quien aporta la verdadera crítica literaria y le da el valor que se merece. Así, simplemente tiene el valor que los lectores le han dado y punto. Quinto, afirmar que “Macedonio no fue un escritor serio”, me parece interesante, ya que de eso se trata este paralelo, de la reconocida incapacidad de ser serio de la que el mismo Arciniegas hablara. Es que “no-ser-serio” no es pecado, es parte del arte literario posmoderno. Por último, sí es verdad que Borges en sus últimos años afirmó haber exagerado el valor de Macedonio. Él, como Judas, negó tres veces al Maestro. Que Borges lo haya negado cuando ya era viejo, no le quita el verdadero valor que tiene Macedonio, probablemente solo demuestre algo de la ingratitud que se presenta con la amnesia que produce el paso de los años.

Angustiada con este cuento de la locura de Macedonio, seguí buscando escritores que se hubieran referido a ello. Para mi sorpresa, en la Universidad de Buenos Aires encontré un librito que me traje fotocopiado, porque ya no se conseguía en ninguna librería, de César Fernández Moreno, titulado *Introducción a macedonio fernández*; escrito así, sin mayúsculas, de la editorial talía, también sin mayúsculas. Sobra decir que es una hermosa recopilación brevísima de la vida y filosofía de Macedonio, pero lo más sorprendente fue un párrafo escrito por el autor, que dice así:

Fijaremos hoy nuestra atención en Macedonio. Sí, Macedonio a secas, pues los pocos que lo conocen, lo conocen por el rotundo nombre, para no desconocerlo por el monótono apellido. Macedonio, argentino tan notable que ha sido catalogado como “loco” por un prestigioso historiador de la literatura hispanoamericana. ¡Loco Macedonio! Nadie más cuerdo que él: su filosofía, su biografía y su literatura conviven con las raíces, el tronco y las hojas de un extraordinario árbol, pero plantado y crecido en la nada, según dicen las páginas siguientes. C.F.M.

Yo apoyo la idea. ¿Loco Macedonio?, ¡ni locos!

No dudo que es posible que sigan apareciendo más y más puntos de vista encontrados: unos dirán que sí y otros que no. Lo que no me parece malo, al contrario, es bueno porque eso hace más interesante mi planteamiento. Algunos piensan que Macedonio fue un charlatán, otros lo defendemos hasta la muerte;

hay quienes dicen que Borges le debe a Macedonio más de lo que aparenta y así opinan unos y otros, sin llegar a un consenso general. Igual sucede con este cuento del paralelo entre Arciniegas y Macedonio; unos dirán que sí lo hay y otros que estoy loca. Creo que el paralelo existe, especialmente basado en “la humorística”, en las *Variaciones alrededor de nada* que escribió Arciniegas alguna vez y que indudablemente se parecen a las disquisiciones filosóficas del argentino. Macedonio y la nada, otro punto de encuentro. En la “comicidad”, también se unen. Hasta el mismo Arciniegas acepta ser un tipo irónico, burlón y tomapelo. Eso ya es una buena base para comenzar. Dos incapaces de ser serios, siéndolo. [Solo que es una seriedad distinta, digamos posmoderna]. Adicionalmente, debo agregar otros detallitos. Ambos se interesaron por la política y en eso también se parecen. Macedonio quiso ser presidente y Arciniegas fue diplomático y ministro varias veces. Ambos fueron pedagogos natos, el uno en la cátedra universitaria y el otro en las tertulias del café La Perla.

Pero volviendo al cuento de la supuesta locura de Macedonio, pienso que lo interesante del comentario de Anderson Imbert es que nos deja ver una paradoja: la del hecho de que el mismo crítico se haya emocionado con Macedonio y haya escrito un viejo cuento titulado *¿Qué voy a hacer yo con una guitarra?* (1990). Se trata de un cuento corto que incluye un personaje que encuentra alguien en la calle, pero parece estar “ido, perdido, desubicado”; es un viejo que dice: “Ya se me va a pasar. Un susto no más: el susto de no existir”. El autor nos deja ver que se trata de un personaje que cree estar en 1901 y resulta ser una pintura de Macedonio. “Soy el doctor Fernández”, dice, mientras saca una carta del bolsillo donde lo llaman “escritor eminente” y hasta “precursor de las literaturas de vanguardia”. El personaje se sorprende de estar en 1952, de ver la ciudad cambiada; ha dado un salto en el tiempo. en el cuento, Anderson describe:

Un simpático aventurero emprende en 1901 un viaje vertiginoso y después de luchar contra el ventarrón del tiempo llega a 1952 con la melena alborotada, las barbas en remolino, la corbata deshecha, la camisa polvorienta, un poquito envejecido y fatigado (...).

“Cómo no se me ocurrió que está loco?”

Como si me hubiese oído me replicó:

-No estoy loco. Búrlese si quiere pero indudablemente he saltado en el tiempo. ¡Qué suerte! ¡Si estoy de visita en mil novecientos cincuenta y dos! ¡Ah, entonces...!

El relato sigue dejándonos saber que a la posterior muerte del Dr. Fernández, le deja la guitarra a quien lo encontró aquella noche de regreso al futuro (a Ángel). El cuento termina con una necrología muy propia de un Macedonio y agrega un diálogo final:

Que vos, veinticinco años antes de haber nacido, le transmitiste un estratégico mensaje a Macedonio Fernández. Ese favor bien valía una guitarra, ¿No te parece, Ángel?

Y este fue el cuento de Enrique Anderson, en el que tomó como figura central a Macedonio. Al mismo Macedonio que hoy llama “demente”. No todo en Macedonio puede ser clasificado de “demente”, digo yo, que me lo he leído todo, o casi-todo de él. Me atrevería a decir que en verdad sí es “de-mente”; pero *de mente* creativa, *de mente* avanzada, *de mente* casi-absurda, *de mente* seria-no-seria, *de mente* casi-allocada y burlona, pero *de mente* genial. Es decir, de mente-posmoderna. Como a muchos escritores geniales, expresar sus ideas le significó a Macedonio el rechazo de algunos y hasta el mote de “demente”. [Con razón Arciniegas decía que “en Colombia se puede decir todo, menos la verdad”. Parece que es igualmente cierto en cualquier parte del mundo]. Esto nos trae de nuevo al Maestro Arciniegas, que se preciaba de tener una “total y absoluta falta de seriedad”. Y entonces me pregunto, ¿por qué casi siempre la falta de seriedad se equipara con falta de cordura? Me da miedo que la literatura posmoderna puede ser catalogada de demente, simplemente porque rompe demasiados esquemas y dice demasiadas verdades absurdas, no-creíbles-creíbles.

Lo más gracioso de toda esta discusión casi-filosófica entre la seriedad, la cordura, lo original, el ingenio, el revés, etc., es que el Maestro Arciniegas ha confesado públicamente que le gustan las cosas al revés. Y tanto le gustan, que en su columna “Hechos históricos” de *El Tiempo*, del lunes 13 de enero de 1997 [escrito que también forma parte del prólogo al final de mi libro *Germán Arciniegas: el hombre que nació con el siglo*], presenta un artículo titulado “El patas arriba. El cuento de nuestra América ha seguido relatándose al derecho y al revés”, para demostrar que las cosas vistas de esta forma, se ven mejor. En el artículo deja claro que preferiría irse por lo aparente-ilógico, lo que se sale de la rigidez. ¿No era acaso eso mismo que proclamaban Macedonio, Borges y Cortázar? [De nuevo aparecen los planteamientos que hoy le reconocemos al posmodernismo].

Revisando autores y escritos, es fácil llegar a definir claramente las relaciones Borges-Macedonio, Borges-Arciniegas, Gómez de la Serna-Macedonio y Arciniegas-Gómez de la Serna; por ellas se llega a otra relación más extraña: la de Arciniegas-Macedonio.

Anímese, lector, y entre en el proceso que defiende y anticipa el paralelo posmoderno.

PROCESO CASI A FAVOR DEL PARALELO

COMENTARIOS DE OTRO ARGENTINO NADA-ESCÉPTICO. NADA ALÉRGICO AL POSMODERNISMO... DIGO YO

Marcos-Ricardo Barnatán sorprende con su libro *Borges, biografía total* (1995), en el cual le dedica una buena parte a la relación Borges-Macedonio Fernández, tema que tenemos que tratar en este libro para llegar a mi hipótesis original del paralelo aquel. Pocos escritores son tan ilustrados en la vida y obra de algún otro como el propio Barnatán lo ha sido de Borges. Es agradable ver cómo en su obra también se defiende el valor de Macedonio, pues pareciera que el propio Borges al

final de sus días fue un poco injusto e ingrato con Macedonio, al hacer comentarios que le restaban credibilidad como escritor.

Pensemos primero que Arciniegas estuvo cerca de Borges cuando viajó a la embajada en Buenos Aires y que de allí surgió una linda amistad entre los dos. Entre otras cosas, también los unió una identificación ideológica con respecto a los conquistadores españoles. Por contacto directo con Adolfo de Obieta, supe que a Macedonio todo ese cuento de la América también le interesó. Pero hay otras cosas que los unía e identificaba, por ejemplo, su inquietud por la filosofía de Schopenhauer, su interés por el Quijote y su inclinación por la América descubierta por los españoles. Son muchas cosas las que en el fondo los une y los identifica con una línea de pensamiento muy especial. Una línea que se afianzó y hasta se popularizó en 1940.

Pero si el comentario que me hace Anderson Imbert en su carta deja inquietudes sobre la relación Borges-Macedonio, la opinión de Barnatán adquiere especial relevancia, que se extiende en Macedonio Fernández en el capítulo 12 de su biografía de Borges, bajo el título “Primer fervor de Buenos Aires”. Allí muestra evidencia de la amistad de Borges y Macedonio y deja claro el influjo personal y literario que Macedonio ejercía sobre el joven Jorge Luis. De modo que es llamativo que Barnatán insista en que Borges le debe mucho a Macedonio, pues estos testimonios del biógrafo más calificado de Borges dejan serias dudas sobre lo que al final el escritor dijo de Macedonio. Siempre me he preguntado, ¿Por qué Borges, en esa entrevista, en sus últimos años, quiso descalificar a Macedonio al sugerir que fue su invención, que lo citó en “broma” y que había exagerado su valor? El biógrafo demuestra que no es posible aceptarle esa opinión a Borges. Veamos lo escrito y juzgue usted, mi estimado lector.

Sobre el regreso de Borges a la Argentina:

A los Borges que regresan los espera en la Dársena Norte un grupo de familiares y amigos: entre ellos está Macedonio Fernández (1874-1952), que había sido condiscípulo de Padre en la Facultad de Derecho y que desde entonces se había mantenido muy cerca de él (...). Enseguida sabrá que esa “suntuosa” amistad, heredada de inmediato de Padre, será “probablemente el acontecimiento mayor” de su regreso. Tan identificado se sintió Georgie con él, que su hermana Norah no dudó en llamar “los macedonios” a los que con él compartieron las tertulias de La Perla: “De toda la gente que he conocido en mi vida —y he conocido muchas personas notables— nadie me produjo impresión tan duradera y profunda como Macedonio (...). Paradójicamente Macedonio era un destacado conversador y, a la vez, un hombre de largos silencios y pocas palabras”.

Si Macedonio se reunía en tertulias literarias en el café La Perla de Buenos Aires, Arciniegas hacía otro tanto en el Café Windsor de Bogotá. Ambos practicaron el arte de hablar y escuchar la literatura, porque no todo se iba en escribir. [Tome nota, mi querido lector, de que esto hace parte de otro punto de unión entre los dos escritores de que me ocupo]. Más adelante, Barnatán muestra más de la fascinación que Macedonio ejercía en Borges: “Y en seguida le cuenta a Sureda su fascinación por Macedonio Fernández: ‘No sé si te hablé en mi última carta de un tal Macedonio Fernández y de un muchacho Dabove con los cuales

proyecto urdir una novela fantástica en colaboración' (...). Y nos hace suponer que esa amistad ya cuajó, hasta el extremo de idear juntos una novela”.

La obra biográfica de Barnatán sigue dando pistas sobre el verdadero valor de Macedonio, al mostrar otros apartes de esa carta de Borges a Sureda:

‘El argumento, ideado por mí y todavía muy esquemático y fragmentario, trata de los medios empleados por los maximalistas para provocar una neuras-tenia general en todos los habitantes de Buenos Aires y abrir así camino al bolchevikismo. El título –elegido no por su problemática belleza, sino en vista del público– es: El hombre que será presidente’.

Es evidente que aunque Borges le diga a su amigo que se trata de un argu-mento suyo, el tono del proyecto tiene la inconfundible aura de humor de Macedonio, y que la idea descabellada de esa novela es una minuciosa broma”, [escribe Barnatan, e insiste en mostrar otros testimonios pronunciados por el propio Borges]:

‘Pero toda la semana estaba iluminada con la expectativa de ver y oír a Macedonio. Vivía muy cerca de nosotros y yo hubiera podido verlo en cualquier momento, pero, de alguna manera, sentía que no tenía derecho a tal privilegio y que, para dar al sábado de Macedonio todo su valor, debía prescindir de él el resto de la semana’.

Marcos-Ricardo Barnatán pasa a relacionar a Macedonio con Gómez de la Serna, resaltando no solo la amistad, sino la admiración que se le tenía a Macedonio. Este testimonio en la biografía borgiana es la mejor *defensa* que se le hace:

En 1941 Ramón Gómez de la Serna publicó un tomo de *Retratos contemporáneos*, en los que incluye a algunos de los personajes que conoció y admiró. Entre ellos hay dos escritores argentinos: Oliverio Girondo y Macedonio Fernández. De Girondo hace un retrato entusiasta, amistoso y lo llama “gran señor de la noche transiberiana”. La descripción de Macedonio es más contenida, pero descubre en seguida que ese “admirable criollo” es quien desde su “pórtico escondido” más ha influido en las letras “dignas de leerse”. Ramón no puede permanecer indiferente ante quien es maestro de la ironía, una ironía “despejada desde la mayor pereza”. Lo había descubierto en 1925 y tras una intensa correspondencia lo conoció en Buenos Aires en 1931, cuando cruzó el océano por primera vez. (...) Se sorprende el español del poco eco que Macedonio tiene en el mundo cultural argentino: “El que todo sea grande, clarividente y prolífico alrededor hace que el artista sufra más que en ninguna otra parte su abandono”, apunta mientras elogia su “humorismo trascendental” y admira su “prudencia argentina y la indolencia que es la respuesta de lo escondido”.

Nótese, mi estimado lector, que ese humorismo trascendental no sería otra cosa que el humorismo posmoderno que nos ocupa. Lo que pasa es que era un humorismo desconocido, diferente y contrario al ya establecido en esa época. Barnatán agrega una descripción hermosa, que denota el enorme conocimiento que él tenía de Macedonio:

Macedonio prefería la interrogación constante, el cuestionamiento infinito de todo lo que le rodeaba (empezando por él mismo), la constatación despiadada de la acechante nada. (...) Y aunque no podemos hablar de desprecio, Macedonio no condescendía fácilmente a la escritura laboriosa que tanto atormentó siempre a los angustiosos sedientos de literaria gloria. Gran inventor, forjador de poderosas imaginarias, podía entretener miles de noches en el tejido perfecto de su minucioso proyecto. Ejecutar a la imaginación, qué cosa más espantosa.

Con esos rasgos descritos por Barnatán el lector se alcanza a imaginar casi-exactamente la personalidad de Macedonio. Un genio inventor de esa nueva literatura que nacía por ese entonces. Inventor de cambios. Barnatán sigue su relato que hoy nos sirve de defensa macedoniana y que me sirve a mí para demostrar que Macedonio, con mucha pena, sí era un verdadero *posmoderno*. ¿Recuerdan que al describir el posmodernismo hablamos del arte de la fabulación, del nuevo papel de los lectores como co-hacedores de la obra, de la demostración de lo no-creíble como creíble y demás características del no-ser o no-existir? Pues Barnatán está de acuerdo conmigo y apoya –sin saberlo– mi teoría de que sea un escritor posmoderno. Veamos:

Aquí está el embrión del humorista que hay en Borges, el humorista que muchas veces se oculta en el metafísico para desesperación generosa de los trascendentes. (...) La miscelánea adquirió en sus manos un grado casi sublime, y hoy vivimos reconstruyendo esa novela que entregó a la habilidad del presunto lector o al imprevisible re-escritor. Frente a la tiranía del texto labrado a fuego, Macedonio ofreció su fragmentada incitación a la perplejidad, sus pistas abiertas a la imaginación fértil de los otros. (“Continuación de la nada”). Amó, como Borges, a Cervantes, donde reconocía todo el poder de la fabulación, toda la magia de la libertad, y rechazó, como Borges, a Gracián y a Góngora, “que le parecían unas calamidades”. Destripó un volumen de Schopenhauer, que era propiedad del Círculo Alemán, y eso asombró mucho a Borges.

Reconocerá, amigo lector, que esta defensa de la grandeza de Macedonio era necesaria, sobre todo cuando se piensa que mucha gente no lo conoce a fondo, no lo aprecia, o simplemente lo ignora. Si uno lee solo los comentarios en su contra, puede pensar que al comparar a Arciniegas con Macedonio está cometiendo el gran pecado de comparar un hombre ilustre, magnífico y grandioso, como lo es el Maestro Arciniegas, con un “medio-charlatán” argentino. Lejos estoy de considerar así a Macedonio y por lo mismo no creo ofender al Arciniegas que conocí al proponer este paralelo. El propio Maestro Arciniegas estuvo pendiente de los escritos de Macedonio en su juventud y en especial durante su estadía en la embajada de Colombia en Argentina, hasta el punto que lo contactó directamente, como ya hemos dicho. Es importante resaltar que Barnatán no solo valora a Macedonio, sino que le reclama a Borges haber sido injusto con quien le dio tanto y actuó como su maestro:

Se ha escrito hasta el hartazgo que Macedonio Fernández fue el gran maestro de Borges, pero en realidad nadie se tomó hasta ahora el trabajo de demostrarlo.

Porque quizá se repita el caso del Maestro Cansinos y ni uno ni otro sean más que dos veneraciones borgianas que el tiempo, y los vanos exegetas como yo, hicimos leyenda. Tarea de venerables tesis doctoral será excavar con paciencia en la galerías subterráneas de Macedonio y contraponer muestras en la no menos entrecruzada obra de Borges.

Agrega algo más preciso y cierto, relativo al maestro y al discípulo:

Ambos han amado la saeta burlesca, se han reconocido en una ciudad, Buenos Aires, a la que juzgan tan eterna como el aire o el agua. (...) Macedonio y Borges hablaron y escribieron en un lenguaje común, aunque el primero prefirió una entonación más solitaria, como los ecos propios de una asumida inacción. El discípulo dijo de él que fue el hombre más extraordinario que conoció. Y nosotros, desde ese plural mayestático, se lo creemos. Borges remedó a Macedonio en más de una frase y en más de una *boutade*, aunque se entregara a la literatura como única justificación de su vida desdichada esa voluntad nada tiene que ver con las desvencijadas incursiones del Gran Ausente en la huidiza realidad de la letra impresa.

Para finalizar, Barnatán trata en el capítulo 13 otros aspectos desconocidos de la relación Borges-Macedonio:

Pese a que era un amigo muy próximo de los Borges, Madre comenzó a inquietarse por la influencia que ese hombre extravagante tenía en su hijo. Creía que Macedonio, un solitario sin trabajo conocido que vivía pobremente en habitaciones alquiladas en modestas pensiones del barrio Once o de la zona de Tribunales acompañado sólo por una guitarra y su viejo sombrero de hongo, no era un buen ejemplo para el futuro que ella soñaba para Georgie.

Después de leer todo esto, juzgue usted, querido lector, el valor de un Macedonio en la literatura latinoamericana. Si no conoce mucho sobre este argentino, le recomiendo su colección de obras completas de Ediciones Corregidor en Buenos Aires. Se trata de una persona especial, de un incomprendido, de un ser único. Por otra parte, el valor del Maestro Germán Arciniegas es indiscutible y no hay necesidad de defenderlo. Sé, a conciencia, que el Maestro no se sintió ni se hubiera sentido jamás ofendido con este ensayo de paralelo posmoderno. Creo que ambos escritores tienen mucho de “genios de la literatura y de escritores excepcionales”; de esos tan enormemente valiosos que gustan de manejar la literatura o la historia “al revés”, de proponer cambios tan radicales como lo hace el posmodernismo. Esta es la razón por la cual pocos los comprenden y muchos no los perdonan.

CONTACTO CON GERMÁN ARCINIEGAS

Le escribí al maestro Arciniegas una carta sin conocerlo [pero creyendo conocerlo] el 11 de enero de 1996. El lector la encontrará completa e irreverente, claro, en el anexo 5. Copié algunas de sus frases para Macedonio Fernández y esperé. Con sorpresa, mi querido lector, confirmé que dio resultado el truco de la irreverencia.

A los pocos días el Maestro Germán Arciniegas me invitó a su casa. Allí, en compañía de su hermana Lucía Arciniegas de Pérez (Q.E.P.D.),¹ su secretaria Graciela y su hija Aurora Arciniegas, conversamos un rato sobre esa vida en Argentina y su relación con el mundo de las letras de aquella época.

Hubo más entrevistas y ahí nació una hermosa y gratificante amistad con el Maestro y su familia. Después de muchos datos obtenidos de mis conversaciones con el Maestro Arciniegas, me dediqué durante 1996 y 1997 a buscar puntos de encuentro entre Arciniegas y Macedonio, para finalmente viajar en 1998 hasta Buenos Aires a entrevistar a personas cercanas, testigos mudos de esa relación entre mis dos personajes admirados en este ensayo. Desde entonces trabajo en este asunto, para que no se diga que proponer este paralelo ha sido un despropósito improvisado. Acepto que se diga que es un “despropósito muy bien planeado y de larga trayectoria”, como todos los cambios que ofrece la posmodernidad.

PRIMERA ENTREVISTA CON GERMÁN ARCINIEGAS (BOGOTÁ, 10 DE FEBRERO DE 1996)

El Maestro estaba sentado en su sillón usual, de espaldas a un lindo jardín junto a la ventana. Me indicaron que me sentara a su lado, le tomara la mano y le hablara muy alto. El Maestro de 96 años, había perdido buena parte de la visión y de la

¹ Lucía falleció en 2002 sin alcanzar a ver terminado y publicado este ensayo. A ella le debo el cercano y tierno contacto con el Maestro Arciniegas, hecho que cambió mi vida. Para ella, mi agradecimiento eterno, donde sea que esté.

audición. Nada raro para una persona que nació con el siglo, pensé. Tomé su mano y lo saludé. De inmediato sentí que ese contacto no era con ningún desconocido, allí estaba él, de quien yo plagiara una de sus frases más lindas, “Creo que lo conozco sin conocerlo”. De inmediato supe que hablar con él, le daría otro vuelco a mi vida. En ese primer contacto pude ir hasta la Argentina a encontrarme con Macedonio, Borges, Del Mazo, Gómez de la Serna y muchos otros escritores que se relacionan a través de esos mismos hilos invisibles, mágicos, que unen al Maestro Arciniegas con Macedonio.

Me sorprendió su sencillez y su ternura. Rápidamente pudimos comunicarnos mejor utilizando un pequeño amplificador de sonido conectado a sus audífonos. Su lucidez aumentaba con los años, ese era su gran secreto. Comencé la entrevista sin saber exactamente por dónde comenzar. Creí que había algo entre los dos que nos permitiría iniciar una conversación en un punto indeterminado, como quien continúa una charla dejada hace mucho tiempo, pero que permanece cerca para reiniciarla con solo desearlo. Así que decidí contarle mi idea de escribir sobre Macedonio y mi curiosidad por él.

Martalucia Tamayo: Maestro, ¿recuerda usted a Macedonio Fernández?

Germán Arciniegas: sí, aunque eso fue hace mucho tiempo. Hablé con él por teléfono y le escribí unas cuantas cartas. Yo conocí más a Gabriel del Mazo.

MLT: ¿Fue Gabriel del Mazo quien lo conectó con los escritos de Macedonio, o usted habló directamente con él?

GA: sí, es que yo era muy amigo de Gabriel... De Gabriel Arcángel; el Arcángel San Gabriel, así se llama (...) Y conocí a dos amigos de Oliverio Gironde, que también era amigo de Macedonio.

MLT: ¿Oliverio Gironde?

GA: sí, él era argentino también. Porque dentro de Buenos Aires mismo Macedonio no pertenecía a ninguno de los grupos literarios de la época. Yo creo que era un amigo lejano de Borges, o de Guillermo de Torre, y de todos ellos; de manera que las reuniones con ellos eran muy pequeñas, tampoco iba Macedonio. Macedonio estaba completamente aislado en Buenos Aires.

[Eso no es de extrañar. Se sabe que Macedonio se refugió en pensiones y se aisló voluntariamente del círculo cultural y literario. Al parecer, su único gusto por salir era ir al café La Perla a sus conocidas y famosas tertulias literarias. Le gustaba vivir en casas de grandes ventanales, para sentarse a ver el verde de los prados, según me contó su hijo Adolfo de Obieta].

MLT: en alguno de los escritos que uno lee de Macedonio que aparentemente fue más amigo del papá de Borges, ¿no?, de Jorge Borges padre.

GA: sí. Yo también fui amigo de Jorge Luis Borges, de Nora Borges y de Guillermo de Torre, casado con Nora Borges, la hermana de Jorge Luis Borges. Pero cuando me reunía con ellos nunca estaba Macedonio.

MLT: parece que él vivía bastante separado y muy encerrado en sí mismo; desde que murió la esposa, Elena de Obieta.

GA: *ajá.*

MLT: en una carta que yo encontré dirigida a usted, le mencionaba el escrito de la teoría de la novela. ¿Usted recuerda que él le hubiera dicho algo especial sobre ese escrito?

GA: *sí. Era para la Revista de las Indias. Yo tuve esa correspondencia estando en Buenos Aires.*

MLT: ¡Ah!, ¡usted estaba allá!

GA: *¡Sí, claro!*

MLT: eso explica las fechas. Porque una cosa curiosa de su carta es que está fechada el mismo día en que Macedonio se la contesta.

GA: *¡Pues claro! Porque yo estaba en Buenos Aires.*

MLT: ¿Usted lo vio o simplemente conversaron?

GA: *hablamos varias veces y nos escribíamos cartas, notas.*

[Es claro que Macedonio hablaba poco o casi nada por teléfono. Era más amigo de escribir noticas a sus amigos, lo que ha sido una suerte, pues ha permitido recopilar mucho de su correspondencia y conocer su pensamiento y opinión sobre muchos temas].

MLT: una de las cosas que en las cartas se comenta, es que lo que a usted le llamó la atención en ese entonces fue lo del personaje en la novela para la Revista de las Indias. ¿Qué recuerda usted de eso?

GA: *pues sí. Está publicado en la Revista de las Indias y me lo dio a mí por conducto de Gabriel del Mazo.*

MLT: ¿Usted después conversó con él sobre los personajes?

GA: *sí. Era el punto que más me llamaba la atención. Si usted busca encontrará algo sobre eso en mi correspondencia con Gabriel, porque él era muy ordenado y no tengo ni idea del archivo de Gabriel del Mazo. Gabriel del Mazo tenía correspondencia con todos de los de la revolución universitaria en toda América. Yo tuve correspondencia con Gabriel desde antes de ir a la Argentina, de manera que mi amistad con Del Mazo llegó hasta que Gabriel murió. Y yo tenía unos amigos viejos en Argentina, como Héctor Ribal Verdel. Ahí le doy claves, ¿no?*

MLT: sí, a ver si puedo atar cabos.

[Más tarde yo encontraría algunos escritos de Arciniegas sobre la humorística y los nuevos personajes, que me llevaron a entender su deseo de proponer esquemas nuevos literarios. Algo muy acorde con el pensamiento posmoderno del que ya hemos hablado].

GA: *a Julio Roca y a Julio B. González, autor del manifiesto de la revolución de Córdoba quien murió 40 días después de haberlo ido a ver yo a Córdoba.*

Lucía Arciniegas de Pérez: *cuéntale la anécdota de este español que le preguntaron por qué venía a la Argentina, ¿quién era?*

GA: *Ramón Gómez de la Serna. Le preguntaron ¿por qué vino usted a la Argentina?, ¿por qué se salió de España? Y dijo: “yo me salí de España de miedo, me pasé toda una noche rompiendo papeles; y en segundo lugar, por conocer a Macedonio Fernández”.*

MLT: *¿Eso dijo él? Ellos fueron muy amigos. Yo he leído que en las cartas de Macedonio hay varias cartas a Ramón Gómez de la Serna. Se ve que fueron muy cercanos o tuvieron una amistad bastante estrecha.*

GA: *le voy a decir que Ramón Gómez de la Serna también fue muy buen amigo mío.*

MLT: *parece que ellos por carta hablaban bastante sobre las teorías metafísicas que tenía Macedonio, era como un consultor. Según parece ser, antes de publicar cosas las comentaba con él, según uno entiende leyendo las cartas de Macedonio.*

GA: *bueno, Ramón era muy particular porque Ramón vivía de noche. Ramón tenía un itinerario al revés de todo el mundo, ¿no? El se levantaba temprano y se desayunaba digamos a las seis de la tarde. Y a las seis de la tarde que desayunaba y empezaba a trabajar, almorzaba por ahí a la una de la madrugada y tomaba un refresco por ahí a las cuatro de la mañana. Cenaba por ahí a las seis de la mañana y se acostaba. Se levanta temprano digamos a las ocho de la noche, era su mañana.*

MLT: *¡Qué cosa más sorprendente!*

GA: *en las cartas mías que están en la Biblioteca Nacional podría encontrar las cartas de Macedonio, creo. Mías no encuentra porque yo no dejaba copia de lo mío.*

MLT: *en el libro de epistolario, que son las cartas que recopiló el hijo de Macedonio, Adolfo de Obieta, se publica una carta de él dirigida a usted y dos suyas. ¿Él le mandó más cartas? ¿Usted recibió más de una carta de Macedonio?*

GA: *hay varias. Habría que buscarlas en la Biblioteca. Yo me escribía más con Gabriel y él las trasmitía a Macedonio. Hay un índice de las cartas mías que está aquí; de las cartas que están en la Biblioteca Nacional.*

MLT: *¿Está aquí, en la casa?*

GA: *están ahí, detrás de la máquina mía de escribir. Hay un solo volumen grueso negro, ahí están todas las cartas mías y ahí pueden ver si esta Macedonio y tal vez de algunos otros que puedan estar relacionados con él.*

MLT: *¿Usted recuerda, aparte de Ramón Gómez de la Serna, quién otro fue muy cercano o muy amigo?*

GA: *yo creo que Oliverio Girondo.*

MLT: usted conoció al hijo de él, Adolfo de Obieta, que es poeta.

GA: *yo creo que sí lo conocí.*

MLT: es quien ha recopilado toda la obra, porque Macedonio nunca la quiso publicar directamente.

GA: *yo tenía otro libro. No todo es vigilia...*

MLT: *la de los ojos abiertos...*

GA: *sí, ese es otro libro de Macedonio.*

MLT: en la segunda carta, Macedonio dice que le envía a usted unos libros, la teoría de la humorística. Le escribió algo sobre el humor. ¿Usted recuerda algo de eso?, ¿si le llegaron esos escritos?

GA: *sí, porque me los mandó a Buenos Aires. Yo los tenía.*

MLT: ¿Y eso estará en la Biblioteca Nacional también?

GA: *en la Biblioteca Nacional deben estar.*

MLT: ¿Usted cuánto tiempo estuvo en Buenos Aires, en esos años en que contactó a Macedonio? ¿Cuándo lo conoció y cuántas veces conversó con él?

GA: *yo estuve en Buenos Aires, creo que dos años. Más bien un poquito más de dos años. Hablamos varias veces y las noticas, ¿no? Él me envió colaboraciones para la revista, pues.*

MLT: y después de que usted se vino para acá, ¿siguió en contacto con Macedonio?

GA: *yo perdí un poco el contacto. Yo me quedé aquí de repente. Porque yo había ido a una conferencia en Nueva York y de regreso para Buenos Aires, el doctor Eduardo Santos me detuvo en Bogotá, porque me nombró ministro de Educación. Y entonces ese día no pude seguir para Buenos Aires.*

MLT: ya se quedó y nunca más volvió.

GA: *y allá un secretario me mandó todas las cosas incompletas, porque se quedó con algunas. (...) Otro que conocía a Macedonio era Bioy Casares.*

MLT: bueno, de él sí tenía información. Vi algo referente a él dentro de las cartas que recopilaron de Macedonio. Pero volviendo a su Revista de las Indias, ¿fue la única publicación que hizo Macedonio, eso que le mando de la teoría de la novela, o le envió más escritos para esa revista?

GA: *yo no recuerdo bien ahora... eso fue en 1940. Había varias cosas, pero como se me perdieron, pues nada. De la Revista de las Indias hay índices, yo creo que en la Biblioteca Nacional se puede encontrar algún ejemplar.*

MLT: ¿De qué fecha a que fecha estuvo siendo editada? Porque esto fue en 1940, según leí.

GA: *sí, 1940 y 41. En el librito de las obras mías publicado por Planeta están las fechas de la Revista de las Indias.*

[Efectivamente, mi querido lector, me fui a la Biblioteca Nacional y allí encontré las revistas. En este libro encontrará más adelante dos colaboraciones completas de Macedonio en esa Revista].

MLT: ¿Esa siempre la dirigió usted? La revista.

GA: *la Revista de las Indias, la segunda época la dirigí yo. Creo que al final, posiblemente la dirigió Roberto García Peña. Y después se acabó la Revista de las Indias y empató con la Revista de América.*

MLT: ¿Hasta qué fecha estuvo?

GA: *Habría que buscar en la Revista de América.*

MLT: esos dos años que usted estuvo en Argentina, cuando conoció a Macedonio, estaba usted en algún cargo especial, diplomático, o simplemente estaba viviendo allí.

GA: *yo estuve allá primero de secretario de la Embajada y después estuve encargado de la Embajada.*

MLT: ¿Usted fue amigo también de Jorge Luis Borges?

GA: *Yo sí, ¡cómo no!*

MLT: ¿Y usted supo quién era el médico que lo trataba a él? Yo he encontrado que en muchas partes se dice que el mismo médico que trató al padre fue quien operó y trató el problema de ceguera de Jorge Luis hijo. ¿Usted recuerda quién era?

GA: *no, no recuerdo. (...) Pero yo tuve una experiencia con la ceguera de Borges, única. Yo me encontré con Borges en Munich, y estaba ciego... y empezó. Fuimos a visitar la galería de pintura y museo de Munich, y Borges me fue explicando cuadro por cuadro.*

MLT: lo sabía de memoria.

GA: *y sabía más de lo que había en los cuadros. Me fue explicando cuadro por cuadro, con una precisión asombrosa. Allá había un centro hispanoamericano, que era una biblioteca que había legado un argentino que vivió mucho tiempo allá, y dejó una colección de tangos, de letras de tangos. Y Borges gozó una locura con eso, yo no sé con quién la visitó. Y se leyeron todos los tangos que había allá recogidos.*

MLT: ¿Conoció usted también a la mamá de Borges?

GA: *¿Cómo no!, me adoraba.*

MLT: Nora, la hermana, debió ser una persona muy especial también. De hecho, él mismo dice que fue la persona que más quiso aparte de la madre, ¿no?

GA: *sí claro. ¿Usted conoce los dibujos de Nora?*

MLT: no señor, pero sí sé que pintaba, ¿cierto?

GA: *lea los dibujos de Nora, y busque las ilustraciones de Nora para el suplemento de La Nación, de Bueno Aires. Con unos ojos de asombro, todos quietos; unas figuras muy simples, y una cara de asombro. ¡Linda, linda!*

MLT: bueno, yo no he encontrado mucho referente a la pintura de ella.

GA: *ella se casó con Guillermo de Torre.*

MLT: sí, claro.

GA: *Guillermo de Torre era un español refugiado en la Argentina que dirigió una colección que se llamaba El Puente. Y yo una vez le hice un chiste pesado a Guillermo de Torre, ¿no? Íbamos para La Plata, y de pronto me hice el distraído y empecé a recitar unos versos, así como... “si al avanzar ávidos de espíritu proceso de infinito dinamismo, en ansias de... El día añorado el alma inmacula desapareció”... Y casi se me arrodilla Guillermo. ¡Por Dios, no lo vaya a decir!, eran unos versos de él.*

MLT: ¿Eran de su autoría?

GA: *publicados en la Revista Cervantes, pero nadie sabía que él “cometía versos”.*

MLT: ¿Ah, no? ¿Y por qué no quería que se supiera?

GA: *pues por eso, porque él estaba... figuraba en Buenos Aires como un ensayista muy serio y todo eso. Esa poesía no era seria.*

[Cabe anotar, honorable lector, que los primeros versos de Arciniegas eran realmente vergonzosos, según el mismo me dijera un día: “eran una vagabundería”. Su poesía era un verdadero arte de comicidad y humorística, pero de esa que podríamos catalogar de posmoderna por la fabulación que implicaba. Nada tradicional, nada pragmático; todo burla, todo cambio en el orden, todo inverosímil, pero creíble. Una poesía no-seria. Pura expresión de esa incapacidad de ser serio que Arciniegas proclamó siempre].

MLT: ¿Usted después tuvo oportunidad de leer algo de los poemas de Macedonio?

GA: *pues... No. Leí los libros.*

MLT: él tuvo algunos poemas... habló mucho a la muerte. Le escribió mucho a la muerte, a la belleza de la muerte y a la esposa, por supuesto; parece que la adoró muchísimo... ¿Él alguna vez le habló algo de la esposa, de Elena?

GA: *de eso no hablamos. Fue más de sus teorías, sobre el personaje y la humorística. Yo en realidad recuerdo muy poco, muy poco. Es que ya uno en 50 años se le borran las cosas.*

MLT: no, pues sí... claro.

GA: *algo muy curioso le pasaba a Macedonio, lo mismo con Carlos Pellicer, atropellaba mucho la ortografía. Atropellaban la ortografía y no les importaba un pito.*

MLT: sí, él era muy liberal para escribir. ¿Usted corrigió lo que él le mandaba para su revista?

GA: *seguramente, seguramente. Porque se le podía ocurrir escribir naval con b larga, por ejemplo.*

MLT: yo sí he encontrado algunas cosas así curiosas, como eso. Cuando uno transcribe literalmente lo que él escribía, encuentra frases, incluso como mal construidas. Yo pensé que era pues un estilo de esa época, o sea, que era muy propio de él.

GA: *era muy intencional, ¿no? Y entonces a mí me daba risa y se calentaba la cosa. En México, con Pellicer, se han propuesto publicarlo con la ortografía que él puso.*

MLT: y eso es lo que ha hecho el hijo con las obras de Macedonio; las publicó tal cual como las encontró, sin modificarlas. Y le cuento que en las *Obras completas* de Macedonio se publicó la versión que ustedes hicieron de la teoría de la novela, la que le entregó a la Revista de las Indias. Allí está referenciada como una publicación de Bogotá.

GA: *¡Ah!, Bien. Nunca entendí muy bien por qué escribía así.*

[Hoy creo que era parte de ese estilo rebelde y anti-preestablecido. Era su manera de expresar su descontento con las normas y los paradigmas. Debió haber sido una rebeldía producto de su mente posmoderna, creo yo. Lo que pasaba era que en esa época esas cosas no se entendían así y, como ya he dicho, ni Arciniegas ni Macedonio sabían que eran posmodernos].

MLT: yo pienso en la ceguera de Borges y creo que fue muy dolorosa para él. ¿Cómo le parecía que vivía el problema de la ceguera?

GA: *Borges se reía mucho de eso, ¿no? Yo una vez le dije a Borges, me encontré con él, pero él no me vio, pues. Entonces le dije, yo soy Germán Arciniegas. Me dijo, “mire perdóneme, pero es que yo no veo, porque yo estoy ciego, don”. Yo le dije: “yo no creo en la ceguera suya, acuérdesse que nosotros estuvimos recorriendo en Munich la galería, y usted me estuvo describiendo los cuadros enteros”. Y me dijo: “ese no era yo, ese era el otro Borges”.*

[Ese *cuentico* del “otro Borges” es un poco la metaficción de la que hemos hablado. Es jugar a la ficción dentro de la ficción y hacer creíble lo inverosímil. Eso también es expresión del más puro posmodernismo. Créanlo o no, Borges también habría sido un escritor posmoderno, pero eso sería tema de otro ensayo].

MLT: él jugaba mucho en sus escritos a eso, ¿no?, se recreaba en la parte un poquito ilógica, que, a mi modo de ver, es lo que lo une mucho a Macedonio. Yo pienso que ambos usaron mucho lo irreal, lo ilógico en sus escritos. Y me parece que una de las partes que a usted le llamó la atención en ese entonces, fue el hecho de volver una novela distinta, diferente. Porque él quería que los personajes fueran activos y que el lector fuera un personaje, y parece que ese fue el escrito para la

Revista de las Indias. Él conversaba mucho con el lector, como si fuera casi que otro personaje de su libro, y eso lo hace Borges a veces, ¿no?

GA: *sí, él tenía cierta similitud con Borges, se identificaban en varias cosas.*

[Más posmodernismo, me parece a mí. Seguir jugando a los personajes absurdos, involucrar al lector y demás características ya mencionadas].

MLT: *sí, a mí me parece en esa parte de dirigirse y de hablarle al lector. Es algo muy especial en ellos. A Borges lo fascinaba el infinito... También lo interminable. ¿Usted conversó alguna vez con él de esas cosas, de esos temas que le obsesionaban en sus escritos?*

GA: *pues sí, yo con Borges sí tuve una comunicación muy cercana. Nos encontramos mucho en las cosas de Victoria Ocampo. Y Borges fue de los que propuso que me dieran a mí el premio Alberto Sarmiento. Me lo dieron con el voto de Borges, el de Adolfo Bioy Casares y alguno otro que no recuerdo.*

MLT: *¿De dónde era Bioy Casares? ¿Usted recuerda dónde había nacido?*

GA: *¿Bioy Casares?... Yo creo que era de Mendoza, no sé. No creo que fuera porteño.*

Se siente el cansancio en el Maestro. Es hora de interrumpir los recuerdos.

MLT: Maestro, muchas gracias por su tiempo. Voy a ir a la Biblioteca Nacional a buscar todo lo que usted me ha indicado. Voy a trabajar un poquito más sobre esos datos y a ver qué puedo encontrar allá.

GA: *los datos míos son muy vagos, pues, ¿no? Porque... Porque Macedonio era sumamente fugitivo.*

[Un Macedonio sumamente fugitivo, ese sí que no me lo esperaba. Huidizo sí, pero fugitivo no sabía. Probablemente todo era producto de la incomprensión de la sociedad que lo rodeaba y de no hallar su lugar en un mundo demasiado atrasado para recibir un pensamiento tan posmoderno].

DE CÓMO DESCUBRÍ EL PUNTO DE ENCUENTRO

Así pasó nuestra primera conversación, por lo que me dediqué a buscar más cercanamente la relación entre los dos escritores. Fui a la Biblioteca Nacional de Colombia donde existe el Fondo Germán y Gabriela Arciniegas. Allí encontré todas las obras de Arciniegas y una cuidada hemeroteca con varios ejemplares de la Revista de las Indias, de 1940 (segunda época); tomos VI, marzo-julio de 1940 y VIII, de noviembre de 1940 a 1941.

No fue difícil revisar en la Biblioteca Nacional de Colombia algunas cartas que Macedonio Fernández le envió a Germán Arciniegas, gracias al enorme interés que él mostraba en las teorías del argentino. Su amigo Gabriel del Mazo solía

transcribirle y enviarle cartas que recibía de Macedonio, sobre todo aquellas en las que exponía algunas de sus curiosas teorías metafísicas, a fin de mantener al tanto a Arciniegas.

Cartas y más cartas entre un Arciniegas y un Macedonio que se encontraron en la filosofía del arte de escribir, en la filosofía cotidiana. Cartas de un Macedonio que habla de una docena de chistes que tiene escritos, sin darle mucha importancia a su teoría de la humorística, como buen modesto que era. De un Macedonio que le recomienda a Arciniegas matar la tristeza. De un Macedonio que habla de la reflexión tercera del yo, “del yo que mira al yo que un momento antes miraba al yo, o al yo mismo”. [Pura expresión posmoderna, más ficción dentro de la ficción]. De un Macedonio que insiste en hablar de “Belarte”, de un Belarte que será liberado de ser, de modo que se le facilite un no ser. [¿Planteamientos absurdos pero creíbles? Pura posmodernidad, amigo lector, nada que hacer].

Cartas de un Macedonio que le escribe a Gabriel del Mazo para hablar de escritores que sirven, no que hacen servir. Un Macedonio que se preocupa por el cosmos, la psique y la muerte. Un Macedonio que pide “no más literatura condescendida”. [Simplemente quiere romper con lo tradicional de la modernidad]. Cartas de un Macedonio que se preocupa por el lector que no pasa de la tapa del libro, el mismo que prepara un libro de “tapas de libro” sin la esperanza de que un lector lea más allá. [Un Macedonio que re-plantea los lectores, que pide lectores-actores-autores, que busca romper la barrera entre el lector y el escritor. Eso es más posmodernidad]. Un Macedonio que cuenta sobre su libro *De las malas noticias*, donde declara el fin de la escasez. Un Macedonio que escribe para los 800.000 analfabetas de la Argentina, los 50.000 anarquistas de Barcelona y los 10.000.000 de bohemios en el mundo [El absurdo posmoderno de escribir para que entiendan los analfabetas. Es creer en lo imposible, es hacerlo creíble].

Cartas a máquina, en tinta roja, de un Macedonio que titula su disertación “Rarezas que ocurren, y probables futuras, enumeradas por el derecho a disparatar”. [Creo que solo a un posmoderno se le puede ocurrir exigir el “derecho a disparatar”]. Un Macedonio que habla de política, de Roosevelt y de Hitler. Cartas de un Macedonio que escribe sobre “el apacible-producir-libros”, sobre el fenómeno estético, sobre el comienzo de Belarte, sobre “la literatura del dudar del arte”, sobre “la conferencialidad y la cachá”. Cartas de un Macedonio que le recomienda a Del Mazo: “Si hablas con Arciniegas dile cosas alegradoras y no lo ajites, pues ayer recibió una carta mía: debe estar convaleciente, delicado todavía”. [Un Macedonio que escribía ‘ajites’ con jota, que se unió a un Arciniegas en esa vida posmoderna que los envolvió, sin saber que los envolvió. Eso es casi una metaficción, ficción dentro de la ficción. Soñar que estamos soñando, para terminar por no saber distinguir lo real de lo imaginario. No hay límites, no hay barreras, todo se junta y se funde en una sola cosa, una dimensión desconocida: la posmodernidad].

Rápidamente me volví “ratón de biblioteca”... De otras bibliotecas. Empecé a estudiar a los argentinos más que de costumbre. Profundicé en Borges, padre e hijo, en Ramón Gómez de la Serna, en los alumnos de Macedonio –entre ellos Santiago Dabove, Adolfo Bioy Casares–; en fin, los busqué hasta que los encontré. Y los encontré juntos, girando todos alrededor de Macedonio, del Maestro de

una generación valiosa –ya no diría de vanguardia, sino posmoderna. Gente linda, irónica, ilógica, irreverente... Es decir, “joven”. Como el viejo Macedonio, que fue el viejo-joven de sus tertulias en el café La Perla. Y a esa unión de locura, llega a sumarse Germán Arciniegas en 1940 y 1941. Se sumó, aun sin asistir jamás a las tertulias de Macedonio en el café. Se une a un club paralelo y a otras tertulias, las de Victoria Ocampo, a las reuniones entre Borges y otros escritores de la época. Ahí es cuando su camino se cruza definitivamente con el de Macedonio y su vida –personal y literaria– queda marcada por esta etapa.

¿Extrañado por este descubrimiento, señor lector? Esto no es nada. Le presento las cartas que de Macedonio guardaba celosamente nuestro querido Maestro Germán Arciniegas, las mismas que hoy reposan en el Fondo Germán y Gabriela Arciniegas de la Biblioteca Nacional de Colombia. Allí se alcanza a ver algo de las teorías macedonianas que le gustaron y le llamaron la atención a Arciniegas. Con eso sólo queda preguntarse si había o no una afinidad valiosa y relevante entre los dos escritores. Para mí está muy claro, ¿usted, lector, lo alcanza a ver?

Confieso que fue el Maestro Arciniegas quien me mandó a buscar en la Biblioteca Nacional de Colombia sus cajas con las cartas que recibió a lo largo de su vida. Así, descubrí que Gabriel del Mazo se encargaba de transcribirle a Germán Arciniegas las cartas de Macedonio, pues al Maestro le interesaban las teorías macedonianas de ese entonces. En este libro, mi querido lector, usted encontrará algunas copias de ellas, unas manuscritas por Macedonio y otras transcritas a máquina por Gabriel del Mazo.

Alentada por mi descubrimiento, en abril de 1998 viajé hasta Buenos Aires y me entrevisté con Adolfo de Obieta, el hijo de Macedonio, para comprobar esa cercanía que existió entre Macedonio y Arciniegas. De Obieta recuerda muy bien al Maestro colombiano; lo estima mucho, pues siempre supo del aprecio que su padre le profesó. En su pequeño departamento, lleno de libros hasta el techo, encontré varias de las cartas que ellos intercambiaron. Allí pude leer las cartas que Arciniegas le envió y hasta encontré la dedicatoria que el Maestro le escribió a Macedonio en el ejemplar de su *Estudiante de la Mesa Redonda*, que le envió en 1940 cuando sus vidas paralelas se cruzaron.

Para mi sorpresa, Adolfo de Obieta me confesó que fue testigo del enorme cariño que Macedonio expresaba por Arciniegas y el interés en sus obras y en su teoría de esta América de todos. Sí, porque a Macedonio también le interesó la conquista de América y le llamó la atención el interés de Germán Arciniegas en todos los temas americanos. A De Obieta le parece claro que Macedonio llegó a admirar en el Maestro colombiano su rebeldía, su juventud de estudiante, su ímpetu revolucionario y el liderazgo que él ejercía entre la juventud colombiana y latinoamericana. [Ambos tenían tantas ganas de romper esquemas pre-establecidos, ambos deseaban un cambio radical en ese mundo moderno que los asfixiaba].

Entre el viejo ejemplar del *Estudiante de la Mesa Redonda* guardado por De Obieta como un tesoro legado de su padre, encontré un recorte de la revista La Nación de Buenos Aires, en donde el periodista Roy Bartholomew le hace una entrevista a Arciniegas en 1985. Adolfo lo recortó y cuidadosamente lo guardó dentro del libro, como recuerdo de la antigua amistad y la admiración que Macedonio profesaba por el Maestro Germán Arciniegas. En esa ocasión se trataba de una

nueva visita de Arciniegas a la Argentina con objeto de la Feria del Libro en Buenos Aires. El articulista anotaba: “Arciniegas ha sido huésped asiduo de la Argentina. (...) Conserva inalterado su buen humor, su amable ironía, su tenacidad ciudadana, su curiosidad inagotable”. ¿Acaso fue esa curiosidad inagotable la que llevó a Arciniegas hasta ese personaje tan raro y llamativo que era Macedonio?

¡Adelante, amigo lector!, disfrute otras cartas que se cruzaron nuestros personajes, parte del artículo de La Nación y hasta una invitación que en 1940 el Maestro le hace a Macedonio para que asista a un cóctel en la Embajada Colombiana. Cócteles a los que, por supuesto, Macedonio nunca asistió (cfr. Anexos 6 y 7).

PERO, ¿QUÉ OPINABA GERMÁN ARCINIEGAS?

COMENTARIOS DEL MAESTRO

Para tranquilizar mi conciencia y asegurarme de no estar presentando un despropósito, le conté a Germán Arciniegas sobre este paralelo. Hasta le di el borrador del libro para que Graciélita, su secretaria, se lo leyera. Al preguntarle qué opinaba, se rió. Le pareció muy gracioso y hasta él mismo se sorprendió de mi punto de vista. Insistió en que le gustaba mi manera de ver las cosas.

Ahora sí voy entendiendo por qué el Maestro Arciniegas me dijo poco antes de morir: “A usted le gustan las cosas al revés. Como a mí... Pero eso tiene sus problemitas”. Pero, aún así, yo insistí. Al año siguiente le conté que había establecido contacto con Adolfo de Obieta, el hijo de Macedonio, y recordamos que él también había colaborado alguna vez con la Revista de las Indias.

A finales de 1997 recibí la invitación de Adolfo y viajé en abril de 1998. Cuando regresé a Bogotá, después de un viaje extenuante, me tomó varios meses organizar la información que había traído y tuvimos poco tiempo para revisar el tema con el Maestro Arciniegas. Siempre que lo visitaba le comentaba alguna que otra cosa y él se divertía muchísimo con mis hipótesis, pero la verdad fue que nunca alcanzamos a profundizar el tema de Macedonio. Por supuesto que mi concepto de posmodernidad ni siquiera se lo mencioné. La tristeza es que Arciniegas no alcanzó a ver terminado este trabajo, como para que por lo menos me hubiera hecho el reclamo en persona.

Eran las 7:40 de la mañana del día de su muerte en 1999. Sonó el teléfono, eran Mauricio Pérez Arciniegas, sobrino nieto del Maestro y su esposa Claudia Londoño de Pérez. Me dijeron: “Germán acaba de morir”. Se me enfriaron el cuerpo y el alma. Todos sabíamos que el Maestro podía morir en cualquier momento, pero la razón intentaba crear más novela, creyéndolo verdaderamente inmortal. Lo primero que se me vino a la cabeza fue: “¡Carajo!, ¡se me murió el viejo sin leer completo mi absurdo e irreverente ensayo!”. Sentí rabia en medio de la tristeza, porque

era una promesa que le había hecho y no había podido cumplírsela. El Maestro no podía hacerme esto. Yo necesitaba su aprobación final para calmar la conciencia, pero no fue posible. Así que me tocaba seguir adelante, sola, sin él.

Me fui temprano a su entierro. Quería encontrar un buen puesto para estar cerca del ataúd. No para verlo, pues jamás he podido mirarle la cara a los muertos, pero sí para hablar con él y pedirle perdón por lo que pudiera ofenderlo con este escrito. Me senté cerca y hablamos durante mucho tiempo. Pasé más de la hora que duró la ceremonia justificándole mi paralelo absurdo. Creo que me entendió. Sé que me escuchó y sé que lo aprobó. Curiosamente, era Arciniegas, a sus 98 –casi 99– años de edad, quien más entendía lo absurdo e ilógico que resultaba decir las cosas al revés, pero a la vez tan acertado querer hacerlo. Pura posmodernidad Maestro, pura posmodernidad.

Como dicen que dicen las señoras, no le cabía una aguja a esa iglesia. La iglesia del Chicó, donde había asistido tantas veces a misa durante tantos años que vivió en la calle 92 con carrera 11. Su parroquia. El Presidente de la República había ofrecido el Capitolio Nacional para la velación y la catedral para la misa, pero la familia no aceptó. Prefirieron preservar la sencillez del Maestro con una hermosa y emotiva ceremonia en su barrio, su casa. Allí me reuní con el Maestro después de muerto, para jugar a los diálogos desde la eternidad. Por fin era un inmortal, por fin la eternidad, el infinito, en un sin-fin-posmoderno que solo él y yo entendíamos. Podría decirle, mi estimado lector, que allí recibí la aprobación del Maestro para esta locura de paralelo posmoderno y usted me lo tiene que creer. Si no es así, demuéstreme lo contrario.

Cierto Maestro, le dije para despedirme. Usted, Macedonio y yo: ya somos tres que nos empeñamos en ver todo “al revés”. Qué problemita, ¿no? Es que poner al revés la modernidad, no es fácil. Por eso la posmodernidad no es fácil de sobrellevar. Eso sí que trae sus problemitas. Se me ocurre proponer que formemos un club, un club “al revés”. ¿Eso se parecerá en algo a su mesa redonda? De golpe sí, pero una “mesa redonda al revés”, donde solo haya lugar para gente con total incapacidad de ser serios... Pero siéndolo. Otro absurdo posmoderno, más ficción dentro de la ficción, en esta su mesa redonda posmoderna, al borde de un camino de paralelas, de las que sí se cruzan.

ESOS MARAVILLOSOS AÑOS CUARENTA EN BUENOS AIRES

PUNTO DE ENCUENTRO

Veamos ahora algo de ese mundo que se desarrollaba en la Argentina, más exactamente en Buenos Aires, durante esos dos años que Germán Arciniegas vivió allí. Esos mismos años que le enriquecieron y le acentuaron su vena humorística, irónica, ilógica e irreverente. Así fue como fue tocado por Macedonio y, utilizando una de las expresiones preferidas del Maestro, diríamos: *¡Así fue... y punto!*

Recordemos la amistad de Macedonio y Jorge Luis Borges, la que se había reforzado en 1921 gracias a que Macedonio fue muy amigo de Jorge Borges padre, con quien compartió los años de carrera universitaria. Años más tarde, en 1939 y 1940, cuando el Maestro Arciniegas llega a Buenos Aires y se une en estrecha amistad con Borges y su grupo literario, viene entonces a establecerse un puente confiable que une indirectamente, y casi-como-sin-querer, a Arciniegas con Macedonio. Analicemos algunos detalles de ese puente.

RELACIÓN BORGES-MACEDONIO

Ya la hemos visto claramente en la defensa del paralelo, cuando tomamos mucho de lo escrito por Barnatán. No sobra reforzar la relación Macedonio-Borges-Arciniegas como una parte importante entre otros puntos en que se tocan los dos autores que nos ocupan. El mismo Arciniegas aceptó haberse fascinado con los escritos de Macedonio, a quien leía con gran interés desde que Gabriel del Mazo le hacía llegar diversos textos macedonianos. Ya vimos que en 1940 intercambiaron varias cartas y que en 1941 se cruzan artículos; así mismo, que Arciniegas invita a Macedonio a la embajada colombiana el martes 7 de mayo a las 19 horas cuando la sede estaba en la calle Zabala 1848 de Buenos Aires.

Solo basta recordar que en 1921, cuando Borges regresa a la Argentina, Macedonio mantenía sus tertulias literarias en el café La Perla, en la esquina de Jujuy con la avenida Rivadavia de la Plaza Once. Pero esa relación de amistad y trabajo literario entre Borges y Macedonio envuelve a otros escritores de la época, que más tarde se relacionarían con Germán Arciniegas. Allí aparecen nombres como Ramón Gómez de la Serna, Guillermo de Torre, Adolfo Bioy Casares y Gabriel del Mazo.

En mi visita a Buenos Aires en abril de 1998, pude comprobar que el café aún existe y que está en el mismo sitio. La gente de aquella época y los bohemios lo recuerdan mucho. Otros cafés han tratado de revivir las tertulias culturales, aunque nunca como las de entonces. Vi el café La Perla, lo visité en compañía del poeta Adolfo de Obieta y otro amigo macedoniano. Nos sentamos a tomar un café, mientras yo recorría con la mirada a los vecinos de las mesas contiguas, pero ninguno se parecía al Borges o al Macedonio soñado. Preguntamos al dueño del café y al jefe de meseros si sabían a quién perteneció en 1940 o si tenían fotos de esos años. Nada, nadie parecía conocer su historia guardada, su misterio y su encanto. Aquella gente estaba sentada en un tesoro de memorias y simplemente lo ignoraba.

Pero volvamos a esos años de encuentro en la década de los veinte. Borges se instala de nuevo en Buenos Aires y afianza su amistad con Macedonio, hasta el punto de trabajar juntos algunos proyectos literarios bien extraños y encantadores, como cuando llegaron a “urdir una novela fantástica en colaboración”. Novela que obviamente quedó inconclusa, pues nunca se escribió ni se publicó. No queda duda del ingenio de Macedonio, que en esa novela muestra su humorística e ironía. Sobre el argumento, Borges alguna vez comentó:

El título –elegido no por su problemática belleza, sino en vista del público– es: El hombre que será presidente. El medio empleado por los maximalistas es la multiplicación de muchas pequeñas molestias que, insignificantes cada una en sí, carcomerían combinadas los ánimos de todos. Por ejemplo: que los pianos de manubrio no tocasen nunca entera pieza sino la cortasen por la mitad; que se llenase la ciudad de objetos inútiles, como barómetros, que se aflojasen las varillas de los tranvías donde se agarra la gente, etc.

Sobre ese proyecto de novela, el escritor argentino Enrique Fernández Latour presentó un corto escrito titulado “Macedonio Fernández candidato a presidente”, dedicado a Macedonio y su proyecto de novela planeada con Borges, con los hermanos Davobe y el mismo Fernández-Latour. [Insisto en resaltar, mi querido lector, el argumento posmoderno del asunto. Una metaficción completa, llena de absurdo ilógico que, aunque no puede ser, es. Volvemos al asunto de hacer creíble lo no-creíble. ¿Y bien, con este cuento de las novelas, no se le ocurre otro paralelo? ¿No cree que además este par de tipos se parecieron en la forma medio “mamagallista” en que escribieron –cada uno– su única y propia novela? Para su información, cada cual, Macedonio y Arciniegas, escribió solo una novela y vale decir que aún se duda que sean novelas. La de Arciniegas, terminada y publicada; la de Macedonio, ensayada en la mente y dejada inconclusa. Simpáticos, muy

simpáticos ese par, sobre todo en la forma en que se burlan descaradamente del lector, aun dentro de la novela, y tal pasa, que no pasa nada].

En Buenos Aires hablé personalmente con la hija del escritor co-autor de esa novela loca de Macedonio. Olga Fernández-Latour, historiadora argentina, que recordaba mucho ese proyecto loco que su padre siempre resaltó y del que hasta él mismo participó. Una novela que nunca se escribió, proyecto inconcluso que nadie terminó después de la muerte de Macedonio, como si ninguno se sintiera con la autoridad de hacerlo, como si eso fuera irrespetar la memoria de Macedonio o como si fuera un sacrilegio terminar lo interminable de Macedonio.

Ya desde muy temprano se ve la influencia que ejerce Macedonio en Borges y probablemente en otras personas de esa generación. Poco a poco, entonces, uno se va enterando de los planes literarios de aquel grupo de tertulias y de la expectativa que significaba el ver y oír a Macedonio en el café. Borges cuenta que los diálogos se extendían hasta bien entrada la madrugada, cuando solían gastar la mayor parte del tiempo hablando de la filosofía y la estética. Se enfrascaban en largas conversaciones sobre la existencia o inexistencia del yo, sobre las metáforas, “en fin... La metafísica pura, real y cotidiana”. Borges mismo relata: “De una manera casi imperceptible, Macedonio dirigía nuestro diálogo; quienes entonces lo escuchamos no podemos maravillarnos de que los hombres que perdurablemente han influido en la humanidad –Pitágoras, el Buddha, Jesús– prefieran la palabra oral a la palabra escrita (...).

Con esas frases de Jorge Luis Borges y apoyada también en lo que el Maestro Arciniegas recordaba, puede entonces entenderse un poco el gusto de Macedonio por el discurso, por la oralidad y acaso su desconfianza o desgano por los escritos y las publicaciones. Alguna vez Macedonio dio a entender que si las cosas ya estaban claramente discutidas y conversadas, no valía la pena escribirlas o publicarlas. Es obvio que no buscaba la posteridad o la fama, sino la charla simple; es decir, el hecho mismo de la discusión-enriquecedora. Sorprende saber que Macedonio hablaba poco en las tertulias, no acaparaba la palabra, parecía gustar más bien de escuchar que aseverar y se limitaba a unas pocas frases que parecían dirigidas accidentalmente a quien hablaba o a quien estuviera a su lado. Esto quedó muy claro en las entrevistas sostenidas con su hijo Adolfo de Obieta, que asegura que Macedonio gustaba más de escuchar que de hablar; pero cuando hablaba decía unas cuantas frases muy bien puestas, de modo que se ganó el respeto y la admiración de todos los contertulios. Entre ellos, del contertulio inasistente –para crear otro personaje posmoderno– Germán Arciniegas. ¿Acaso alguien sabe qué fue lo que más le llamó la atención a Arciniegas de Macedonio? Ver el mundo “al revés”, diría yo, saber hacerlo. Ser sin ser y estar sin estar; es como hacer sin hacer, pero haciéndolo. Esta fue otra hermosa lección que nos dieron Arciniegas y Macedonio sin saberlo. He aquí otra de sus más grandes paradojas.

Es ya famosa una carta que Macedonio escribió a Borges, publicada en la Revista Proa y recopilada en las obras completas de Macedonio de Ediciones Corregidor de Buenos Aires. Este es el inconfundible estilo macedoniano, cartas desmemoriadas, absurdas y burlonas, como las que más tarde se leerían en Borges, en Gómez de la Serna y hasta en el Maestro Arciniegas. Como dicen por ahí, *por ejemplo, un ejemplo*: “Querido Jorge: Iré esta tarde y me quedaré a comer si no

hay inconveniente y estamos con ganas de trabajar. (Advertirás que las ganas de cenar ya las tengo y sólo falta asegurarme las otras) (...)” Pero le toma le pelo irreverentemente: “Soy tan distraído que iba para allá y en el camino me acuerdo que me había quedado en casa (...)”. Sigue la burla para terminar con su incondfundible: “Es por turnos y este es el turno de que yo me calle”. Adelante mi querido lector, váyase hasta el anexo 8 y lea la carta completa. Se sorprenderá.

EL PASO DESDE MACEDONIO HASTA ARCINIEGAS

Pero ya dijimos que la relación Macedonio-Borges llega hasta otros escritores de la época, que más tarde también se relacionarían con el Maestro colombiano Germán Arciniegas. Borges no fue el único que intervino en este puente literario, también estaba Gabriel del Mazo y, obviamente, el español Ramón Gómez de la Serna. De una u otra manera, todos ellos se vieron envueltos en esa filosofía macedoniana del momento –filosofía que se me antoja posmodernista– y era fácil presentir que tarde o temprano todos escribirían con un estilo similar, entre filosófico, serio sin serlo demasiado y humorístico sin matar la comicidad. La historia y los críticos literarios han llamado a este fenómeno “literatura de vanguardia”, que marca sin duda un movimiento literario muy importante e interesante, el cual deja honda huella en el mundo de las letras. Pero yo, en medio de mi terquedad de ignorante de las letras, he insistido en decir que eso se llama posmodernidad. Simple y llano posmodernismo. Nace, pues, esa nueva forma de ver la vida, el mundo, la literatura o el arte y eso no era cualquier cosa; ¡no señores! Pero para entender estos movimientos que atacan la modernidad a la que ya estamos acostumbrados, también hace falta tener algo de incapacidad de ser serio y una mente abierta [recuerden abrirla tanto para que quepa en ella la fabulación y la metaficción].

Cabe recordar que el Maestro Arciniegas ha sostenido repetidamente que la llegada de Gómez de la Serna a Buenos Aires fue histórica, pues cuando le preguntaron el motivo de dejar España, él simplemente contestó que huía a la Argentina por problemas políticos insalvables y “por conocer a Macedonio Fernández”. Sabemos que Ramón Gómez de la Serna descubrió al gran Macedonio aproximadamente en 1925, desde cuando mantuvo intensa correspondencia con él. Viajó luego en 1931 a Buenos Aires para conocerlo. Regresa a España, pero vuelve a la Argentina en 1933 y afianza su amistad con Macedonio. Se dice que su tercer viaje fue en 1936 a causa de la Guerra Civil española, pero esta vez se queda entre los gauchos hasta su muerte en 1963.

Ya vimos que Macedonio se relacionó poco con el círculo literario de las altas esferas sociales [menos de lo que hubiéramos querido]. Sabemos que había otras tertulias literarias organizadas por Victoria Ocampo, a las que asistían Germán Arciniegas, Jorge Luis Borges, Ramón Gómez de la Serna y otros, pero nunca Macedonio Fernández. Arciniegas lo describió como “fugitivo”, acaso queriendo decir “escurridizo”. Es fácil deducir que Macedonio se alejaba de ellas voluntariamente, porque prefería vivir su modesta vida medio-bohemia del café La Perla. [No debía ser muy bien recibido, porque era muy crítico de los escritores de aquella época y porque no hacía otra cosa que decir verdades, digo yo. Recorde-

mos que ya Arciniegas nos había enseñado que “eso trae sus problemitas”. Sin embargo, ambos gastaron su vida en decirlas pese a todo].

Puede pensarse que debido al aislamiento de Macedonio, en esos años no fue conocido lo suficiente y su obra poco difundida en la Argentina y en el exterior. Su producción se quedaba en estrechos círculos socio-culturales-literarios, a los que solo unos pocos tenían acceso. Tal vez por eso Gómez de la Serna alguna vez se escandalizó del abandono en que Macedonio estaba, del mínimo eco que tenía en el mundo cultural argentino de ese entonces a pesar de su brillante “humorismo trascendental”, como él mismo lo llamara. [¿Acaso podrá haber un humorismo trascendental que no llegue a ser posmoderno?].

El cuestionamiento, la pregunta, el enigma de la vida y del mundo, eran la temática de Macedonio y los que yo he llamado “sus contertulios-rompe esquemas”. Temas que sin duda también llamaron la atención del Maestro Arciniegas. Toda la filosofía macedoniana junta, siempre en la búsqueda de la eterna juventud y la inmortalidad. Gómez de la Serna dijo que a Macedonio “la erudición le parecía una cosa vana, un modo aparatoso de no pensar” y relata un comentario que le oyó alguna vez: “Si yo pudiera ir al campo y tenderme al mediodía en la tierra y cerrar los ojos y comprender, distrayéndome de las circunstancias que nos distraen, podría resolver inmediatamente el enigma del universo”. Queda claro que Macedonio fue el Maestro del pensar, el pensamiento puro hecho realidad, hecho hombre, mortal-inmortal. Pensamiento absurdo, pero lógico; increíble, pero creíble –más posmodernidad. He aquí, pues, la presencia de dos maestros, Arciniegas y Macedonio, ambos modelos para pensar y re-pensar.

El período 1939-1941 permite el contacto de Germán Arciniegas con este mundo literario de casi-locura-filosófica-humorística-trascendental –eso sin agregar posmoderna. Ya sabemos que el Maestro leía los escritos de Macedonio gracias al contacto con Gabriel del Mazo, su editor. Por esos años descubrió a un “tal Fernández” y sucumbió al embrujo que el argentino solía tener sobre los jóvenes de aquel entonces. Es un Arciniegas de 39 a 41 años, aún joven como todo estudiante perpetuo, que se envuelve en el mundillo literario de Buenos Aires. Del Mazo y luego Borges, su amigo, llegan a ser entonces su punto de unión con otros escritores, entre ellos, Macedonio. Así se va formando una cadena que se cierra en un círculo literario especial. Ya vimos las cartas y artículos que intercambiaron Arciniegas y Macedonio en 1940, los consejos que el Maestro argentino le da al joven estudiante y las colaboraciones en la Revista de las Indias. Queda así establecida una valiosa relación en la vida del escritor colombiano. Importante, aunque casi imperceptible, como casi todas las acciones de Macedonio.

Nuevamente hay que aclarar, en mi modesto modo de ver esta relación, que se notan unos puntos comunes que son obvios y claros en los dos escritores, incluso desde antes de conocerse. Hecho que hace más interesante cualquier paralelismo. Paralelo que sigue su curso por muchos años más, no solo en los escritos, sino en diversos hechos de sus propias vidas. Uno creería que la relación Arciniegas-Macedonio se rompe cuando el Maestro deja la Argentina en 1941 para regresar a Colombia a tomar el cargo de ministro de Educación. Pareciera que el contacto se rompe, pero lo importante es que ya había quedado establecido un punto de unión entre los dos. Me atrevería a decir que ya la magia estaba hecha.

Es claro, y lo sostiene Barnatán en su biografía de Borges, que “Macedonio prefería la interrogación constante, el cuestionamiento infinito de todo lo que le rodeaba —empezando por él mismo—, la constatación despiadada de la acechante nada. Impresionaba a sus jóvenes amigos tanta sabiduría, tanto talento, tanta inteligencia desperdiciada en el aire desmelenado de la charla, y su escasa presencia en la literatura, que se hacía imprimir con vocación de eternidad”.

“Inteligencia desperdiciada en la charla” hace referencia a que Macedonio prefería hablar y no publicar. Eso contrasta totalmente con el hábito de escribir y publicar que siempre caracterizó a Borges y a Arciniegas. Ahora bien, si Macedonio no deseaba publicar, por lo menos no instaba a sus discípulos de tertulias a seguir el mismo camino. Sabemos que para Macedonio “ejecutar a la imaginación” era una cosa espantosa. Pero ese juego de “ejecutar la imaginación” también lo conoce Arciniegas desde muchos años atrás. Por lo menos así lo plantea en su libro *Diario de un peatón*, en donde se burla del obrero que piensa y del empleado público que no ejecuta las ideas. Como vemos, ambos siguen diciendo verdades.

Pero el humor de Macedonio tocó profundamente al Maestro Arciniegas. Macedonio odió lo serio y lo solemne, por eso propuso una literatura que moviera esquemas y paradigmas. Es bien conocido el humor de Borges y de Arciniegas, que suelen jugar con lo irreal, lo absurdo y lo ilógico. Muy parecido a ese humor de Macedonio, la expresión de la metaficción y la fabulación, tan propias de la posmodernidad. Arciniegas repitió hasta el cansancio que no le gustaba la seriedad: “Con frecuencia, las cosas que a los demás le parecen solemnes, a mí me dan risa”. [Eso me recuerda una famosa frase de Cortázar: “Qué risa, todos lloraban”. Si los demás le ponen mucha seriedad al asunto, Arciniegas y Macedonio se encargan de volverlo cómico, en un intento por preservar esa posmodernidad tan incomprensible y atacada. Estoy casi segura de que al Maestro Arciniegas le produjo risa su propia muerte, tan absurda como inoportuna, cuando él mismo quería completar sus 100 años]. No es raro que estos escritores se comprendieran e incluso se complementaran. Macedonio, el maestro de la “miscelánea, de lo simple y lo absurdo”, que siempre dejó al lector en libertad de hacer volar su imaginación. Es claro que Arciniegas hizo lo propio. Cada uno muy a su manera, una manera similar, pero diferente. [De una manera posmoderna, se parecían hasta en lo mucho en que se diferenciaban].

Lo que va desde Macedonio hasta Arciniegas nos ha mostrado muchas cosas en común, por ejemplo, que los dos se burlaron de la vida. Ambos se creyeron “fuera de este mundo”, enemigos de la medicina y de la terapéutica. Germán Arciniegas llegó a proponer las bondades científicas del sapo para curar la erisipela, burlándose “respetuosamente” de sus médicos y de las terapias médicas.

Macedonio, Borges y Arciniegas utilizaron un mismo lenguaje, desarrollaron valores comunes; aunque Macedonio vivía más en soledad, Borges entre la tristeza de no ser feliz y Arciniegas en la acción de escritor activo, simple y sencillo, que escribe para lectores también activos, simples y sencillos. Todos buscaron un nuevo lector, sin saber que lo que buscaban eran lectores posmodernos. En 1952 falleció Macedonio y quedó vigilante acompañándolos desde el cementerio de La Recoleta. Marcó así una generación que pretendía romper con la vieja-

modernidad, acaso la misma que se desarrolló y creció en 1940 cuando los macedonianos se instauraron en el mundo literario de habla hispana.

Sorprende saber que a Macedonio le interesó Cervantes y su Quijote. Alguien dijo que era “uno de sus dioses”. Esta aseveración nos lleva directamente a recordar la fascinación que el Quijote también ejerció en Germán Arciniegas. Si me atrevo a decir que Macedonio fue un Quijote, tendría que admitir que Arciniegas fue otro. Ambos plantearon filosofías parecidas, desarrollaron un mundo similar, pero se movieron en realidades diferentes. Tenían un mismo mundo que era distinto de los demás. Crearon su propio mundo, su “otro mundo”.

Germán Arciniegas también fabricó su otro mundo enmarcado por el Quijote y el Almanaque Bristol. Ese detalle poca gente lo sabe y por eso a muchos les resulta difícil creer que Arciniegas haya gastado unos buenos años de su juventud escribiendo una versión propia, ampliada y mejorada del Quijote (o desmejorada, según él mismo lo dijera), al re-planear, re-inventar, decomponer y re-crear una novela de caballería pésima. El Maestro se califica: “De bruto”, me dijo, “la escribí de bruto”.

Queda claro, y puesto en evidencia pública, que el Maestro Arciniegas Angueyra se ufana de vivir en una total y absoluta falta de seriedad. Una muy seria falta de seriedad, eso sí, como debe ser en esta filosofía posmoderna que aquí estamos planteando. Conque ambos fanáticos de Cervantes, ¿no? [Pues no me extraña, mi apreciado lector. Y ya que ha aguantado hasta acá, le cuento un secreto. Mucho me parece que el Cervantes ese, era otro posmoderno. Tal vez por eso a mí también me atrae tanto]. Eso sin hablar de Quevedo, que se asemeja *bastantico* al Cervantes del cuento y que también fascinó a Macedonio y al Arciniegas de siempre.

DESARROLLO DEL ESTUDIO

EL “INEVITABLE Y-HASTA-AHORA-SÓLO-COMENTADO” PARALELISMO ENTRE ARCINIEGAS Y MACEDONIO

Revisar la vida del Maestro Germán Arciniegas es una tarea relativamente fácil debido a la gran proliferación de escritos sobre él. El libro de Antonio Cagua Prada, *Germán Arciniegas su vida contada por él mismo* y la *Autobiografía escrita por otro*, que he publicado en años pasados, son obras que permiten conocer más a fondo a ese Arciniegas macedoniano del que aquí nos ocupamos. Allí no es difícil encontrar detalles insospechados de una persona que nació con el siglo y que representó para nuestro país algo más que un insigne escritor. Pero, detrás de todo eso quedó la imagen de un Maestro sonriente, “casi-socarrón”, que utilizó ese lenguaje lleno del “encanto de la sencillez”, de modo que casi-como-sin-querer, expresó una humorística similar a la que tanto disfrutó Macedonio.

Se me ocurre pensar que la crítica dirá que a este ensayo le han faltado elementos para demostrar que es un ensayo literario total, pleno, profundo, como el género que dice representar. Sin embargo, yo creo que no por eso pierde validez, en el sentido de que por lo menos abre una puerta a la imaginación y muestra un análisis cuidadoso, a conciencia, curioso y hasta poco serio. Este paralelo en la vida del Maestro Arciniegas resulta ser una curiosidad; sobre todo una curiosidad casi-absurda, como todas las curiosidades de Macedonio y del mismo Germán Arciniegas. Si el lector me lo permite, diría que es una curiosidad posmoderna.

Es imposible negar que Arciniegas tuviera un aire burlón. No en vano Juan Gustavo Cobo Borda lo llamó “Maestro humorista, con mucho de Guasón”. Yo le pregunté a Arciniegas qué opinaba sobre esta definición de Cobo Borda y él me dijo: “Eso se debe a mi incapacidad para ser serio”. Ahora bien, en todos los escritos se va descubriendo cada vez más y con mayor certeza el gran paralelo que puede existir entre un Germán Arciniegas y un Macedonio Fernández. Un par de incapaces de ser serios, siéndolo. [Unos serios-humoristas-posmodernos].

Contrario a lo que todo el mundo cree, Germán Arciniegas no dedicó todo su interés en ser un serio-historiador. Por supuesto que fue un maestro en esas artes, pero en todos sus escritos es inevitable encontrar su ironía y humor negro. Desde el primer momento en que lo conocí eso fue lo que más me llamó la atención. Confirmé mi sospecha de que era un tipo incapaz de ser serio al leer sus obras, que se salen de los relatos históricos sobre el Caribe, Bolívar o Santander. Por eso he dedicado mucho de mi tiempo a estudiar esa faceta de Arciniegas, recordando con ello ese clásico humor presente en Macedonio. No en vano sus caminos paralelos se cruzaron en el mundo de la posmodernidad, desconocida e ignorada hasta hace muy poco tiempo, cuando Jaime Alejandro Rodríguez [ese ingeniero químico que se hace llamar “ingeniero cómico”, que además llegó a ser director de la Carrera de Literatura y decano académico de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana], comenzó a darla a conocer en Colombia.

Pero como la posmodernidad es reciente, antes se hablaba solamente de vanguardismo y modernidad. Así que mi teoría resulta difícil de aceptar así, *de entrada no más*, y como era de esperarse, se opone a algunos planteamientos de otros estudiosos macedonianos. Debo aceptar que siento mucho disentir de la escritora Mónica Bueno, que publicó hace poco un libro en Buenos Aires en el que plantea su tesis de que Macedonio era un escritor de vanguardia y, por ende, modernista (cfr. Bueno, 2000). Siento estar en oposición a esa hipótesis. Si bien es cierto que Macedonio nació en el fin de siglo y vivió el modernismo, eso no quiere decir que su filosofía, su vida y su obra sean necesariamente vanguardistas. Al contrario, mi tesis afirma que Macedonio llegó mucho más allá, se adelantó sorprendentemente a su tiempo, promovió la ruptura de muchos esquemas típicos modernistas y fue un verdadero posmodernista. No sólo me atrevo a decir esto, sino que afirmo que los dos escritores llevaron vidas paralelas, como las descritas por Arciniegas para Bolívar y Santander. [Antes de que Arciniegas lo dijera, ¿a quién se le había ocurrido decir que Bolívar y Santander llevaron vidas paralelas?].

Buscando más datos de estos dos escritores, decidí contactar directamente al hijo de Macedonio Fernández, el poeta y también escritor Adolfo de Obieta, que se ha dedicado a recopilar los manuscritos de su padre y a publicar póstumamente sus obras. A finales de 1996 le escribí a la Editorial Corregidor y le mandé un ejemplar de un librito escrito por mí, *El libro del Almismo, el libro del pensar*, esperando su opinión al respecto, ya que allí hacía alusión a su padre y mostraba francamente mi admiración por Macedonio. Recibí respuesta casi un año y medio después. Él, al igual que su padre, solía escribir cartas que simplemente después olvidaba mandar por correo. Con enorme gracia y afecto me hizo saber que había traspapelado mi carta, que le había fascinado mi libro y que pensaba que era de las pocas personas que lograba entender perfectamente la filosofía diaria de Macedonio. Nunca dijo “mi padre” o algo similar, siempre se refirió a Macedonio o a “MF”. Por supuesto, me ofreció su ayuda incondicional para mis investigaciones sobre el tema.

Sobra decir que tan pronto tuve en mis manos su número de teléfono en Buenos Aires, ya a finales de 1997, lo llamé de inmediato y conversamos largo rato sobre mis intereses literarios y así organicé mi viaje para el año siguiente. Llegué a Buenos Aires en abril de 1998 y me instalé en un pequeño hotel en el centro, a

pocas cuadras de su departamento. Eso me permitió entrevistarme repetidas veces con él y conversar con algunos amigos cercanos, como Olga Fernández-Latour y otras personas del grupo de macedonios que rodeaban a Adolfo.

PRIMERA ENTREVISTA CON ADOLFO DE OBIETA EN BUENOS AIRES (11-21 DE ABRIL DE 1998)

Caminé apenas pocas cuadras aquella mañana del 11 de abril de 1998 y me encontré frente al edificio donde vivía Adolfo, en la calle Esmeralda número 634 de mi “Buenos Aires querido”. No podía dejar de pensar en cómo sería su físico, aunque su voz ya la conocía, pero no lograba imaginármelo en persona. Llegué muy cumplida a mi primera cita, con papel y lápiz, cámara fotográfica, videograbadora en mano y grabadora pequeña de dictáfono. Como quien dice, llegué armada hasta los dientes. Llamé por el citófono y la misma voz que ya conocía me dio indicaciones para subir. No había portero y se trataba de subir por la segunda torre del edificio. Sobra decir que subí primero por la equivocada y después de unas cuantas vueltas llegué a donde era. Un lindo edificio, con un ascensor antiguo, de manijas doradas y herraje de fuelle. Lo utilicé algo temerosa, porque Adolfo me había dicho que a veces se atoraba la puerta. Por fortuna no tuve que hacer “el oso” de quedarme encerrada en mi primera visita.

Lo primero que me impresionó de Adolfo fue su sencillez. Nos saludamos como si nos conociéramos de hacía muchos años. En el fondo, creo que ambos así lo sentíamos. El departamento era pequeño, interior, hacia la parte posterior del edificio y tenía un gran ventanal en la sala comedor que siempre se mantenía abierto para que llegaran las palomas. Adolfo resultó ser un hombre menudo, delgado, de pelo muy blanco, ojos claros y mirada cálida. Él me dijo que era tremendamente parecido a su padre, a Macedonio Fernández. Es curioso, según las fotos que conozco de Macedonio, era como tener enfrente de mí la versión rubia del padre.

Comencé a hablarle de mi interés en Arciniegas y Macedonio y él me recordó unos cuantos libros que Arciniegas le había mandado a su padre. Adolfo aún los guardaba en su biblioteca. Sólo encontré uno y supongo que los otros se perdieron en algún trasteo. Había varias y las revisamos cuidadosamente. La charla era casi interminable, el tiempo volaba a una velocidad extraña; entre café y café, conversamos durante más de 10 días.

Marta Lucía Tamayo: hablemos de las viejas amistades de Macedonio ¿qué me dices?

Adolfo de Obieta: sí. Recuerdo que se reunían mucho en la casa de papá. Por ahí ya estaba Gabriel del Mazo, que era un chico un poco menor y que también iba a la casa de Macedonio. Allí encuentra las reuniones que hacía Macedonio con Lugones, con José Ingenieros, con Juan B. Justo y con toda esta gente, así que Gabriel se siente atraído por eso.

MLT: eran unas verdaderas tertulias. Fíjate en la afinidad con Arciniegas, quien desde muy joven también hacía esas tertulias en la casa paterna.

AO: estaría también en la línea renovadora ¿no?

[No sabría decir si renovadora o no, pero lo que sí me queda claro es que ambos vivieron el placer de la tertulia. Macedonio en su café La Perla y Arciniegas en el Café Windsor. Lo que me parece triste del asunto es que la juventud actual haya olvidado esas charlas informales, esas tertulias literarias o culturales que tanto sirven y tanto enseñan. Alguna vez le dije a Arciniegas que yo creía que el éxito de muchas de sus clases universitarias se debió a que él las hacía como si se tratara de una charla entre amigos, como una verdadera tertulia y no como una clase de historia obligada. Si toda la educación universitaria se volviera una tertulia, probablemente los jóvenes se interesarían en algún tema. Para mi sorpresa, Arciniegas no solo estuvo de acuerdo conmigo, sino que me animó a que yo lo hiciera con mis estudiantes de medicina. Bueno, esa idea la he tenido siempre, lo que no sé es cómo tomaría la universidad una tertulia sobre el corazón o sobre la genética de las enfermedades visuales o auditivas. El día que me decida a hacerlo, llamaré a esa cátedra “Tertulias médicas Arciniegas-Macedonio”].

MLT: bueno, Adolfo, quiero tocar un tema delicado. Alguien escribió en alguna parte que MF era abúlico, ¿qué te parece?

AO: no, no, nada de eso. MF estaba lleno de dinamismo, para nada era abúlico. Mira, una persona que en un momento tubo la pretensión de ir a conquistar leones al África, no estaba muy abúlica.

MLT: Entiendo que era activo en su quehacer literario y supe que MF quiso participar en una expedición científica al África. Lo que no sé es si hacía algún deporte o algo así...

AO: Por ahí en 1906 u 8, cuando joven, antes de que nacióramos nosotros, hasta practicó algo de esgrima.

MLT: qué curioso, nunca había oído nada de eso en MF. Creo que se le tildaba de abúlico por lo que prefería pensar, hablar y no escribir. Pero ese tema es otro punto interesante. Su invento de la revista oral y su gusto por la conversación. Eso explica su fascinación por las tertulias. Entiendo que cuando Macedonio hablaba, era corto, conciso y todos quedaban callados cuando él opinaba, porque su palabra era como palabra sagrada.

AO: sí, creo que sí.

MLT: pasemos a otro tema y volvamos a su vida de estudiante universitario. Hay una cosa muy graciosa de 1897, en donde se dice que para obviar los protocolos de graduación se hizo dar un certificado de pobreza. Eso revolucionó a la familia, me imagino.

AO: sí. Dicen que él no escribió la tesis a máquina y eso explicaría el argumento de que era pobre y que no tenía plata para hacer escribir la tesis a máquina. Bueno, eso tampoco sería mucha cosa o lo que fuera, quién sabe por qué lo habrá

hecho, de repente la quiso hacer a letra, ¿no? En fin, quedan esas dudas como cosa graciosa.

MLT: claro, y la familia debió molestar mucho.

AO: *seguramente.*

MLT: bueno. Hablemos de Macedonio y las revistas. ¿Fue fundador de revistas?

AO: *no, yo no digo eso.*

MLT: pero hizo Martín Fierro.

AO: *sí, la hizo o colaboro, no sé. Pero nada de fundar. Colaboraba con muchas, con Martín Fierro, con Proa, con varias. Después, mi hermano y yo hicimos Papel de Buenos Aires y en esa él colaboró muchísimo.*

MLT: bueno, tal vez no fue fundador de revistas, pero sí sé que colaboró mucho y hasta sé de ciertas bromas, incluso en sus escritos. ¿Cómo es el cuento de la epístola al Maestro en la Revista Proa, 1922?

AO: *¡Ah!, bueno. No es que Macedonio se llame a sí mismo maestro. Esa es una carta que papá le manda a Borges, Jorge Borges, una carta preciosísima y Borges la publica en la revista como la carta del Maestro. El que le dice Maestro es Borges, no es que Macedonio se lo diga a sí mismo. El manda una carta que comienza diciendo “querido Borges o querido Jorge” y Borges la publica como la carta del maestro, porque es el maestro del grupo. Macedonio era el maestro por prestigio intelectual y por edad.*

MLT: se dice que la entregó a Borges sin la menor idea de que se hiciera pública. Pero fijate lo interesante, Macedonio es un Maestro, igual que Arciniegas. Por supuesto que ese título se lo otorgaban sus discípulos, sus contertulios literarios.

AO: *Todo era broma, parece. Sí, todo es una broma, claro.*

MLT: hablando de bromas, son bien conocidas las novelas de Macedonio. La novela mala y la novela buena.

AO: *MF soñaba con una novela diferente, que fuera lo que él quería que fuera la novela, verdaderamente. Entonces despidió al género con esta otra novela, con Adriana Buenos Aires, a la que llamo “la última novela mala”... Como en una especie de juego.*

MLT: claro, la última novela mala y la primera novela buena. Creí que el juego era un simple juego; es decir, que lo había hecho sólo por molestar. Tanto que él mismo se burlaba de que se le habían caído al piso y que se le habían revuelto los papeles y que por lo tanto ya no se sabía cuál era la buena y cuál era la mala. Pero la verdad, nunca me imaginé que Macedonio lo hubiera hecho para despedir el género, el de las malas novelas.

AO: *era eso exactamente.*

MLT: bueno, ahora hablemos de otra cosa no menos interesante. A la muerte de tu madre, la “Elena-bella-muerte”, después en 1924 Macedonio se dedica a vivir en pensiones. Vive en el barrio Congreso, otra pensión en Los Tribunales, otra pensión en Corrientes y así sigue un peregrinar.

AO: *probablemente sea porque él no tenía casa propia. El podía haber hecho alquilar un departamentito, pero cómo hacía para cuidar los hijos. Otra posibilidad hubiera sido que él se hubiera ido a vivir con su madre, pero él era muy independiente. Así que mis tíos se hacen cargo de nosotros. No era fácil que él volviera como hijo soltero a la casa materna, hasta por comodidad física, no. Así que su actitud es natural. Se ve que Macedonio siempre tenía pensiones por ahí cerca para ir a visitarnos. En esa época era más cómoda una pensión que un hotel. Yo he conocido una en la Calle Guido, era muy simpática; otras no las conocí porque yo era un chico.*

MLT: pero, ¿por qué cambia tanto de pensiones?

AO: *no sé. Porque ya habría estado uno o dos años. Por comodidad, quién sabe. No tiene mucha explicación filosófica el cambio de pensión, no. Probablemente también buscando el barrio donde estaban sus amigos, para las tertulias, otras veces para estar cerca de la madre, no sé.*

MLT: ahora que mencionas las tertulias, se me viene a la cabeza lo de la música. Me has hablado ayer de la relación de Macedonio con la música. Eso es algo mucho más importante que el gusto por la guitarra y los tangos. Cuéntame algo de eso.

AO: *tocaba la guitarra y componía un poco para él. Sacaba unos sonidos lindísimos sí, es lo que mejor tocaba. Piano también tocaba un poco de oída, alguna remembranza de temas de Chopin o de Beethoven. Tenía una sensibilidad extraordinaria para la música. Además en la familia hay músicos, la hermana de él y Gabriel tocaban muy bien en el piano, mamá tocaba el piano y el violín, así que él estaba en clima de música.*

Un gran musicólogo, Juan Carlos Paz, le sugirió una crítica sobre el abuso de compás que terminaba por disminuir la música; a papá le parecía que limitaba, él quería que la música no se escribiera con compás. Así que le interesaba mucho y tenía una extraordinaria sensibilidad para eso, al extremo que a veces estaba tan tomado con la música que frenaba una cosa que estaba haciendo para oír algo que le interesaba, porque lo desbordaba. Un amigo contaba que de joven decía: “pará, pará”, y paraban un poco lo que hacían porque él estaba tan compenetrado con esa música que lo obligaba a demorarse. En el año veintiocho yo estaba en Tampa y cuando vengo, traigo algo de la música nueva, entonces también se interesa por la música popular, el Fox. Hasta llegó a tocar el piano con un amigo, un músico Villegas y entonces tocaban cosas revolucionarias de tipo popular, lo que se llama entonces Fox.

MLT: y los tangos, ¿qué pasó con los tangos?

AO: *también tangos, alguna vez menciona tangos. Tocaba cosas para él mismo, cosas que eran preciosas. Cuando vivía con él, en la noche, cuando estaba durmiendo, de pronto me despertaba porque él estaba haciendo sonar la guitarra*

a las tres o cuatro de la mañana. Tocaba para él. Por suerte, en los últimos años de su vida pude comprar un piano. En los últimos años tuve un piano en casa y mi mujer, que era una gran pianista, venía y tocaba. De modo que Macedonio vivió siempre en un clima de música.

MLT: pero el gusto era tocar a la madrugada, como para sí.

AO: *en las noches, cuando yo estaba durmiendo, oía el piano y era que él se había enamorado de algún tema y procuraba tocarlo al piano. Lo que él había soñado procuraba tocarlo y por eso yo oía unos sonidos melancólicos de madrugada, era la cosa más preciosa.*

MLT: ¿Entonces Macedonio se viene a vivir a tu casa?

AO: *no. En ese momento yo mismo alquilo una casa para recibir a Macedonio. Así que es una casa que yo pongo para eso, para él y para mí.*

MLT: ¿Cuándo te casas, cuándo es el matrimonio de Adolfo de Obieta?

AO: *yo me caso muerto papá. Al poco tiempo, como en el cincuenta y dos.*

MLT: o sea que lo del piano era antes.

AO: *era antes, claro. Porque la que iba a ser mi mujer era muy amiga nuestra, muy amiga mía. En el tercer piso de esa casa vivía la que después fue mi mujer, María Teresa, quien vivía con un hijo, con Manuelito, un chico que fue como una especie de nieto de papá. Ella estaba separada y tenía este chico encantador. El chico vivió ahí desde que tenía 14 años hasta los 17. Tenía 17 cuando murió papá.*

MLT: así que tu futura esposa bajaba a tocar el piano con ustedes. Yo no sabía ese gusto tan enorme de Macedonio por la música clásica, pensé que sólo rasgaba la guitarra de vez en cuando.

AO: *yo he dicho varias veces que quizás, más pasión que por la metafísica, tenía él por la música. La música era su idioma, muy misterioso.*

MLT: ¿Más que la metafísica? Eso sí es una novedad, una revelación.

AO: *él tenía la afición de hacer la correspondencia entre lo que dice la música y lo verbal. Lo decía, él hacía una versión verbal de la música. De repente componía algo con sonidos, un pensamiento metafísico, digamos. Una cosa así, era algo misterioso que quizás consiguió hacerlo a su manera. Eso lo dice en No todo es vigilia, afirma que a él le gustaría hacer la versión verbal de la música.*

Pasaron los días y mis charlas con Adolfo continuaron, porque el tema no se agotaba nunca. Hablamos de todo y de nada, como la miscelánea de Macedonio. Le había explicado del CD-ROM multimedia que estaba trabajando sobre MF y me ofreció toda su ayuda. Me regaló fotos, algunas cartas y me dejó fotocopiar muchas partes de los cuadernos manuscritos que tenía de su padre, inéditos aún. De hecho, las entrevistas filmadas que todavía conservo, las dio con la certeza de que serían una importante contribución a estos estudios sobre su padre. Lo invité a pasear conmigo y filmar el recorrido de sus pasos.

Dedicamos un día entero a recorrer todos los lugares importantes para Macedonio, fuimos a la iglesia donde lo bautizaron, a su primera casa, a su escuela, a la universidad, al café La Perla, a varias pensiones y, por supuesto, a su última casa en la calle de Las Heras. Adolfo estaba temeroso de entrar, supongo que le dolerían los recuerdos. Yo me animé a timbrar y pedí que nos dejaran entrar a recorrer la casa. Un señor joven tenía allí su oficina. Todo había cambiado. Lo que fue su cuarto hoy era otra cosa y lo que fue el patio era oficina. Vi la última habitación de Macedonio y Adolfo me explicó que MF solía recostarse a dormir en la cama, con la puerta entreabierta. Entonces las señoras que bajaban de otro piso y pasaban al frente sentían automáticamente la tentación de cerrarla. MF pedía que se la dejaran tal cual: “Trampa para rubias”, decía, y con su típica sonrisa seguía recostado mirando a la nada. Allí también encontré su ventana, porque a él le gustaba mucho mirar el verde. Adolfo me explicó que la condición primordial de su vivienda, siempre era la ventana. No podía estar sin ventanas o balcones, porque le era fundamental asomarse allí y pasar horas y horas mirando afuera. Su mente viajaba lo que su cuerpo ya no podía y probablemente, digo yo, sus mejores planteamientos filosóficos provenían de esas tardes de verde y de meditación.

Al final del día, fuimos a La Recoleta a visitar la tumba. Entramos a su mausoleo y me sentí como un profanador. Bajé, vi los ataúdes de sus antepasados y la urna de sus cenizas. Para nadie es un secreto que yo, estúpidamente, le tengo miedo a los muertos. Así que bajé la mitad de los escalones y sentí pánico de estar allí en medio de su familia muerta. Cuando pude reaccionar retrocedí y salí corriendo. Sencillamente no pude con su tumba. Con enorme tristeza debo confesar que no pude hablar con Macedonio desde adentro, preferí pararme al frente y conversar tranquilamente desde allí. [El corazón me latía a 2.000 por hora y no sé si me entendió].

No hice dos cosas en ese viaje a Buenos Aires de 1998 y de ninguna de ellas me arrepiento. Una, fue no entrar a su mausoleo; la otra, no entrevistar a Adolfo Bioy Casares. Después de estar en la ciudad 20 días, me avisaron que él aceptaba, por fin, concederme una entrevista. Mi pasaje de regreso ya estaba listo para un viernes y la cita era para el lunes siguiente. La alternativa era posponer el regreso o perderme la charla. Me senté a leer sobre la relación de Bioy Casares con Macedonio y pregunté a varios escritores amigos de Adolfo. Así me enteré de que Bioy Casares había dejado de hablar bien de Macedonio desde hacía muchos años. Sencillamente no pude perdonarle eso y de inmediato cancelé la cita, retomé mi cupo de avión y me vine a Bogotá con la satisfacción de haberme negado a oír una diatriba contra MF. “Otro Borges que lo niegue y lo calumnie, no nos falta”, dije, y me despedí de Buenos Aires. Pocos meses después murió Adolfo Bioy Casares.

MACEDONIO-ARCINIEGAS: PARALELISMO EN SUS VIDAS

Veamos más hechos aislados y curiosos que resultan relevantes para reafirmar mi hipótesis del paralelo entre estos dos personajes:

- Ambos fueron abogados o juristas, pero prefirieron dedicarse más al arte de escribir que al ejercicio de su profesión.
- Ambos se interesaron en la política. Macedonio quiso ser presidente y Arciniegas fue diplomático y ministro varias veces.
- Ambos fueron llamados *maestros* a lo largo de sus vidas.
- Todos conocen que el Maestro Arciniegas adoró a su esposa Gabriela, tanto como Macedonio quiso a su hermosa Elena.
- Ambos dedicaron su vida entera a escribir para los periódicos y revistas.
- Ambos fundaron revistas y periódicos.
- Ambos se dedicaron a la filosofía diaria.
- Ambos simpatizaron con el pensamiento filosófico de Schopenhauer.
- Ambos apreciaron a Quevedo.
- Ambos fueron marcados por Cervantes.
- Ambos admiraron al Quijote y pretendieron serlo.
- Ambos negaron la seriedad.
- Ambos promulgaron un cambio en los lectores, buscando lectores activos, creadores y partícipes de la obra misma.
- Ambos, por eso, se burlaron del lector pasivo que no pasa de la pasta del libro.
- Ambos escribieron locuras irónicas que reclamaban el cambio de estructuras sociales del momento, rompiendo viejos arquetipos y paradigmas.
- Ambos trabajaron la poesía, seria o irónica, pero incursionaron en ella.
- Ambos proclamaron la ruptura de pautas y esquemas pre-establecidos.
- Ambos jugaron con el humor y la comicidad.
- Ambos practicaron la fabulación en sus escritos.
- Ambos trataron la ficción y la ficción dentro de la ficción.
- Ambos influyeron de manera asombrosa en otros escritores.
- Ambos marcaron una interesante época de la literatura (por ejemplo, proponer las bases que hoy dan asiento a la posmodernidad).
- Ambos manejaron la ironía y la humorística de una forma magistral.
- Ambos adoraron su América, la Sur América de todos nosotros.
- Ambos lideraron tertulias literarias en viejos cafés de la época.
- Ambos se empeñaron en ver el revés de las cosas.
- Ambos fueron eruditos y soñadores.
- Ambos fueron maestros. Arciniegas fue un Maestro en forma de estudiante (el eterno estudiante de la mesa redonda), mientras que Macedonio fue el Maestro del pensar.

Arciniegas se sorprende al descubrir su faceta de poeta, de la que se burló de Guillermo de Torres en Argentina, de quien dijo: “cometió poesía”. Es curioso que en aquella época y muy en el fondo, el Maestro pensara que escribir versos no era serio ni bien visto. Tal vez por esa razón él mismo publicó con un seudónimo y dijo alguna vez: “mire, Cobo, pensé que este reportaje era serio. No para hablar de mis versos”. Aunque, a pesar de todo, el Maestro burlón hace saber que sus versos fueron muy bien recibidos, que fueron elogiados y que ocuparon un destacado lugar en la vitrina de una importante librería bogotana; la más importante. Macedonio también fue poeta, un poeta del pensar, poeta para sí mismo y para su

esposa “Bella muerte”. Mientras la poesía de Arciniegas es burlona e irónica, la de Macedonio es bella y triste. El uno hace versos para reír y el otro para llorar. Ambos, maestros en su estilo muy propio.

Se encuentra un Arciniegas que se identificó con el humor negro y filosófico de Macedonio. Ambos buscaron el revés de las cosas. Arciniegas escribió *El revés de la Historia* y Macedonio, en su libro *Papeles de Recienvenido*, declara que “su intento es ver el lado revés de las cosas” (Bueno, 2000).

Ahora bien, lo más sorprendente de investigar hasta el más mínimo detalle en lo escrito y hablado por el Maestro Arciniegas es descubrir en él una gran similitud con Macedonio Fernández en muchos otros aspectos. Justamente eso los hace tener vidas paralelas. Pero, como lo he dicho repetidas veces, de esas paralelas especiales, de las posmodernas, de las que sí se cruzan.

Colocarlos juntos es encontrar que la filosofía de la vida de cada uno llegó a ser similar, sin saberlo y sin proponérselo. Esa cara nueva del Maestro pareciera hacer parte de un “otro yo”. Ese “otro yo” que cada uno de ellos tiene y que simplemente refleja su ficción y su fabulación. Eso mismo es lo que convierte este texto en un “casi-novedoso-fascinante-y-atrayente-descubrimiento” en nuestra literatura colombiana no-muy-seria. Pura literatura de aficionada posmoderna.

VEAMOS EN QUÉ MÁS SOBRESALE EL PARALELO

Ya vimos que algunas circunstancias en que se desarrollaron sus vidas fueron similares. Macedonio nació en 1874 y Arciniegas en 1900. Evidentemente son contemporáneos y eso ayuda mucho al parecido. Fueron varios años los que alcanzaron a compartir a lo largo de sus vidas, a pesar de la diferencia de edades. Fueron años fascinantes. Arciniegas vivió en Colombia buena parte de la misma época que Macedonio vivió en Argentina, cuando apenas se conocía el avión, la radio; cuando aparecía por primera vez la televisión, cuando la llegada del cine, de los linotipos y de la rotativa. Época en la que los periódicos y revistas aún eran manuscritas, para que unos pocos años después, ya impresos, se vendieran a gritos en las calles. Ambos vieron nacer el siglo y eso no es cualquier cosa. Es evidente que en el comienzo de sus vidas los dos fueron arrollados por la modernidad, que siempre se caracterizó por entrar de esa forma, arrolladora y arrasadora.

A los dos les tocó ver la aparición del automóvil y de la radio: “la primera vez que oí corriendo por la calle un automóvil que cantaba [aparición de la radio] lo tuve por un juguete mágico”, dijo Arciniegas alguna vez. A Macedonio le fascinó la radio, porque él siempre defendió la oralidad. No en vano se inventó un programa radial en donde presentaba una revista cultural “oral”.

Con respecto al automóvil, este avance moderno también los atropelló –no literal ni físicamente, pero sí simbólicamente. Desde su aparición, a Arciniegas le causó risa el tráfico moderno bogotano, del que opinó: “idiotamente nos alegramos viendo levantar las carrileras de los tranvías, sin imaginar que llegaríamos a 1990 sin medios de transporte masivo, y las calles convertidas en aglomeraciones de buses de colores”. Es un misterio, ¿cómo hacía Arciniegas para dar mágicas premoniciones del futuro sin salir a la calle con frecuencia? Se refería al mismo

tráfico bonaerense que obligó a Macedonio a encerrarse en su habitación de la calle de Las Heras y en su café La Perla. A los dos les aterraba esa modernidad tan avanzada y nunca negaron su temor.

Ambos vivieron la pianola, vehículo muy de su época. Al respecto el Maestro dice: “La pianola fue la máquina más importante en la producción de ruidos, que ya se insinuaban y que han acabado por afectar los oídos del mundo. No dispongo de estadísticas para precisar cómo han ido perdiendo los oídos, cómo se ha perdido la vista, todo gracias a la electricidad”. De la pianola pasa al ruido, al aislamiento y a la oscuridad. Arciniegas era un tipo tranquilo que le molestaba el ruido y con frecuencia se burlaba del ruido que solía hacer la gente, casi como para molestar a los demás. [No en vano en su *Diario de un peatón* se burla de la música de los buses y del ruido en la calle que lo deja a uno casi sordo]. A Macedonio, por su parte, también le fastidiaba el ruido; por eso prefería el aislamiento y la oscuridad. Sólo así podía encerrarse a fumar su cigarrillo del pensar o a rasgar su guitarra del pensar.

En 1916 –mucho antes de conocer a Macedonio– ya se veía en Arciniegas ese fino humor propio de los macedonianos, cuando en un periódico del colegio hacía caricaturas de los profesores y compañeros. Era una juventud dedicada a burlarse de la vida, a sobrevivir gracias a la comicidad. El Maestro recuerda ese aspecto de su vida así: “era muy buen caricaturista. En las planas del año quinto dejé estampados a todos mis compañeros de ese año. La parte seria se la dejé a los que sabían escribir”. Se ha dicho que escribió y que se gastó todo su dinero en ediciones de revistas. Otra faceta poco-seria de Arciniegas, me parece a mí. Él, al igual que Macedonio, mantenía viva esa comicidad que los hacía llegar más allá de la ficción y replantear caricaturas y escritos que sencillamente llevaban ficción dentro de la ficción. Ambos jugaban con la imaginación y esta parecía no tener límites para ninguno de los dos.

Desde 1917 se observa un joven Arciniegas poeta. Ya dijimos que en eso también se identificaron. Ambos escritores fueron poetas, solo que en Macedonio no es muy claro el asomo de poesía humorística-burlona, como sí la hay abiertamente en el Maestro. Arciniegas refiere textualmente:

Una vez resolví dejarle un poema mío, no recuerdo sobre qué tema. Mi poesía era hecha a base de sarcasmos y a veces hasta de groserías. En todo caso, un martes, coloqué sobre la tribuna del doctor Otero Herrera el fruto de mi inspiración. El profesor lo tomó en sus manos y empezó a leerlo en voz alta, luego le bajó el tono, lo puso sobre la mesa y le dio un palmatazo, que creo que todavía le debe estar doliendo, y exclamó: “esto no puede considerarse como poesía. Esto es un insulto a la literatura. Suspendo la clase y me voy...”. Y salió echando chispas. Ese día se me cortó por ese lado la carrera literaria que pensaba hacer en términos magníficos.

Si bien es cierto que ambos hicieron poesía algo irreverente y rebelde –a mi gusto, otro signo de posmodernidad–, no puede decirse que se hayan identificado exactamente en ello. Como quien dice, que Arciniegas y Macedonio se parecieron en poesía en lo mucho que se diferenciaron. Macedonio sí pretendió hacer poesía seriamente, pero Arciniegas seriamente pretendió no ser serio en la

poesía. El Maestro me comentó sobre su poesía de juventud: “Eso no era poesía, eso era una vagabundería”. Y todos nos reímos de ver la simple vergüenza que le daba a sus 98 años de edad, cuando le recordaban sus folclóricos versos casi-anti-ortográficos.

De esa poesía, tan diferente a la de Macedonio, se recuerda su verso “Harmonías esfumadas”. El mismo Arciniegas se burla ante Cacia Prada: “les puse un título idiota: ‘Harmonías esfumadas’, con H, armonías sofisticado”. Como exponente de esa “comicidad” escondida en Arciniegas, la que lo une indudablemente a un estilo macedoniano, está otro verso titulado “Meditaciones en el W.C.”. Podría creerse que debió ser muy romántico. Lo que uno no puede creer es que el propio Arciniegas recuerde con gracia la crítica de Juan Salgar Martín: “Aquí se tiene un libro en que uno no sabe si esta leyendo la obra de un genio o de un loco; no se sabe si se trata de un émulo de Rubén Darío o de un sucesor de Cuchuco”.

De Macedonio se conoce un poema medio tomapelista, pero un poco más serio que los de Arciniegas, dedicado a “la siesta”. Este hallazgo sorprende, pues no es muy conocido y permite pensar que a Macedonio también le gustaba burlarse en los poemas. Si dormir la siesta ameritaba un poema, ¿por qué no un excusado?, digo yo. Es clara esa faceta de poeta que sale a relucir en Arciniegas a lo largo de su vida, aunque constantemente la niegue. Hasta en esas cosas simples hay paralelo entre Macedonio y Arciniegas, pues ambos amaron la poesía. Solo que Macedonio sí escribió versos muy en serio, mientras Arciniegas se dedicó a tomar del pelo con su poesía no de vanguardia, sino de “vagabundería”, como él mismo la ha llamado.

Aurora Arciniegas, su hija, sostiene que los escritos del Maestro son en cierta forma poéticos, “por el ritmo que tienen, por la forma especial y armoniosa como describe hasta el más mínimo detalle de las cosas simples, utilizando un lenguaje mágico lleno de armonía poética”. Es bueno enfatizar que esa misma cadencia poética se observa en muchos de los escritos de Macedonio. Me parece claro que ambos trabajaron una narrativa en el fondo poética y allí puede estar el éxito de su escritura, en esa belleza escondida.

Con humor, Arciniegas confiesa que le gusta hacer las cosas mal, pero, eso sí, “cuidadosamente mal hechas”. La gran lección del Maestro es: hay que ser cuidadoso para todo, hasta para hacer las cosas mal. Tema que también apasionó a Macedonio. Por supuesto, debe ser así. Pensemos que si uno no hace las cosas *malas* cuidadosamente *mal* hechas, le pueden quedar *mal-bien* hechas, lo que tristemente produciría el efecto contrario de lo que se ha buscado originalmente. Esto nos recuerda entonces la famosa *novela-mala* y la *novela-buena* de Macedonio Fernández, quien por desconocer esta maravillosa teoría “arciniesca”, por algún error involuntario y confusión de hojas, produjo una “novela mala-buena, primer-última en su género”.

Por otra parte, y pasando a diversos aspectos de sus vidas, recordemos que los dos escritores fueron abogados. Arciniegas entró en 1918 a la Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: “Cuando empecé a escribir, papá se empeñó en que estudiara derecho. Él decía que era mucho más difícil retener una fortuna que hacerla, y para poder retener una fortuna había que saberla defender, y que para saberla defender tenía uno que estudiar derecho”. Lo peor es que el propio Maestro diga

que su padre se equivocó al no saber en manos de quién estaba poniendo su fortuna. En medio de una diferencia –uno estudió derecho impulsado por el padre y el otro por voluntad propia–, los dos fueron juristas y estudiaron leyes.

A diferencia de Arciniegas, Macedonio se graduó de abogado. Lo hizo en la Facultad de Derecho y Jurisprudencia en 1897, con una interesante tesis: “De las personas”. Tesis que resulta llamativa, pues, a pesar de dedicarse a las personas jurídicas, consagra buena parte en el papel de la mujer como persona natural con derechos además de deberes. Aquí nació el interés de Macedonio por la mujer, por resaltar su valor y su posición en la sociedad. Ahora bien, si miramos con atención vemos que Arciniegas dedicó sus últimos años –equivalente a un trabajo de tesis– a una cátedra sociológica que defendía los derechos de las minorías. Además, debemos recordar que también se ocupó de la mujer y su posicionamiento en la revolución, en la independencia y en el mundo moderno –recuérdese su hermoso libro *Las mujeres y las horas*. Como puede verse, aquí hay otro paralelismo, en la defensa de minorías y el respeto a la mujer. Dos aspectos que marcarían sus vidas y sus obras. Queda claro que ninguno ejerció finalmente la profesión de abogado y el deseo de escribir ganó la partida.

Por otra parte, se nota que los dos escritores siempre se preocuparon por estudiar al hombre, al ser humano, al tipo común y corriente. No en vano Arciniegas escribió el diario de un peatón, crónica de una historia vulgar y se afianzó en el personaje del *don-Nadie*, el hombrecito de la calle, mientras que Macedonio buscó el *Recienvenido*, un don-Nadie que acaba de llegar y tenía esa típica expresión de bobo perdido que tenemos todos cuando estamos recién-llegados a cualquier sitio. Ambos se burlaron de esa cotidianidad en medio del más extraordinario humor. Por supuesto, parecía ser un humor heredado.

El buen humor de Arciniegas parecía venir de familia: “Papá, aun cuando parecía bravo, era tremendamente juguetón e irónico”. Sus hermanas recuerdan la alegría del hogar, donde el humor ocupó un lugar preponderante. Casi todas heredaron ese gusto por “la comicidad”.

Después de la muerte de su padre, Germán Arciniegas se hace cargo de la fortuna familiar y con su habitual sentido del humor habla de su fracaso como negociante: “Desgraciadamente papá dejó de hijo mayor a un tipo totalmente incapaz para los negocios, ese era yo. Para completar mamá era muy soñadora y ella prefería ayudarlo a las gentes necesitadas, por eso se nos esfumó la platica...”. Que se auto-defina “totalmente incapaz” trae a la memoria la “total incapacidad para el dibujo” que dice Macedonio haber heredado de su padre. Ya tenemos, pues, dos totalmente incapaces para algo; incluso para ser serios, siéndolo.

Sin embargo, en medio de todo, Arciniegas fue un revolucionario de la educación y del derecho. En una entrevista en Buenos Aires, le confiesa a Andrés Muñoz que jamás estuvo de acuerdo con la forma de enseñar el derecho, memorizando todo sin ver la realidad nacional. Deja asomar su irreverencia tradicional cuando agrega: “Pero de paso que luchábamos nos divertíamos. (...) Había huelgas al por mayor. Pero nosotros éramos unos huelguistas originales. A la inversa de los obreros, que suelen declararse en huelga para pedir menos horas de trabajo, los estudiantes pedíamos más horas de estudio”. Se burla de sus humanitarios profesores y hasta de sí mismo. Solo el humor de un Arciniegas es capaz de hacer que se

proclame como “Maestro de la juventud” a un profesor de química que tenía 80 años. Al respecto, el Maestro dijo: “Tan acertados estuvimos, que al año falleció”. Nuevamente aparece ese humor negro que recuerda a Macedonio; claro, es que los jóvenes de 80 también se mueren, y nuestro amigo argentino también se burló de eso.

En 1922 Arciniegas se dedicó a tomar fotografías desde el avión en un viaje a Medellín. Por eso él mismo, y de manera jocosa, se atribuye ser “el precursor de la fotografía aérea”. Recuerda eso a un Macedonio Fernández que también fue precursor de muchas cosas. Del peine de un solo diente para los calvos, de los fósforos ya usados para ahorrar el trabajo de encenderlos, de los bastones que se cambian por perros para que no se queden colgados y olvidados en los percheros y de otras tantas cosas bellas que hablan muy claramente de estos dos genios de la invención no patentada de cosas inútiles.

Arciniegas también recuerda una emergencia aérea en ese viaje, en la que se destaca cómo el único valiente de verdad era el que lloraba. Con esto nos trae ese absurdo ilógico de Macedonio, donde se trastocan las palabras para hacer referencia al mismo hecho. El más valiente era el que más lloraba porque fue capaz de demostrar el miedo: “Sin embargo, Rafael Bernal Jiménez se subió llorando a lágrima viva y nos dijo que era una gran estupidez volvernos a trepar en ese aparato; que él lo hacía únicamente por solidaridad con nosotros. De tal manera que él fue el único valiente”. Al escuchar eso, volví a recordar una frase de Julio Cortázar que ya he mencionado: “Qué risa, todos lloraban”. Por alguna razón que desconozco, esa aseveración cambió mi vida. Al leer de Arciniegas el absurdo de que el más valiente es el que más llora, entiendo perfectamente lo que quiso decir Cortázar; es casi la misma filosofía macedoniana y arcinieasca.

Arciniegas vuelve a hablar de su vocación de inventor, paralela a la de Macedonio, digo yo. Recuerda que inventó el sistema de un libro que antes de salir publicado ya estuviera pagado. Publicó la antología de Lugones, pero socarronamente asegura: “Claro que por ese libro no pagué un centavo de derechos de autor. Eso lo ignoraba cordialmente”. He aquí otra de esas frases especiales de Arciniegas, especiales por la ironía de ignorar cordialmente algo.

El Maestro Arciniegas ha dicho que no se considera un orador, pero reconoce haber tenido algunas oportunidades para lucirse en balcones de plazas públicas: “y cuando estaba hablando se presentó un tiroteo. Una bala pasó rozando mi cabeza y desastilló el marco de la ventana de donde me encontraba pronunciando mi arenga. La verdad fue que no me di cuenta. Desde entonces quedé con una fama de valiente increíble. Naturalmente eso me pasó por burro”. Esto recuerda lo que dice Macedonio respecto a las casualidades, a los golpes de suerte, de cómo el más cobarde se convierte en el más grande héroe por juegos del destino. Macedonio se refiere insistentemente a los oradores, en especial a los inasistentes: “Solicito que se me pida tomar la palabra sin anular mi condición de inasistente que se disculpa apuradamente, pues me toca faltar, decir la disculpa e irme, todo en los cinco minutos reglamentados del estar sin asistir” (Fernández M., 1966). También habló de los oradores que se dedican a dar discursos o brindis interminables: “Brindis incompresible y sin fin de todos los siglos. Lo había hecho tan corto que no quedó en él dónde ponerle el fin, y yo iba a explicarle a la concurrencia que el

brindis seguiría eternamente por haberlo construido tan estrecho que las palabras finales no tenían en él dónde acomodarlas: El brindis interminable por brevedad era la tragedia”.

En 1926 el Maestro Arciniegas se casó con Gabriela Vieira Llano: “Se armó un matrimonio tan a la carrera, que no hubo tiempo de hacer fiesta ni de tomar fotos”. Lo mejor es la forma como le comunicó la noticia a su mamá Aurora: “Cataplum, me caso”. Al día siguiente, otro telegrama: “Mañana me catapluneo. ¿Más cuelga pa’ que?” A mí me parece estar oyendo a Macedonio, quien solía decir que no tenía la costumbre de hacer ciertas cosas por demás irrepetibles; como cuando aclara que nació... Pero prometo no volver a hacerlo. Como hubiera podido decirlo un Macedonio, Arciniegas explica porqué olvidó el buqué: “Como yo no tenía costumbre de casarme y en realidad no conocía una serie de detalles de los matrimonios, no sabía que el novio le obsequiaba un ramillete de flores a la novia”. Ambos adoraron a sus respectivas esposas y las lloraron eternamente después de sus muertes. Macedonio no le llevo flores a su “bella Elena”, se las quedó debiendo.

Ambos utilizaron frases especiales que casi los definen por sí solas. Viene a mi memoria una anécdota de la vida del Maestro, que él mismo recuerda sobre la publicación de una recopilación de discursos de Guillermo Valencia y Antonio José Restrepo, con tan mala suerte que todo se convirtió en un escrito contra Valencia, lo que nunca se le perdonó a Arciniegas: “Valencia quedó convencido hasta el día de su muerte y un poco más, que yo había sido el de la trampa, que yo lo había hecho como salió”. Eso de convencerse hasta su muerte y “un poco más allá”, en algo hace alusión a la filosofía de Macedonio, quien vio “la eternidad como el estado ideal en lugar de la muerte”. De nuevo ataca el humor negro de Arciniegas, que no pudo evitar que lo odieran gratuitamente en medio de su preocupación por la eternidad.

En su *Estudiante de la Mesa Redonda* Arciniegas recuerda a José A. Tami Espinosa, un estudiante pobre de provincia, con gran curiosidad intelectual, que quiso superarse gastando en libros el poco dinero que tenía, sin comer absolutamente nada. Concluye Arciniegas con dolor: “Hay cosas que como mejor quedan dichas es diciéndolas”. En esas palabras hay algo importante para analizar: la mejor manera de decir algo es decirlo sencillamente. Esa aseveración recuerda la burla que hace Macedonio de la lectura o de la escritura perfectamente elaborada: “Siempre lo que no dijo nada, se redactó perfecto” (1981). Macedonio manejó, al igual que el Maestro, una ironía propia. Casi una ironía propia, personal, individual, pero igual para los dos –por esto, mi querido lector, si aún me sigue hasta este punto, que este ensayo no se ha redactado perfecto. La idea es que diga algo.

En diversos escritos, el Maestro Arciniegas habla de “las almas” para referirse a los seres humanos, habla de esa alma que se pasea. Esa misma *alma* que vuelve a cruzar a Arciniegas con la filosofía de un Macedonio. El alma tiene que ver con “el Almismo”, con la introyección de nuestro propio yo (Tamayo, 1995). El Maestro sostuvo repetidamente el valor de ser un estudiante, y ha quedado claro que prefirió la juventud y la vida de estudiante, de alma joven. Como joven estudiante ha podido ser siempre irreverente y mordaz. El joven puede serlo sin sentir vergüenza, eso es parte de su condición de joven. Me pregunto, entonces,

si cuando Macedonio pedía la inmortalidad, ¿también pensaba en la “eterna juventud”?

Pero, mirando sus oficios, sorprende reconocer que Macedonio se burló de su vocación de escritor: “De la abogacía me he mudado, y como soy nuevo no tengo el primer lector todavía” (Fernández M., 1990). Arciniegas también se refiere al accidente que lo llevó a ser escritor: “Tuve que hacerme escritor a la fuerza. En el curso de mis largos años de universitario más de una vez se me ocurrió la idea de que era indispensable escribir un libro dedicado a los estudiantes. Lo que no se me ocurría era escribirlo”. Y es que en Arciniegas se encuentra constantemente su temor a ser serio; por lo mismo, nunca pensó en escribir su libro. Lo malo fue que los “serios” nunca se entusiasmaron con la idea del libraco y no tuvo más remedio que hacerlo él mismo. Su primer libro, que como todos estuvo dedicado a Gabriela, fue vivido por el autor con un gran temor de “no conseguir al menos un lector”. Eso de cambiar el derecho por la literatura y ese deseo infinito de ser leído, explica mucho de esas vidas paralelas. No en vano el propio Maestro me confesó: “Lo que realmente uno desea es que lo lean, ese es el mejor premio”. Macedonio confiesa en su primera novela “no tener el primer lector todavía”, mientras se burla de la abogacía, de la que se ha mudado.

Alguna vez Germán Arciniegas dijo: “Una de las desgracias mayores que me han acompañado en el curso de mis días, es la de que nunca he sabido darme importancia. La mayor parte de las cosas me parecen triviales, por la sencilla razón de que amo las cosas triviales”. Y es que el verdadero valor está en las cosas simples de la vida. Eso también lo comprendió por entero el gran Macedonio. Ambos supieron el valor de la modestia y de las cosas simples. Tan simple, como las teorías de Macedonio que fascinaron al joven Arciniegas de cuarenta años, así fuera absurdas o ilógicas, como esta: “Porque si hubo quizá una catástrofe tan completa que hasta los sobrevivientes perecieron, de vuestra fiesta se dirá: fue tanta la concurrencia que hasta los inasistentes estaban”. Por eso Macedonio fue fugitivo, escurridizo a las reuniones sociales y participó muy modestamente de las grandes tertulias literarias de Victoria Ocampo en el Buenos Aires de aquel entonces.

En 1938, cuando Arciniegas fue nombrado director de la Revista de las Indias, recibió colaboraciones de Juan Ramón Jiménez, Gabriela Mistral, Carlos Pellicer y posteriormente de Macedonio Fernández. En ese momento su camino literario comenzó a cruzarse con el del Gran Macedonio. Una unión casi fugaz, pero valiosa. Unión que empezó con la simple lectura de sus escritos, pero que se estrecharía dos años más tarde, cuando Arciniegas llega a la Argentina de Macedonio. Cuando entra en su vida de manera más directa.

En ese año Arciniegas salió para Estados Unidos, y creo que recorrió el mundo todo el tiempo: “Me fui prácticamente sin plan ninguno”. Esa manera de viajar recuerda la opinión de Macedonio al respecto: “(...) viajeros tan apasionados que nunca estuvieron en su casa, que no tuvieron nunca un lugar desde el cual empezar su viajar; que por lo tanto nunca se ausentaron de algo o de alguien y, por consiguiente, nunca viajaron”. Ahora comprendo que Arciniegas, de tanto que viajó, en realidad nunca se ausentó. Como hubiera dicho Macedonio: “Aún se duda de que tenga ausencia”. Ambos viajaron, uno mentalmente y el otro físicamente. Así se complementaron.

De su juventud, el Maestro recuerda con gran humor y nostalgia a don Ángel Osorio, quien lo tomó como un hijo y le dio varios consejos:

Me acuerdo que una vez me dijo: mire Germán, usted ya esta en edad, usted no se ha dado cuenta, pero usted es una persona que Colombia la va a necesitar, usted no se cuida, usted ya esta en edad de escoger su enfermedad. Yo le aconsejo a usted diabetes. Mire que yo tengo diabetes y estoy vivo perfectamente, yo no tengo problema ninguno. Si usted escoge su enfermedad, va donde un médico especialista, se la encuentra, y entonces, ya los demás males se los curan, porque ese no es su mal.

Con este relato burlón e irónico, Arciniegas nos sorprende al hablar de sus enfermedades. Por supuesto que de inmediato me recordó que Macedonio también recomendaba *tener una enfermedad para morir*. Era muy importante que no se fuera a decir que uno se murió “de repente”, y nos hace caer en cuenta de lo importante que es morir de algo. Esto es una locura genial, la de un Macedonio o un Arciniegas que consideran muy importante la enfermedad. Macedonio ataca el asunto así:

En cuanto a mi salud, ni un boticario hijo de médico y casado con partera la tiene peor. Tengo un lote de enfermedades pero creo que con una me bastará al fin. No las combato porque no sé cuál es la que necesitare mi último día, día que espero será muy concurrido y en el cual todo el mundo descubrirá, con un talento que siempre disimularon, que yo era una buena persona.

Por supuesto que el gusto por burlarse “cordialmente” de la medicina, es algo bien evidente en ambos personajes.

En 1939 aparece un escrito que recoge algunos comentarios del Maestro sobre *América Tierra firme*: “Ni sucios, ni ladrones, ni mentirosos fueron los chibchas (...)”. Esa vez, el articulista lo define como “dueño de un estilo en el cual lo característico es que la metáfora tome sus mejores materiales de las cosas humildes, de las palabras simples (...)”. Aquí me parece encontrar otro punto en el que Arciniegas y Macedonio se tocan. Se tocan aun sin conocerse personalmente; eso será un año después. Ya lo demostramos, Macedonio también fue un escritor de las cosas simples.

Volviendo al cuento de los viajes, de los que Macedonio solía burlarse, Arciniegas relata algunos inconvenientes insospechados: “uno de los problemas más serios que he tenido en mi vida ha sido siempre el de poder contestar en los hoteles las preguntas que habitualmente se hacen a los transeúntes, en lo que se refiere a mi profesión. Nunca he sabido exactamente cuál es mi profesión”. Esto es tan cierto, como que estudió y término derecho, pero nunca lo ejerció. Jamás sospechó que iba a ser escritor y es a lo que se dedica. Dice que tampoco ha sido periodista, aunque se ha pasado la vida escribiendo en los periódicos. Insiste en que tampoco forma parte de la administración pública, pero ha sido ministro dos veces. No es parlamentario, pero ha ido al parlamento. Como en los Estados Unidos lo obligaban a decir su profesión, el Maestro concluye: “No me quedaba más recurso sino el desconcertar a personas tan organizadas como los america-

nos diciéndoles que era periodista, parlamentario, funcionario público, antiguo representante consular, antiguo representante diplomático, autor y algunas otras cosas”. Con esto, viene a la memoria la loca idea de Macedonio de querer ser presidente y de incursionar en la política, según sus viejos planes con Borges: “El hombre que sería presidente”... Un cuento absurdo, novela que solo llegó a tener dos capítulos escritos y terminados. ¿Lo mejor? La estrategia política a emplear. ¿Cómo nunca la aplicó el propio Arciniegas? Tal vez porque nunca quiso ser presidente. ¡Qué pereza!

De Arciniegas se nos previno y se nos advirtió que solía “jugarle bromas al lector”. Lo más interesante de ese comentario periodístico es que inmediatamente nos hace pensar en Macedonio Fernández, sencillamente porque se parecían también en ese aspecto. Es que esas cosas son parte de la expresión del humor y de la comicidad que ambos manejaban.

En la década de los cincuenta fallece Macedonio en Buenos Aires, en un departamento de la calle de Las Heras. Insisto en que Macedonio nunca viajó de verdad, pero lo hizo con el pensamiento. En sus últimos años siempre buscó un departamento con gran vista al río. Le gustaba mirar el río, como siguiendo su camino, su viaje. Arciniegas, por el contrario, no se contentaba con verlo; prefería pasearlo, cruzarlo, ir más allá. Ambos curioseaban el río, pero bajo diferentes perspectivas. Por otra parte, los dos siempre buscaron sentarse frente a grandes ventanales para “curiosear” el mundo.

En su libro *Italia. Guía para vagabundos*, de 1957, Arciniegas habla de Eleonora, que camina hacia la muerte. Sobre ella dice: “El verdadero romántico tiene siempre una cita sagrada que le sirve para definir el sentido total de su vida: es su cita con la muerte”. De manera hermosa, Arciniegas nos hace pensar en la filosofía macedoniana, en donde aparece el “aparente absurdo” de que la muerte es justamente la que define nuestra vida. Esa cita con la muerte nos recuerda la mortalidad de la que todos somos víctimas, aunque Macedonio haya buscado infructuosamente durante toda su existencia una *inmortalidad* que jamás se da “en vida”. Macedonio dijo: “La muerte no es fatal” y he aquí su frase más célebre. Tan célebre como desconcertante, por lo que no admite comentario alguno.

En los años sesenta, Arciniegas afirmó en una entrevista: “Creo que he sido un escritor sin vocación literaria (...) Gandhi decía que su madre era analfabeta. Pero era sabia (...) Soy un inconforme. Si esto sirve para definir a una persona, a lo mejor, así quedo definido”. Acto seguido se refiere al defecto del escritor: “No pienso en uno sino en dos defectos: escribir, cuando no toca; y cuando toca, no escribir”. Ese tema del “escribir”, tan constante en Arciniegas, también obsesionó a Macedonio: “Fuera de usted y yo, nadie ha escrito menos en menor tiempo. (...) Si el tiempo disponible hubiera sido menos aún más podríamos haber escrito menos; sólo si hubiera sido ninguno no nos sería posible haber escrito menos que nadie en tiempo ninguno (...)”. Escribir más, escribir menos; leer tanto, leer poco, en fin... Pura filosofía absurda, pero lógica, de esa generación, los llamados “de vanguardia” de esa época.

En 1984 Arciniegas se detiene en alguna conferencia a analizar la hazaña de los tatarabuelos, al recordar que los españoles se dividieron en dos, los que se quedaron y los que se atrevieron a venir a la nueva América: “Los negros también

cruzaron el mar, pero en esto las cosas fueron iguales y fueron distintas”. Nuevamente Arciniegas juega con las palabras. “Ser como todos pero ser distinto”, dijo Macedonio alguna vez. Parece que sí es lo mismo, pero no. En eso también apoyo mi hipótesis de que los dos autores fueron iguales siendo distintos. Me baso en esos aspectos para sustentar mi paralelo. Mente abierta y poca seriedad, querido lector, no lo olvide.

Ya vimos que en 1985 Germán Arciniegas concede varias entrevistas interesantes con ocasión de su presencia en la Feria del Libro de Bogotá. Lo más llamativo es una célebre apreciación que hace de sí mismo: “Nací periodista mucho antes de ser escritor (...) Los libros de alguna extensión que he escrito son reportajes a los muertos, hechos con el ánimo de volverlos a la vida”. Pero más adelante Macedonio demuestra que prefiere utilizar personajes vivos en sus novelas, para no parecerse a la historia. Arciniegas, por el contrario, dice “trabajar con personajes ya muertos, para traerlos a la vida” ¿Un paralelismo aparentemente contrario? Sí, como suelen serlo paralelos-poco-serios.

Si Macedonio odió la holgazanería de las estatuas, Arciniegas lo contradice defendiéndolas siempre –tanto, que hasta tiene estatua propia. Curioso que el temita le haya gustado a los dos, mire lo que sigue, mi querido lector. [Macedonio había dicho: “Todos los pueblos existentes (los inexistentes son malsanos), deben tener una estatua del inventor de los lados derecho e izquierdo y los de revés y anverso, distinción ésta que solo los agujeros escurren. No me pregunten por qué los comisarios más abusivos siempre se abstuvieron de llevar presa a ninguna estatua, que vive en las plazas como los vagabundos, ostentando el mal ejemplo de su holgazanería. Aborrezco las estatuas”].

En el acto protocolario de inauguración de su bronce en la Biblioteca Nacional de Colombia, el Maestro Arciniegas se burló de sí mismo en su discurso: “Los bronce se dedican a los muertos, y contemplando este mío se que voy a hablar como si lo hiciera viniendo del otro mundo”. Después de que murió, como el propio Maestro dijera, vemos un Arciniegas vivo que disfruta su longevidad: “Desde los tiempos del bachillerato siempre fui eso: un entusiasta. Por eso fomenté huelgas, carnavales, revoluciones... Lo tremendo y peligroso es mi persistencia en esos ímpetus, sin que mueva un dedo por contenerlos. Es muy posible que ha eso se deba mi longevidad (...)”. Esa longevidad que despertaría la envidia de Macedonio, quien murió pidiendo ser inmortal –y ha sido inmortal, gracias a sus obras. ¿Acaso los dos escritores quisieron la eternidad? ¿Uno a través de la inmortalidad y el otro a través de los escritos que perduran? Debe mencionarse, entonces, el comentario de Macedonio: “Mejor es seguir practicando la longevidad, como lo hago yo desde la niñez, porque si bien la muerte mejora la reputación de las personas...”.

En 1986, Cobo Borda dice que lo absurdo –en los escritos– puede llegar a convertirse en algo cotidiano. Interesante la alusión que hace al “escrito-absurdo” de Arciniegas, quien llegó a trabajar tanto con el absurdo, que lo incorporó a su diario escribir ¿Acaso sea indispensable para vivir manejar el absurdo, el mismo que utilizó siempre Macedonio? Ese mismo absurdo que le encantó a Arciniegas y que probablemente le llevo a identificarse con él. Ese mismo absurdo que el propio Macedonio le recomendó mantener, cuando en una de sus cartas le dijo que mantuviera viva “la comicidad” ¿Por qué? Porque ese “absurdo” es la llama de la

comicidad. Es como un absurdo mirado desde la perspectiva no-seria que pide el mismo Arciniegas.

En una ocasión que se le preguntó al Maestro por la música, contestó con humor negro: “Yo debería saber mucha música porque mi abuelo compuso el Himno de Cuba”; por supuesto se refiere a Perucho Figueredo. Referencias como esta traen otra vez a la memoria lo que Macedonio sostenía respecto a herencia: “Autobiografía de encargo, pose # 2: Creo que desciendo de uno de los mayores o más grandes pintores españoles, del cual heredé y he acrecentado una incapacidad completa para el dibujo”. Es decir, de Perucho, Arciniegas heredó y acrecentó su total incapacidad para la música. Otro misterio del paralelo entre los dos escritores y sus respectivas herencias de incapacidades.

En alguna ocasión, Arciniegas dijo que no se trata de que haya escrito muchos libros, sino uno solo que no termina. Si el libro interminable de Arciniegas es *La América*, el libro interminable de Macedonio es *La Miscelánea ¿Un libro interminable o inmortal?* Recordemos que Macedonio también fue un prolífico-póstumo escritor, que publicó más después de muerto que cuando estaba vivo. Continúa el Maestro hablando de su imaginación, que es “infeliz, limitadísima”, pero que su “capacidad de escribir es eterna, interminable”. Yo me atrevería a decir que seguirá siéndolo incluso después de muerto. Macedonio, desde su tumba, le contestaría: “Si yo hubiera pensado antes de escribir, lo que no es tampoco oportuno, apenas se habría notado”. Por alguna razón que desconozco, en otra de nuestras entrevistas, el 15 de noviembre de 1996, el Maestro se empeñó en resaltar “su falta de imaginación” ¿el lector puede creer tanta modestia? Si Arciniegas no tuvo imaginación, ¿entonces qué fue lo que tuvo? Imaginación es lo que justamente me falta a mí, por eso apruebo y aplico hasta la saciedad la teoría macedoniana de no pensar antes de escribir... Ciertamente, no es oportuno y se nota poco.

Ya en la década de los noventa Arciniegas se refiere a “ese nuevo mundo”, en donde se mueve la imaginación del hombre. Desde entonces sentó su posición sobre el descubrimiento: “América liberó el pensamiento europeo”. No teme afirmar que el descubrimiento pudo haber ocurrido un siglo antes o un siglo después, probablemente porque eso es lo de menos. Por supuesto, solo a un Arciniegas de 91 años se le ocurre pensar que ese Colón imaginario pudo haber madurado un año más tarde o cien años antes, con lo cual “o estaríamos más avanzados, o viviríamos con un siglo de retardo”. Ahora bien, esto de pensar cien años después o cien años antes, o de vivir adelantados o con un siglo de retardo, me recuerda una idea bien interesante de Macedonio Fernández; alguna vez dijo que si las cosas se miran subjetivamente el mundo nació para cada uno, cuando cada uno nació. Bien lo afirmó: “La realidad y yo nacimos al mismo tiempo. (...) Es imposible nacer y no hallar mundo”. Y es que todo en la tierra y en la vida es relativo, hasta el tiempo referente a este Colón y su descubrimiento.

Arciniegas habla de un deseo de liberación, de un sentimiento de justicia, de la voz de la sabiduría y de anhelos de nuestras vidas insumisas que se oponen al orden establecido, al conformismo y a la pasividad. Como también se opuso Macedonio en su tiempo, quien fue el precursor de desorganizar el orden para que ese perfecto desorden fuera a su vez un orden, pero entendido distinto. En el libro de *Cosas del pueblo, crónica de la historia vulgar*, de 1962, Arciniegas demuestra

que, como Macedonio, también se preocupó por el *orden alfabético*. Sus frases traen a la mente al Macedonio que además se burló del ordenamiento lógico. Arciniegas habla del alfabeto como “una de las más afortunadas manifestaciones de muchas culturas, y al mismo tiempo uno de los más recientes inventos”. Recuerda el uso de los jeroglíficos, la cultura oral de los griegos, los poemas recitados y el teatro. Todos estos conceptos cambiaron cuando después surgió la expresión escrita y la imprenta. Macedonio también se preocupó por la oralidad (recuerden la “revista oral”), por inventar un libro que no se leyera sino que se actuara, como en el teatro. Ambos se interesaron por esos temas, en eso también se parecieron.

Verdaderamente el Maestro Arciniegas pone a pensar al lector. ¿Es inculta una persona que no lee? El habla de una incultura de la palabra impresa, pero también nos recuerda la sabiduría de los pueblos analfabetas. La madre de Gandhi era analfabeta, pero sabía; el Maestro Arciniegas lo ha repetido muchas veces en su vida. Pareciera que el *alfabeto*, ese orden desordenado necesario para escribir, se empeñara en unirlos siempre. Recordemos la socarronería de Macedonio: “Alfabéticus. Está hecho todo de letras, dígame además que en su historia todos los sucesos se habían enfilado en orden alfabético, es decir, en el más completo desorden...”.

Para conmemorar la muerte de su madre, Arciniegas escribió un artículo titulado “Si mamá viviera”. Recuerda que recibió la noticia de la muerte en Tel Aviv y subió a su habitación para llorar: “Si mamá viviera, habría cumplido hoy, 11 de noviembre, cien años. Si viviera, sí, pero ¿de veras ha muerto?”... “La muerte no es fatal”, le respondería Macedonio. Para ellos, la muerte tenía una significación especial. No de pérdida, no de adiós. La muerte también los unió, por lo que ésta significaba. Es evidente que para Arciniegas nunca murió la madre, estuvo cerca, en su corazón y más cerca ahora que nunca. Para Macedonio su esposa Elena tampoco murió de verdad, siempre estuvo allí, con él. La muerte y la madre, figuras femeninas muy importantes en las vidas de estos dos escritores de vidas paralelas.

Sus escritos, su arte de hablarle al lector como si estuviera sentado al frente, dialogando con ellos, es otro punto interesante en este paralelo, del que nos ocuparemos más adelante. No se desanime, querido lector, usted también esta frente a este ensayo, mirándome mientras mira mis escritos, para ver a través de ellos al mismo Arciniegas y al propio Macedonio.

En conclusión, me atrevería a asegurar al mejor estilo macedoniano, que hasta se «parecían en lo mucho que se diferenciaban»; por eso es que se parecían tanto. Ambos eran abogados, ambos no ejercieron el derecho, ambos adoraron a su esposa y fiel compañera, ambos se sintieron atraídos por el humor, por la metafísica, la nada y lo simple. Tuvieron muchos amigos comunes –entre ellos, Borges hijo, Gómez de La Serna, Gabriel del Mazo y Bioy Casares. Pero, sobre todo, ambos fueron entrañables amigos de Borges y del “ángel Gabriel”, mientras se dedicaban al absurdo de no ser serios, siéndolo; hecho que finalmente vino a ser el puente invisible e imaginario que los llevó a cruzar sus caminos.

Macedonio y Arciniegas soñaron mientras caminaban por las mismas calles de Buenos Aires. Pensaron, se cuestionaron y escribieron mucho, para sí mismos y para otros. Escribir, como producto de ese ágil ejercicio de pensar mientras se

camina por calles tranquilas, como lo hacía Borges en la calle Florida. Pero, sobre todo, los dos se preocuparon por hablarle al lector en sus escritos –debo decir “le hablan”, en presente, por respeto a esos maestros inmortales que siguen vivos a través de sus escritos. La principal característica que los relacionó quizá haya sido el hablarle al lector sentado enfrente, a ese que no se duerme, a ese que no se queda sumiso y quieto, a ese que se transforma en un “Quijote”, que vive el mundo irreal y absurdo, con la misma seguridad y tranquilidad con que vive después la realidad. A ese mismo lector que está sentado leyendo este ensayo... Porque, si no es así, no es posible comprenderlos.

Germán Arciniegas y Macedonio Fernández: vidas paralelas ¿Quién lo hubiera imaginado? ¿Se atreve usted a negarlo, mi querido lector? Adelante, no lo creo posible, pero escucho razones que desvirtúan esta hipótesis. Recuerde que las razones no pueden ser muy serias ni solemnes y, sobre todo, deben provenir de una mente muy abierta.

LO QUE DE MACEDONIO IMPRESIONÓ A ARCINIEGAS

En Buenos Aires, durante 1940 y 1941, Arciniegas se conocería con Macedonio e intercambiaría la correspondencia ya revisada. Cabe recordar que el Maestro era editor de la Revista de las Indias. En el anexo 9 el lector inquieto encontrará el texto completo de ese maravilloso artículo de MF publicado en la Revista de las Indias, titulado “Doctrina estética de la novela”.

Tremendo título ¿verdad? Sorprende de nuevo este MF posmoderno con el comienzo: “Iba andando noches pasadas por esas calles –que les pongan nombre, si quieren que uno sea exacto en la novelas realistas– cuando me asaltaron (parece mentira, a pocos pasos de una comisaría) dos ideas de estética literaria (...)”. Sigue otro párrafo que predice lo que será ese ensayo macedoniano: “La idea que voy a exponer es absolutamente mía: nadie la encontró antes que yo en otro autor. La expongo dirigiéndome al público lector en general, pues en cuanto a los artistas de este ardiente, inquieto y rico ya en realizaciones arte de Buenos Aires, nada pretendo enseñarles”. Pero enseña, mi amigo lector, enseña cuando sigue diciendo: “La humorística con asunto no es técnica (...) la humorística debe ser puramente sorpresa intelectual y no caso cómico de la vida”.

Recuerdo que el mismo Arciniegas, en un acto de lógica locura o de *magallismo*, aún no lo sé, empieza su única novela contándole al lector que dijo a los personajes que iban a suponer que eso era una novela. Ciertamente Macedonio al decir que la humorística con asunto, no es técnica y solía burlarse frecuentemente de la novela: “El género de lo nunca habido, será estrenado, pues el mismo nunca existió, nunca hubo lo nunca habido. La humanidad pondrá por fin sus ojos en lo no visto, en una muestra de lo nunca habido. Se verá realmente lo nunca visto, no se trata de fantasía, es otra cosa: El primer caso del género será en novela. Es novela que nunca antes se ha escrito y ahora tampoco, pero falta poco”. En Arciniegas ya se vivía esa comicidad “novelesca” propia, innata, espontánea, que se le escaparía siempre, en cada uno de sus libros.

Macedonio termina su teoría de la humorística diciendo que no tiene gracia hablar de lo que se sabe, sino de lo que no se sabe, y retoma algunas otras perlas. Léase el ensayo completo en el anexo 9 y quedará simplemente aterrado.

No extraña este Macedonio que en su momento también fascinó a un Arciniegas joven y filósofo del diario vivir. Lo más interesante del escrito anterior está encerrado, sin duda alguna, en las últimas palabras de Macedonio: “pues nada es tan cierto como que no tiene gracia hablar de lo que se sabe, sino de lo que se ignora” —¿le parece muy poco-sería esta frase, querido lector? Pero va uno a ver... y es cierto. Más cierto no puede ser.

En Argentina, los años 1940 y 1941 le sirvieron al Maestro Arciniegas para estrechar su amistad con Ramón Gómez de la Serna, quien fue amigo muy cercano de Macedonio Fernández. De él, dice Arciniegas, era el tipo más genialmente divertido que haya conocido en mucho tiempo: “Gómez de la Serna se divirtió en Buenos Aires más que el resto de su vida en España”. Escribía con tinta roja en hojas amarillas. “El estudio lo tenía forrado, las paredes, el techo, íntegramente cubierto de láminas, más o menos como un baúl de sirvienta”.

Ahora bien, ya vimos que a Macedonio lo conoció en 1940. Arciniegas dijo de él: “Macedonio Fernández era un tipo altruista, amigo de Jorge Luis Borges y loco como una cabra, a quien conocí y fui amigo de él”. Parece entendible que 57 años después el Maestro Arciniegas recuerde poco. Aunque en medio de esa desmemoriada memoria, en alguno de sus escritos habla así de Macedonio:

Macedonio adquirió una celebridad muy grande cuando Gómez de la Serna dijo que él había viajado a Buenos Aires únicamente para conocerlo. Los libros de Macedonio son todos como el de este título: *Yo soy la vigilia, la de los ojos azules...* En realidad tenía admiradores en un círculo muy estrecho, pero que tenían por él una verdadera pasión. Ramón me envió muchas cosas que publiqué en Revista de América.

Arciniegas también conoció a Guillermo de Torre, quien posteriormente se casaría con Nora Borges, la hermana de Jorge Luis. También se relacionó con Oliverio Girondo, un poeta de gran importancia dentro del ultraísmo. Por supuesto que todos ellos también eran muy amigos de Macedonio, con lo que ya se iba entablado otro puente de unión entre los dos escritores.

En 1941 Arciniegas sigue siendo editor de la revista de las Indias. Publica otra colaboración de Macedonio Fernández y hasta agrega una de su hijo Adolfo de Obieta. En el anexo 10 el lector encontrará una reproducción del texto, para entender porqué este escrito impresionó al Arciniegas de aquella época, que en realidad es el Arciniegas de siempre, o el Arciniegas de todos los tiempos.

Sobre ese ensayo, el lector verá que MF habla de las caídas y los sentimientos que ellas despiertan. Aquí deseo agregar que ni Macedonio ni Arciniegas podían imaginar en esa época que en 1996 las caídas de los niños y los ancianos causen risa y hasta sean premiadas en burdos programas de televisión, cobardemente llamados “locos videos”. [Más que locos, son irresponsables y mueven a la gente a la burla del que vive en desventaja. ¿Tendrá eso perdón?].

Macedonio continúa su teoría de la humorística en medio de una metafísica desconcertante, con frases difíciles como estas:

Finalizando otra vez, repito que causa extrañeza, por parte, que se haya propuesto por Kant y ratificado por Spencer, una definición de lo cómico por expectativa fallida: porque ésta también es perfectamente una definición de la tragedia. . . Pero, estrictamente, lo cómico debe definirse en la calificación de su temática, no en fisiologismo emocional. Y repito que es curioso que uno de los grandes capítulos del placer humano, cual es la Comicidad, no haya hecho adivinar que su temática dominante tenía que ser esencialmente una referencia a la felicidad, al placer. . . La risa en la vida es causada siempre y únicamente por un error de credulidad o de precauciones ineficaces, por nuestra felicidad. . . El chiste verbal o por actos intencionales es ante todo de placer de poder crear un instante en la todo-posibilidad intelectual.

Pero complete la pintura, vaya al anexo 10, mire para que vea.

Después de detenerse en el ensayo de MF, ¿el lector ahora entiende dónde era que se unían Macedonio y Arciniegas? En esa teoría de la humorística que tanto les fascinó a los dos escritores. Pero esa llamada “incapacidad para ser serios” se hace más evidente en algunas obras del Maestro Arciniegas, en las que es fácil advertir el famoso paralelismo en cuestión, hipótesis de este trabajo ensayado. Si el lector no está cansado, lo reto a seguir.

EL PARALELISMO ARCINIEGAS-MACEDONIO EN DOS OBRAS DE ARCINIEGAS

EL *DIARIO DE UN PEATÓN*:
NOTABLE CERCANÍA ENTRE ARCINIEGAS Y MACEDONIO

El *Diario de un peatón* es, en mi concepto, la obra maestra del humor de Germán Arciniegas; fiel exponente de su filosofía humorística, muy similar a la observada en el Macedonio de siempre. En este libro de 1936 se hace evidente en Arciniegas esa comicidad de la que Macedonio le hablaría después en 1940. Lo más sorprendente es que desde esa fecha —mucho antes de conocer a Macedonio— ya asomaba en Arciniegas ese punto de unión con el argentino en cuanto al gusto por el absurdo. No sorprende entonces encontrar en el *Diario de un peatón* capítulos como “Minucia”, que comienza con *la historia de un estornudo* para terminar con *nuevas meditaciones para el veraneo*. Otro capítulo titulado “Notas sobre Antioquia”, comienza hablando de Tomás Carrasquilla, sigue con *la evolución de la ventana* y termina con *la topografía de Medellín*. El capítulo sobre los indios es aún más sorprendente, pues comienza con *las curiosidades de las Indias*, luego habla de *la alpargata* y de *las indias de Boyacá*. El capítulo “La política”, comienza con *retablo de ingenuidades, el muerto en la vida política y los voladores*, hasta su *está para la firma y caballo de palo*. Al final está *el nuevo Gargantúa*, para terminar con *el filósofo de la mosca en la frente*. Es obvia, entonces, no solo por los títulos sino por todo su contenido, esa mordaz ironía que desde entonces caracterizó a Arciniegas. Manejó el mismo absurdo que manejara Macedonio, aún sin conocerlo. Podría decirse que, en ese sentido, eran como almas gemelas que caminaban el mismo sendero, el que inevitablemente algún día los uniría, puesto que los caminos siempre se cruzan. Ya hemos dicho que estaba escrito que ellos se cruzarían en 1940.

Analícemos a este Arciniegas del *Diario de un peatón* y comencemos por el principio, aunque según Macedonio uno siempre debe desconfiar de los que co-

mienzan por ahí. Miremos la *historia de un estornudo* del libraco del Maestro Arciniegas –acaso este sea el otro libraco que le envió a Macedonio en 1940. El autor habla en primera persona cuando se presenta frente al director del periódico y se describe de la siguiente manera: “Y adopté mi actitud de todos los días: un 50% circunspecto, un 50% regocijado”. Cuando el director le pregunta por lo que tenía, el Maestro recuerda: “He debido decirle: un estornudo. Aquello hubiera sido imbécil, pero exacto. Yo no tenía sino un estornudo en perspectiva”. Comenzó a pasearse por el vestíbulo, de un lado para el otro, con el estornudo bailándole en la punta de la nariz. Arciniegas dice que lo hubieran confundido con un filósofo: “Así es la vida: cualquiera confunde la vida con un catarro”. Al final aparece el Arciniegas que también tuvo la costumbre de dirigirse al lector, como solía hacerlo Macedonio. Arciniegas ya estaba contándonos que el estornudo pasaba y que se sentó en su escritorio a escribir, de pronto «¡Schásss! ¡Qué pena, Dios mío! Dispéñeme usted, lector. Fue algo repentino. Yo ya estaba escribiendo, tranquilo, resuelto. ¡Quién iba a esperarlo!”. Y, sin más, estornuda encima del lector para terminar su relato.

Arciniegas pasa después a defender burlescamente al peatón, diciendo que ya hay suficientes sociedades protectoras de los débiles, “como los animales, los amigos del perro, los defensores del niño, la liga para la conservación de los animales salvajes en África, asociaciones feministas, etc.”. Insiste en que nadie ha pensado que el peatón está muy abajo y es indefenso. No faltan los protectores de jirafas, tigres y mujeres, pero del peatón, nada. “Es la víctima desconocida” ¿Se burla campantemente del lector? Sí, pero con su complicidad; casi igual a Macedonio.

¿Ambos tratadistas? Otro punto a favor del paralelo. Si a Macedonio le gustaba escribir tratados y análisis filosóficos, “Algún día estudiaré cómo el desnudo se reduce a ser un escote totalitario a una sola persona”, pues se descubre que Arciniegas en 1936 también lo hacía: “Algún día tendrá que escribirse el tratado de las relaciones entre el alma y el pelo. Para mí el pelo no es una propiedad del cuerpo sino un brote de la vida interior que sale a la superficie para darle expresión a la figura”. Por supuesto que a uno no se le hubiera ocurrido pensar esta importante relación entre el pelo y el alma. Surge, entonces, la inquietante pregunta de lo que le puede pasar a los calvos. Aquí aparece Macedonio con su *peine de un solo diente*. Es tan importante el asunto del pelo, que Arciniegas insiste en que las grandes divisiones del carácter humano están dadas por el pelo: “La verdad es que el hombre no sabe que hacer con el pelo. ¿Se lo afeita, se lo depila, se lo riza, se lo alisa, se lo unta, se lo peina, se lo pinta, se lo pone postizo si lo pierde? El hombre que ha perdido el pelo es un hombre que siente vergüenza de sí mismo. Es como si hubiera perdido el alma”. Estas reflexiones de Arciniegas son algo más que un análisis filosófico. Incluso, podría decirse que llegan a ser todo un estudio psicoanalítico-sociopolítico-macedoniano sobre el pelo y el alma. Es claro que Macedonio también se rió de la calvicie y se inquietó por el pelo.

Otra preocupación que se hace evidente en el Arciniegas de ese año son los paraguas –elemento externo similar a los bastones– que, de hecho, son utilizados por algunas personas como si fuera su bastón. El Maestro dijo: “O como esas personas que poniendo todo su ser en un paraguas, lo pierden”. Por supuesto que

los paraguas y los bastones se hicieron para perderse, ¿a quién no le ha pasado? Si se le perdían a Macedonio, que también se obsesionó con el tema, ¿por qué no se le iban a perder a Arciniegas en 1936? Recuerde, lector, que Macedonio se caracterizó por escribir sobre los bastones y su manía de perderse. Hasta llegó a proponer el cambio de bastones por perros, para colgarlos de un perchero y no dejarlos olvidados. Mire y verá lo que dijo MF: “Desde que dejé olvidado mi perro, colgado en una percha del vestíbulo o metido en el paragüero de una casa que visitaba, decidí reemplazarlo por una hornato-compañía más inseparable, pues personas de mucho éxito en la retención de sus varitas garantíanme no recordar caso alguno de olvido de bastón, aparte de otros inconvenientes que no se promueven entre bastones en los vestíbulos y sí entre perros”.

Definitivamente, el *Diario de un peatón* es todo un tratado de filosofía diaria; de esa misma que, por supuesto, también preocupó a Macedonio. De ahí pasamos a los títulos de los libros, de lo que también se burló Macedonio: “Uno de esos libros que viven de su título, pacientemente estudiado en las mejores horas mentales de su autor”. Macedonio, que también pidió “hacer de mi libro un caso de inoportunidad permanente”. Casi esa misma que se ve en el diario del peatón del Maestro Arciniegas.

El Maestro hace en ese libro, con cierta sorna, una total apología a la mujer. Algo hermoso que recuerda al Macedonio que adoró a la mujer, la estudió, la analizó y hasta se preguntó: “¿Cómo será ser mujer?”. El Maestro Arciniegas sostiene que los hombres hacen lo que la mujer dicte: “Lo cierto es que cuando el hombre apenas va, la mujer ya esta de vuelta”. Insiste en que la mujer ya inició su emancipación y pregunta cuándo será la emancipación del hombre. Más gracioso es cuando afirma: “el día que un hombre llegue a emanciparse, se va a sentir tan extraño como un fraile sin faldas”. Eso de adorar a la mujer es cosa vieja en Macedonio, que hace mucho rato dijo: “La mujer es, si hombre alguno la entiende, pura facultad de vivir; una terriblemente segura facultad de vivir”. Lo que no sabemos es si sería facultad de vivir seriamente o no.

En casi todos los capítulos del mismo libro Arciniegas insiste en dirigirse al lector y, por supuesto, también en el primer día de la semana: “El día lunes despierta usted a la realidad. Por supuesto que recuerda esos trágicos lunes, que son inexorables, el terrible lunes cuando hay que desayunar temprano, volver al trabajo, a la universidad o la escuela, a la oficina pública, etc. Y el lunes empieza la rutina y se renuevan las costumbres cotidianas”. Esos terribles lunes que tanto odió Macedonio, por eso pidió que la semana comenzara un martes: “sostengo que el día de trabajo, después de un día de fiesta no debería venir tan de repente”. Ambos odiaron los lunes, aunque eso no es raro y sabemos que medio mundo lo hace; pero se tocaron hasta en eso.

Claro que la opinión de Arciniegas sobre el trabajo no deja de ser interesante, si tenemos en cuenta que a Macedonio también le llamó la atención el tema. Macedonio dijo que, “por diminuto que sea un trabajo debe empezar” —muy lógico ¿cierto? Arciniegas agrega: “Lo único que distrae es el trabajo. Lo tremendo es que, además de ser distraído, el trabajo sea pesado. Pero la verdad es que distrae”. ¿Comprende usted, lector, a este Arciniegas? Pero Macedonio no solo del trabajo, también sobre el ocio y es muy interesante su opinión, pues ya hemos visto que aborrece

las estatuas, por holgazanes. Acá Arciniegas sostiene: “Mientras el hombre trabaja se aleja de su espíritu. Pero cuando llega el ocio, se encuentra entonces con su propio ser y se espanta. Los hombres de ahora temblamos ante la posibilidad de ver”. Por supuesto, trabajar es una manera de entretener la mente. Con ironía, pero con total, absoluta y descarnada verdad, el Maestro insiste en que la gente busca una rutina que le ayude a pasar sus horas libres: “Pero el fondo del problema es terrible. Como el pueblo inglés en las capas sociales que han convenido en dedicarse a la jardinería, o al inocente juego de buscar durante toda una tarde, con una bola, un hoyo. El hombre se acostumbró al trabajo, que es tan fatigante, y olvidó el ocio que era tan bueno”. El Maestro Arciniegas insiste en hablar del trabajo y del ocio, pero enfoca el problema desde un punto de vista diferente –un ocio bien aprovechado, digo yo que dice él. MF, entonces, se opone al trabajo “forzado” porque, al parecer, traumatiza: “Para que un hombre se levante una mañana con ganas de caminar 30 cuadras y pensar sesenta minutos consecutivos sin necesidad de llegar a ningún punto ni de resolver ninguna dificultad urgente, es necesario según mis computaciones, que haya sufrido durante 6 u 8 meses la calamidad del trabajo obligado”.

Para continuar con ese absurdo curioso, similar al macedoniano, Arciniegas más adelante dice: “Se hablaría de la pequeñez de la grandeza humana”. Nuevamente el absurdo de la lógica y la lógica del absurdo. Como era lógico, al hablar de grandeza rápidamente el Maestro pasa a hablar de la estatura. A Macedonio el tamaño siempre le preocupó y soñó con ser un poco más alto de lo que era. Hasta pidió que a su estatura se le hiciera “una adición de dos otorrinolaringologías juntas”. Arciniegas también habla de hombre y de grandeza: “Necesita un primer término que le muestre materialmente la insignificancia de su estatura”. Macedonio habló de su tamaño: “Mi altura no es mala, depende del uso... Por arriba deja suficiente espacio hasta el cielo...”. Eso contrasta con la estatura del Maestro Arciniegas, cercano a los dos metros, lo que le ha merecido la descripción “se cuelga de los hombros”. Tal vez por ello el Maestro no vea problema en que las cosas se achiquen: “No se puede ahondar, no se puede hacer tragedia, porque hay demasiado buen humor en ánimo de estas muchedumbres livianas. El mundo se acortó, y así se quedará”. Lo gracioso es que Macedonio describa su amistad con un abogado muy alto; tan alto, que le ocasiona una “larga” amistad: “(...) Es tan alto que podría su cabeza tropezar con su propio sombrero puesto. Pero no se dude por esto de que con los pies llega hasta el suelo (...) es allí donde comienza nuestra amistad y la posibilidad de entendernos”. [En ese mismo piso nació mi amistad con Arciniegas y la que él me ayudó a forjar de a ratos con su hijo putativo, Cobo Borda, a quien con gran dificultad le llego a la cintura].

Gratamente uno se sorprende con un Arciniegas que también habla de los discursos. En el capítulo “La pobreza de léxico” dice que los antioqueños descubrieron algo muy cierto, “y es que ya no tenemos palabras”, eso constituye una crisis del idioma. “A medida que la vida se va intensificando, el hombre se vuelve más parco en sus discursos”. Hablar de los discursos es recordar alguna barbaridad que también dijo Macedonio. Se inventó “un discurso tan corto, tan corto, pero tan corto, que no le cupo el fin y se volvió interminable”. Claro que Arciniegas sostiene que no es orador y Macedonio también se refiere a su incapacidad de

improvisar un discurso: “Yo no puedo improvisar sin ponerme los anteojos de leer y sostener una hoja escrita delante: la seguridad que siento de no decir nada imprevisto, de compromiso, me da inspiración”. El Maestro Arciniegas afirma que se han acabado las palabras y como queriendo burlarse del lector, agrega: “¿Godo? No, mi querido lector: Godo no es palabra (...) ¿Lagarto? ¡Lagarto no es palabra, mi querido lector!”. Es fácil ver que Arciniegas utilizó la misma estrategia de diálogo que pregonaba Macedonio; un diálogo con el lector que se convierte en una amena charla con ese interlocutor fantasma que estará sentado frente al libro, que estará pensando, quizá contestando preguntas, a lo mejor opinando o complementando ideas. Eso es un verdadero diálogo. Lástima que no puedan hablar al tiempo en esa dualidad escritor-lector. Por otra parte, opino yo, esa modalidad es muy útil, como lo intuyera Macedonio, pues evita que el lector se duerma encima del libro que con tanto trabajo uno ha escrito. ¿Cómo va usted, mi querido lector? Por favor, no ronque.

En alguna parte del libro del peatón, Arciniegas se dedica a filosofar. Si Macedonio creó la *filosofía con el cigarrillo del pensar*, el *tango del pensar*, la *guitarra del pensar* y el *Almismo*, entonces Arciniegas se inventó una filosofía criolla, nuestra, propia: “filosofía de mecedora, mi querido fantasio: ¡Pura filosofía de mecedora!”. Y todos, igual que Fantasio, nos quedamos muy orgullosos de nuestra propiedad.

Más adelante el Maestro Arciniegas habla del *hombre que trabaja y el hombre que piensa*. Con marcada ironía se refiere al obrero colombiano, que suele demorarse en su trabajo. Es obvio que describe nuestra idiosincrasia. El nuestro no es un obrero manual, sino un obrero intelectual. En otras partes del mundo los obreros pegan bloques mecánicamente mientras que el nuestro: “los acaricia mentalmente, no sabe exactamente por cuál decidirse para empezar, escoge al fin uno, le mide el tiro, le echa la mano, lo sopesa, le da una voltereta, lo hace cantar golpeándolo con el filo del palustre, y sólo después de tantas maniobras que no son de un vulgar artesano sino de un artista fino, se atreve a untarle una capa de cemento y acondicionarlo sobre el muro”. Arciniegas remata diciendo que cuando el obrero se rebaja a usar las manos, “es porque está aburrido de la gimnasia mental”. Estoy de acuerdo con Arciniegas en que nuestros trabajadores colombianos son mucho más que eso y, por supuesto, son filósofos. Saben mucho de esa filosofía diaria, la que tanto defendió Macedonio. Es la filosofía del diario vivir, del hoy y del ahora. Esa, obviamente, es la *filosofía del Almismo*.

Arciniegas pasa a reírse del zapato y vuelve al juego de la estatura, física y social: “Apenas puede calcularse lo que significa en la vida colocarse siempre siquiera a dos cms. del suelo”. Insiste en que cada milímetro del tacón “es un escalón que se desciende en las tablas del aprecio social”. No sorprende que se pregunte para qué la gente quiere ser más alta, si al Maestro le basta y le sobra con los dos metros que casi-tiene. Lo que pasa es que para Macedonio la situación fue bien diferente y sufrió en carne propia los rigores del “petiso”. Arciniegas sigue con su burla de las creencias sociales: “la persona que se levante dos cms. con los tacones, no sólo es más alta sino más decente”. Agrega que una persona que se siente más alta y más decente, por supuesto es una persona que manda. Lo cierto es que a un jefe le queda muy difícil regañar a un subalterno que mida dos metros

más que él. La situación, bien mirada, es graciosa y yo personalmente la entiendo más que nadie, por eso antes de regañar a alguien prefiero mandarlo sentar. Arciniegas remata su escrito con las siguientes palabras: “Yo le he oído decir a mi suegra, que casi alcanzó a conocer a las pasudas de esclavas en Antioquia: ‘cuando una negra se monta en los zapatos no hay quien la resista’. Y esto, como se oye, se ve”. No en vano uno encuentra esto en los escritos de macedonio: “Mi altura no es mala; depende del uso (...) por arriba deja suficiente espacio hasta el cielo, pero es muy mala para erguirme bajo un postigo de ventana aunque un momento antes me ha servido bien para atarme los botines. Parece increíble que todavía se usen los botines donde no alcanzan los brazos”. Macedonio conoció muy bien ese problema, ya lo hemos anotado. También se oye y se ve. Recuerde usted al propio MF burlándose de sus amigos altos, muy altos: “En Buenos Aires, hay el abogado más alto del mundo, gran amigo mío y muy buen compañero, es decir, hasta la altura de los hombros, que es hasta donde lo conozco y soy su amigo”.

Más adelante, en ese libro, el Arciniegas joven de 36 años se muestra más irónico y mordaz. Eso lo hace particularmente hermoso y, por supuesto, hace recordar a Macedonio. Ambos autores odiaron lo solemne y lo muy serio. Esa anti-seriedad es probablemente lo que nos permite enamorarnos de las frases aparentemente absurdas de un Macedonio hermoso que presenta su escrito titulado *Confesiones de un recién llegado a un mundo literario (esforzados estudios y brillantes primeras equivocaciones)*: “Con motivo de la carestía de los cigarrillos, estos se han puesto más baratos, y para que parezcan menos cortos, los hacen más largos. Para una persona que por primera vez es un recién llegado, esto le confunde de tal manera que le entra el sentido que lo están viendo por la calle desnudo saliendo de una sastrería”. Sorprende encontrar esa faceta también en Arciniegas, que tiene una sensibilidad defectuosa: “Y cuando más solemnes veo a mis prójimos, me dan ganas de reír”. Es así como él mismo explica, a sus 97 años de edad: lo que a los demás les produce risa, a él no le hace gracia. Claro que lo contrario también se cumple: lo que parecía muy solemne a los demás, a él le daba risa. De nuevo Arciniegas habla sobre el humor, la comicidad, el chiste y la gracia, temas muy afines a Macedonio. Si no, ¿Por qué le gustó su teoría de la humorística?

Un singular escrito, que tituló “Está para la firma”, es absolutamente hermoso y a la vez muy del estilo macedoniano. No cabe duda que Arciniegas y Macedonio Fernández eran almas paralelas, de esas que se cruzan, porque antes de conocerse se inquietaban por las mismas cosas. Insiste el Maestro en esa necesidad imperiosa de contestar una carta tan pronto la recibe. Él mismo afirma que no la contesta *así no más*, sino que medita la respuesta y piensa mucho en los detalles: “Cuál ha de ser el tratamiento más adecuado: si digo muy señor mío, o querido amigo, o, sencillamente, Roberto. Esto último me agrada. Luego escojo los temas que pueden interesar a mi corresponsal, mido los párrafos, firmo una veces G. Arciniegas, otras Germán Arciniegas, o si no, G. Esta G simplísima me parece un bello toque de amistad”. Macedonio también se preguntó alguna vez sobre el modo de encabezar las cartas, “querido amigo, apreciado fulano de tal, estimado, muy señor mío, o fulano a secas”. Arciniegas también habló de la carta perfecta, pero que

jamás se escribe, o quizá la que se escribe en la imaginación. Macedonio escribió muchas cartas a Borges y otros amigos con el agravante que olvidaba enviarlas. Ambos preocupados por escribir cartas que no se envían, pero que dejan el placer de haber sido escritas. Arciniegas dice que inconscientemente vuelve el papel a su escritorio y lo arroja al cesto, por lo que luego no puede saber si escribió o no la respuesta: “He aquí por qué enemigo es mi propia imaginación. Por eso soy tan inútil e ineficaz. Pienso una cosa, la redondeo, la acaricio, la pulo, luego, como si ya estuviera hecha”. ¿Acaso Arciniegas se diferencia en algo de un Macedonio que guardaba cartas en los bolsillos sin recordar enviarlas al correo?

De Macedonio a Borges:

Querido Jorge, tienes que disculparme el no haber ido anoche... Estas distracciones frecuentes son una vergüenza y hasta me olvido de avergonzarme. Estoy preocupado con la carta que ayer concluí y estampillé para vos; como te encontré antes de echarla al buzón tuve el aturdimiento de romperle el sobre y ponértela en el bolsillo: otra carta que por falta de dirección se habrá extraviado. Muchas de mis cartas no llegan, porque omito el sobre o las señas o el texto. Esto me trae tan fastidiado que te rogaría que vinieras a leer ésta en casa.

El Maestro Arciniegas añade que los colombianos vivimos en el aire, como idiotizados de tanto pensar e idear sin realizar mayor cosa. Dice que “si reseñáramos los libros que no se han escrito, tendríamos una de las bibliografías más copiosas del mundo”. ¿Acaso añoraba el absurdo de una biblioteca de Babel, el absurdo de un Libro de Arena, el absurdo de un Alfabéticus, el absurdo del lector inexistente, al absurdo de un Macedonio que dijo: “eran tantos los que faltaron, que si falta uno más, no cabe”? Esos libros que no se han escrito parecen ser los mismos que señaló nuestro amigo Macedonio: “Se dijo de mi libro que nunca había sido escrito antes... Pero tampoco fue leído después...”. Arciniegas se vengó de haber leído tanto, escribiendo tanto; sólo pidió modestamente que lo leyeran. Y me consta que lo leen y lo releen.

Así se muestra un Arciniegas abierto, claro y desenmascarado en su diario de un peatón. Comenzó con un estornudo, pasó por los humoristas, para terminar filosofando con una mosca en la frente. Esta obra de comicidad absoluta representa las mismas locuras sobre las que escribió Macedonio y, como ejemplo, añado otra perla macedoniana: “Recientemente me aconteció a mí cuando caminando con un amigo tropecé, mientras le hablaba, tan violentamente hacia delante, que alcancé las palabras que acababa de pronunciar me oí a mí mismo y tuve oportunidad de corregir un cierto gran disparate comenzado en ellas” ¿Entendió, lector, por qué este ensayo no podía ser más serio, si precisamente hablaba de dos serios-incapaces para ser serios? Paradójico ¿no?

EN MEDIO DEL CAMINO DE LA VIDA: PARALELO NOVELADO ENTRE ARCINIEGAS Y MACEDONIO

La primera y única novela del Maestro Arciniegas fue *En medio del camino de la vida*, de 1948. Novela que en realidad nunca fue ficción. Pasajes de la vida real

que relatan el viaje de doce personas a bordo de un buque tanque, que escaparon a los campos de concentración desde Génova hasta New York. Lo primero que llama la atención es el texto que aparece después de la dedicatoria a Gabriela: “Los personajes que aparecen en esta novela son ficticios. Cualquier semejanza que se encuentre entre ellos y personajes reales debe considerarse como mera coincidencia”. Uno puede pensar que es la leyenda corriente que aparece en cualquier novela; sin embargo, el comienzo es lo que justamente llama la atención. Sobre las novelas, conviene recordar a un Macedonio que ironiza así: “La novela dejada de empezar, que por empezar tarde no empieza menos”.

Germán Arciniegas sorprende al iniciar su novela contando que invitó a cenar a todos los “futuros personajes” para definir el plan:

Ante todo, quiero dejar bien establecido un hecho fundamental: esta va a ser una novela. Lo primero que pondremos en la contraportada del libro será una advertencia que no deje resquicio por donde pueda filtrarse ninguna duda: Todos los caracteres que figuran en esta obra son ficticios, y todas las situaciones son de mi invención. Cualquier coincidencia que pueda hallarse entre ellos y personajes reales, no obedece en manera alguna a propósito del autor. Será casualidad...

Pero acá podemos abrir un paréntesis invisible para recordar que Macedonio se especializó en personajes raros ¿no? MF confiesa abiertamente: “Es un proceder más franco y una labor mayor que me tomo por el público, que la tan osada y cómoda de introducir dementes en las novelas. Quijote, Sancho, Hamlet, son personajes confesadamente enfermos (...). El demente exime al autor de cuidarse de absurdos (...) Lo inconexo y absurdo es la verosimilitud de la demencia”. Interesante enseñanza de MF que nos permite poner el tipo de personaje o situación que queramos y descargar la “culpa-demencial” en la naturaleza misma del personaje, sin responsabilidad alguna del autor por todas las locuras que alcanzan a decirse en la novela.

Por eso llama la atención el descaro de Arciniegas en su novela, descaro que no tiene límite. Se inventa una novela que justamente comienza diciendo que es una invención de una novela, para que no quede duda de que trató de ser una novela, pero que en realidad no lo era. Casi que es lo mismo, pero no. Macedonio también siguió la invención en sus escritos: “que la novela se asegure los servicios de un personaje de intachable inexistencia (...) Todos los hechos y personas de la novela son gratamente imposibles, fantásticos para la realidad. No sólo no ocurre en la vida; no ocurre en el libro”.

Es, entonces, la novela de la vida, tal como la pudo haber vivido un Macedonio Fernández. Una novela de la vida real en donde ninguno de los personajes se conoce antes, sino hasta que comienza: “Ni ustedes saben quien soy yo, ni yo quienes son ustedes. Ustedes entrarán y saldrán de cada escena como si nada. Todo, luego, ha de pasar por invención mía. Además, cuanto va a ocurrir ha de ser tan real, que la gente no va creerlo. Dirán que es absurdo. Pensarán que es novela. Esta es la verdad más tremenda de las novelas: que de ser tan ciertas, nos parecen fantasía”. Es el mismo absurdo que sostuvo Macedonio. Es el absurdo de la reali-

dad, de lo vivido por cada uno de nosotros día a día. El maravilloso ingenio de Arciniegas muestra que solo a una persona como él se le ocurre inventarse que se inventa una novela. Es la mejor estrategia para desenmascarar una realidad. Es tan absurda esa realidad que nadie creerá que es verdad, de lo real que parece —¿cuándo la realidad supera la ficción?

Si Macedonio se preocupó por ciertos personajes y escribió sobre tantas cosas curiosas, entre ellas, “otras verdades no menos ciertas”, Arciniegas sorprende con otra verdad, no menos cierta, cuando se refiere a uno de sus personajes: “nada le entusiasmaba tanto, ahora, sino que yo dijese lo que ella tenía que decir. Sin ningún riesgo de su parte”. Entra en juego el papel del autor y el del escritor. Aquí, como le gustaba a la teoría metafísica de Macedonio, Arciniegas utiliza ese recurso, juega con el lector haciéndole saber que los personajes son y no son personajes, que el escritor es y no es parte de la misma novela o que el autor es personaje al mismo tiempo. Todo tan aparentemente absurdo, que entusiasma. Es el juego del escritor activo, del autor que odia a lectores dormidos; es el llamado al lector a que despierte y participe. Seguramente, fue entonces escrita para esos mismos lectores que seguían la corriente macedoniana, los que años atrás venían rechazando a los lectores cuadriculados, seguidos y ordenados. No en vano Macedonio dijo: “Los lectores salteados son, lo mismo, lectores completos... Te dedico mi novela, lector salteado; me agradecerás una sensación nueva: el leer seguido. Al contrario, el lector seguido tendrá la sensación de una nueva manera de saltar: la de seguir al autor, que salta”.

Lo más absurdo del momento era que, aunque el autor no quiso hacer una novela de amor, justamente la comenzó como tal. La Milanesa, una mujer de Milano, era la más asediada por los hombres, aunque en realidad era el sacerdote quien le atraía. Casi saliéndose un poco de las manos del autor, como él mismo reconoce, comenzó la novela y el viaje en barco desde Europa hasta América, como si salieran del infierno. Como siempre, los personajes de una novela son la parte más interesante. Recordemos que en 1940 y 1941, a Arciniegas le llamó poderosamente la atención la teoría de Macedonio sobre *el personaje de la novela*, además de su *teoría de la humorística*. Ese estilo, donde el autor pasa a ser personaje, francamente se refleja en *El medio del camino de la vida*. Los personajes salidos aparentemente de la mente del autor, pero extraídos de la vida real, se localizan en el puerto de Génova y se dividen en gentes de abajo, de la bodega y del muelle. Veámoslo:

- La alegre Milanesa.
- Capitán de cejas de gusano peludo.
- Dos ingleses.
- Un salesiano.
- El autor.
- Su esposa.
- Los cuatro judíos.
- El hombre del violín.
- El grumete, sirvientes, el carpintero, el cocinero, el pinche.
- La sopa de patas de cangrejo.

- Piero, un grumete.
- Unos muchachos tripulantes italianos.
- Una familia napolitana que ha vivido en Brooklyn.
- Un criado de la nave.
- El puerto de Génova.
- Los griegos embusteros.
- Los fenicios ladrones.
- Marineros de vicios fáciles e ingenuos.
- El tío Giovanni.

Estos extraños personajes resultan “casi-absurdos” y nos obligan a pensar en el personaje preferido de Macedonio: “Presentamos en primer término al personaje sin nombre. Alfabéticos. Está hecho todo de letras, dígame además que en su historia todos los sucesos se habían enfilado en orden alfabético, es decir, en el más completo desorden (...)”. ¿Hay o no paralelo entre los personajes de estos “muy-serios” escritores?

Arciniegas utiliza la exageración que a veces acompañaba a Macedonio. Esa misma que tan exagerada, produce una sonrisa cómplice en el lector activo: “Las calles de Génova, tan angostas que, abriendo los brazos, se pueden tocar, a lado y lado los muros”. Sorprende un Arciniegas tan conocedor de la mujer: “La Milanesa llegaba tarde porque no le importaba ser puntual. El reloj de las mujeres tiene muelles de capricho. Nunca marcha con esa monótona puntualidad de rutina a la que se mueve el de los hombres”. Para finalizar, parece demostrar que conoce aún más la psicología femenina: “Tenía razón el viejo. Ella, donde no debe estar, es donde siempre está”. Es que a algunas mujeres, y eso también lo dijo Macedonio, siempre nos pasa justamente lo mismo.

Y siguen los personajes especiales. Los inventados, pero no realmente inventados:

- Vincenzo.
- El buque tanque.
- Un oficial.
- El castillo de proa.
- El comandante.
- El comedor.
- El aparato de radio que no va a servir para nada.

En el capítulo doce de la novela, el autor agrega:

Técnicamente, si hemos de creer lo que dice quien escribió el libro de la vida comienza a los cuarenta, yo soy de las personas que comienzan a vivir. No tengo una cana y hay algo juvenil en toda mi conducta. Sin embargo, un detalle me denuncia. Soy corto de vista. Uso dos pares de anteojos. Desde que la Milanesa me vio cambiar de anteojos para leer el menú, me dijo “profesor”. Así me quedé.

Pero no olvide, mi querido lector, que ese *asuntico* de tener 40, 50 o más años también le interesó a Macedonio, quien además se burló de esa manía de estar cumpliendo años cuando se acercaba a los 50: “(...) Alguien dirá: ¡Otra vez cumpliendo años! En fin, lo cierto es que nunca he cumplido tantos años en un solo día”.

Para terminar, cabe recordar que si bien esta novela muestra personajes curiosos, no deja de ser “casi-histórica”. Podemos recordar las palabras de Macedonio sobre las novelas, los muertos y la historia: “Pues mi novela no admite sino a vivientes so pena de confundirse con la historia donde los muertos lo hacen todo, se lo llevan todo por delante”. Acá, lo cierto es que el maestro se llevó por delante las novelas. Además, Arciniegas alguna vez dijo que la historia era para él como una novela, porque se daba el lujo de haber conocido en persona a todos los personajes. [Claro Macedonio que en la historia casi todos los personajes están muertos, pero este Arciniegas se los conoció a casi todos].

Arciniegas deja de ser un ignorado novelista, pues dejó completa su novela casi-histórica-novelada. De ahora en adelante tendremos menos cosas para ignorar de este Arciniegas tomapelista, que bien le hace honor a la opinión de Macedonio sobre la ignorancia de algo o alguien: “Si algo más ignorábamos de él lo haríamos público. Si se llega a saber que algo más puede ignorarse de él, nos apresuraremos a comunicarlo, no consentiremos que se nos supere en la ignorancia que nos hemos labrado pacientemente a su aspecto, ni en la prontitud en difundirla”. Así, pues, mi ya agotado lector que ha logrado llegar hasta acá, ya tenemos un argumento más que uno este par de escritores, novelistas, posmodernos.

Creo que he dado suficientes pruebas de un paralelo absurdo pero real y hermoso del estilo de estos dos personajes de la literatura ex-de vanguardia y para mí, hoy por hoy, posmoderna. Puede que usted esté o no de acuerdo, al fin y al cabo hace uso de su derecho a disentir. Yo también.

La verdad, estimado lector, lo que he querido hacer con esta obra es llenar un vacío literario que, en mi opinión, existía. Eso lo aprendí de Macedonio. ¿No me cree? Entonces, lea este párrafo del Maestro argentino con que cierro esta locura posmoderna:

Un amigo había escrito un libro de título “Hacia la vida intensa”; años más tarde, otro amigo encantador publicaba a su vez “Hacia la nada”, satisfaciendo una íntima preocupación de su temperamento negador de sus posiciones de la vida. Queriendo integrar con ellos un terceto armonioso, llegó a ocurrírseme por fin proyectar mi libro “Hacia la nada intensa”, que nunca se publicó. Viniedo a mi libro querido lector, espero que reconoceréis que también es de los que tiene el mérito de llenar un vacío con otro, como todos los libros.

Mire a ver si eso es cierto o no, mi estimado amigo lector [porque sólo un amigo aguanta hasta acá]. Como es probable que los verdaderos escritores no reconozcan esto como un verdadero ensayo, digo yo, pues seguiré en el vacío escribiendo lo que me falta. Espéreme sentado, mi querido lector, ya regreso con el CD-ROM multimedia de Macedonio, que le mostrará un panorama más claro de mi teoría de hacer posmodernos y paralelos estos dos autores que no están acá para defenderse de tal abuso.

EPÍLOGO ENSAYADO

Poco antes de morir en 1999, Germán Arciniegas escribió sobre su vida pasada, sobre los años cuarenta, cuando vivió tantas cosas similares a Macedonio. Escribió, por ejemplo, sobre sus tertulias en el Windsor, un café bogotano donde se reunían a oír sonetos y a hablar del Partido Liberal mientras llovía en la fría ciudad de aquel entonces. Seis personas apeñuscadas en mesas para cuatro, tomaban sifón y escuchaban poemas sin quitarse los sombreros, pues no había espacio para colgarlos: “Los hombres fueron dejando el sombrero y la cabeza dejó de perder ese empleo que la hacía entonces tan útil para muchos hombres”. Porque, indudablemente, la mejor utilidad de la cabeza es y seguirá siendo sostener el sombrero. Fue tal la vivencia del café, agrega Arciniegas, que allí, precisamente allí: “(...) se tramaban todas las conspiraciones, los enredos, y del Windsor salían los libros y en el Windsor nacían y morían las ilusiones”. Es claro que Macedonio vivió el café La Perla, mientras Arciniegas vivió el Café Windsor. Ese café literario que ha representado tanto para esta generación de escritores poco-serios, irónicos, absurdos y burlones.

Ambos fueron ensayistas. Hicieron grandes estudios de la metafísica, la filosofía diaria, el hombre y la mujer. Ambos desarrollaron ideas curiosas, ambos fueron por los caminos de la vida enseñando su teoría, su propia teoría; una teoría rara, absurda, curiosa, en contra-vía y, sobre todo, poco-seria. Esa reconocida incapacidad para ser serios, que tanto pregonaron ambos, no existe, no hay tal. Sin ser serios, sin pretender serlo, han sido dos de los más serios escritores de América Latina.

Así, ambos nos han enseñado a todos los estudiantes que los seguimos, que vale la pena soñar, vivir ilusiones de estudiante perpetuo, de estudiante inmortal, de estudiante longevo o de estudiante infinito. Ilusiones muy propias de Arciniegas y Macedonio, quienes lo ensayaron todo, hasta caminar por los caminos de sus vidas paralelas. Pero de esas paralelas distintas, de las que *sí* se cruzan. Si el lector quiere ver a nuestros personajes, pase a los anexos 11 y 12 para reconocerlos en nuestros diálogos ausentes en esta obra.

DEFENSA DE LA AUTORA

La autora de este casi-ensayo se defiende, precisamente porque sabe que es un trabajo fácil de criticar y de atacar. Hasta dirán que no es un ensayo literario, sino un ensayo sobre literatura. Como se dijo en la introducción, esto no es un ensayo común y corriente. Es un ensayo diferente.

Acá es preciso recordar algunas palabras de Susan Sontag, en la obra *El hijo pródigo*. Ella se pregunta y se responde:

¿Qué es un ensayo? Muchas cosas, pero sobre todo un ejercicio de libertad intelectual?. [Libertad a la que me acojo y en la que amparo este ensayo de ensayo]. El ensayo no es un artículo, ni una meditación, ni una reseña bibliográfica, ni unas memorias, ni una disquisición, ni una diatriba, ni un chiste malo pero largo, ni un monólogo, ni un relato de viajes, ni una seguidilla de aforismos, ni una elegía, ni un reportaje, ni un... [Me gusta esa definición de lo que justamente *no* es un ensayo].

Sontag prosigue con algo que siempre me animó a seguir con mi trabajo: “No, un ensayo puede ser cualquiera o varios de los anteriores”. Con el temor de hacer un mal ensayo, pero con el interés de que saliera medianamente bueno, me animé a entablar este paralelo que a más de uno ha escandalizado y atemorizado ¿Qué dirá la gente decente de esta comparación?, me preguntaron. Yo, más bien terca, decidí demostrar lo indemostrable y, entonces, ensayé el ensayo. Acaso solo sea una medida desesperada posmoderna, pero es algo, al fin y al cabo.

Si alguien me preguntara qué soy, diría con toda certeza y franqueza que no soy nada; soy todo o nada, pero soy ensayista. Casi que un ensayista perfecto, en el sentido que perfectamente se la pasa ensayando ¿Acaso eso no me define, literariamente hablando? Sontag me defiende sin saberlo: “El ensayo no es, en ese sentido, un género. Por el contrario, ‘ensayo’ es apenas un nombre, el más sonoro de los nombres que se da a una amplia variedad de escritos”. Pero la escritora insiste en dar una sabia definición de ensayo, la más hermosa, según mi punto de vista: “un texto en prosa corto, o no tan largo, que no cuenta una historia”. Re-

cuerda que la palabra ensayo viene del francés *essai*, que quiere decir “intento”. Me gustan los intentos... Los buenos intentos.

Susan Sontag termina la defensa del género afirmando que el ensayo es un ejercicio de nostalgia, o una exhibición de temperamento. Agrega: “Del ensayo se obtiene todo lo que se obtiene de la inquieta voz humana. Enseñanza. Elocuencia feliz desplegada porque sí. Corrección moral. Diversión. Profundización de los sentimientos. Modelos de inteligencia”. Señores, eso suena muy bello, digno de un ensayo.

Con esta hermosa defensa me convencí rápidamente de que tenía que hacer este ensayo a mi modo, no siguiendo pautas literarias pre-establecidas. Que no maten la creatividad, que se respete “el derecho a disparatar” del que tanto se ha hablado últimamente. Eso, señor lector, no significa que este ensayo sea un total y absoluto disparate. Decirlo tan directamente, ¡sería un disparate! Casi que sí, pero no. Y como ha dicho Arciniegas: “Así como se oye, se ve”, y punto.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE GERMÁN ARCINIEGAS RECOMENDADAS

- El estudiante de la Mesa Redonda.* Madrid: Juan Pueyo, 1932.
Otras ediciones: 2.^a ed. Bogotá: Minerva, 1933 [incluye: “Novelín de la tierra”, p.249-290]. Santiago de Chile: Ercilla, 1937. Buenos Aires: Sudamérica, 1971. Bogotá: Plaza Janés, 1982.
- Memorias de un congresista.* Bogota: Editorial Cromos, 1933.
- Diario de un peatón.* [Segundo suplemento a la Revista de las Indias] Bogotá: Imprenta Nacional, 1936.
- Los comuneros.* Bogotá: Editorial ABC, 1938.
Otras ediciones: Santiago de Chile: Zig-Zag, 1940. Madrid: Sedmay Ediciones, 1977. 8.^a ed. Bogotá: Pluma, 1980.
- El caballero de El Dorado.* Buenos Aires: Editorial Losada, 1942.
Otras ediciones: Caracas: Organización Continental de los Festivales del Libro, 1959. Madrid: Revista de Occidente, 1969. México: Aguilar, 1978.
- Este pueblo de América.* [Dibujos de José Moreno Villa]. México: Fondo de Cultura Económica, 1945.
Otras ediciones: 2.^a ed. México: Secretaría de Educación Pública, 1974.
- En el país del rascacielos y las zanahorias.* 2 volúmenes. Bogotá: Librería Suramericana, 1945.
- Biografía del Caribe.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1945.
Otras ediciones: 4.^a ed. Bogotá: Círculo de lectores, 1984. San José, Costa Rica: Libro Libre, 1986.
- El pensamiento vivo de Andrés Bello.* Biblioteca del pensamiento vivo, núm. 33. Buenos Aires: Editorial Losada, 1946.
Otras ediciones: 2.^a ed. Bogotá: Plaza Janés, 1981.
- En medio del camino de la vida.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1949.
Otras ediciones: 2.^a ed. 1958. Bogotá: Oveja Negra, 1984.

- “Entre la libertad y el miedo”. En: *Cuadernos Americanos*. México: Editorial Cultura 1952.
- Otras ediciones: 2.^a ed. Chile: Editorial del Pacífico, diciembre de 1953. 3.^a ed. Chile: enero de 1954. 4.^a ed. Chile: septiembre de 1954. 5.^a ed. Chile: septiembre de 1955. 6.^a ed. noviembre 1955. 7.^a ed. Revisada y puesta al día. Buenos Aires: Sudamericana, agosto de 1956. 10.^a ed. Revisada y actualizada. Buenos Aires: Sudamericana, 1958. Bogotá, Círculo de Lectores, 1988.
- Italia, guía para vagabundos*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1957. 5.^a ed. 1965.
- América mágica. Las mujeres y las horas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1961.
- Otras ediciones: Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1986.
- Cosas del pueblo. Crónicas de historia vulgar*. México-Buenos Aires: Editorial Hermes, 1962.
- Nuevo diario de Noé*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1969.
- Otras ediciones: 2.^a ed. México: Secretaría de Obras y Servicios, 1974.
- Medio mundo entre un zapato*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1969. 2.^a ed. 1971.
- Roma secretísima*. Madrid: Anaya, 1972.
- Transparencias de Colombia*. 2 volúmenes. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1973.
- El Zancudo*. La caricatura política en Colombia (Siglo XIX). Bogotá: Editorial Arco, 1975, p. 8-39.
- El revés de la historia*. Bogotá: Plaza & Janés, 1980.

OBRAS DE MACEDONIO FERNÁNDEZ RECOMENDADAS

- “Epistolario”. En: *Obras completas*. Tomo II. Buenos Aires: Corregidor, 1976. Contiene una carta de Macedonio Fernández a Arciniegas (1940) y dos cartas de Arciniegas a Macedonio Fernández (1940).
- Manera de una psique sin cuerpo*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1973.
- Papeles de Recienvenido. Poemas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina S.A., 1966.
- “Papeles Antiguos”. En: *Obras Completas*. Tomo I. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1981.
- “Teorías”. En: *Obras Completas*. Tomo III. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1990.
- “Papeles de Recienvenido y continuación de la nada”. En: *Obras Completas*. Tomo IV. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1989.
- “Adriana Buenos Aires (Última Novela Mala)”. En: *Obras Completas*. Tomo V. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1989.
- “Museo de la Novela de la Eterna (Primera Novela Buena)”. En: *Obras completas*. Tomo VI. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1975.
- “Relato; Cuentos, Poemas y Misceláneas”. *Obras Completas*. Tomo VII. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1987.

“No todo es vigilia la de los ojos abiertos (Otros escritos metafísicos)”. En: *Obras Completas*. Tomo VIII. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1990.
Museo de la novela de la eterna. Venezuela: Editorial Ayacucho.

TEXTOS CITADOS

- Anderson Imbert, Enrique. “¿Qué voy a hacer yo con una guitarra?”. En: *Narraciones Completas*. Vol. I. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1990.
- Barnatán, Marcos-Ricardo. *Borges, biografía total*. Colección Biografías. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, S.A.-Planeta Colombiana Editorial, 1995.
- Barrenechea, Ana María. “Macedonio Fernández y su humorismo de la nada”. En: *Buenos Aires Literaria*, núm. 9. Buenos Aires, junio de 1953.
- Bueno, Mónica. *Macedonio Fernández, un escritor de fin de siglo. Genealogía de un vanguardista*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2000.
- Cacua Prada, Antonio. *Germán Arciniegas: su vida contada por él mismo*. Bogotá: Editorial Universidad Central, 1995.
- Camblong, Ana. “El paisaje del pensar. Macedonio”. En: *Misiones. El territorio*. Posadas, Argentina, 18 de abril de 1999.
- Cobo Borda, Juan Gustavo. “Germán Arciniegas: el primer inmortal”. En: *Revista Semana*. [Sección Gente]. Edición 918. Bogotá: diciembre 6-13 de 1999.
- De Obieta Adolfo. *Macedonio. Memorias errantes*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1999.
- _____. “Datos para una Biografía”. En: *Obras completas*, vol. 1. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1981.
- Engelbert, Jo Anne. “El proyecto narrativo de Macedonio”. En: Fernández, Macedonio. *Museo de la Novela de la Eterna*. [Edición crítica]. Ana María Camblong y Adolfo de Obieta (coords.). Colección Archivos, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Fernández Latour, Enrique. *Macedonio Fernández, candidato a presidente y otros escritos*. Buenos Aires, 1998.
- Fernández, Macedonio. “No todo es vigilia la de los ojos abiertos (Otros escritos metafísicos)”. En: *Obras Completas*. Tomo VIII. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1990.
- _____. *Epistolario*. Ordenación y notas por Alicia Borinsky. 2.^a ed. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1991.
- _____. *No toda es Vigilia la de los ojos abiertos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- _____. *Poemas*. Colección Nezhualcoyotl, México: Editorial Guaranía, 1953.
- _____. *Papeles de Recienvenido, continuación de la Nada*. Prólogo de Ramón Gómez de la Serna. Buenos Aires: Losada, 1944.
- Fernández Moreno, César. *Introducción a Macedonio Fernández*. Buenos Aires: Editorial Talfá, 1960.
- Isaacson, José. *Macedonio Fernández, sus ideas políticas y estéticas*. Buenos Aires, 1981.
- Musil, Robert. *El hombre sin atributos*. 3 volúmenes. Barcelona, Seix Barral, 1970-71.

- Naboulet, León R. "La justicia". En: Jean Valjean (ed.), *Misiones*. Barcelona, 1917.
- Pasquali, Antonio. "Comunicación y cultura de masas". En: *Economía Política*. 3.^a ed. Monte Ávila Editores, 1976.
- Rama, Ángel. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985.
- Rodríguez, Jaime Alejandro. *Postmodernidad, literatura y otras yerbas*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano (CEJA), 2000.
- Salvador, Nélica. "Cronología". En: Fernández, Macedonio. *Museo de la Novela de la Eterna*. [Edición crítica]. Ana María Camblong y Adolfo de Obieta (coords.). Colección Archivos, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- _____; Ardissonne, Elena (colaboradora). "Bibliografía de Macedonio Fernández". En: *Obras completas*, vol. 1. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1981.
- Tamayo, Martalucía. *Germán Arciniegas: el hombre que nació con el siglo*. Colección Universidad Central, 30 años. Bogotá: Editorial Universidad central, 1999.
- _____; Borda Medina, Ricardo. "Germán Arciniegas, el hombre que nació con el siglo: una autobiografía escrita por otro". [Edición multimedia]. Bogotá: Ministerio de Cultura-Universidad Javeriana-Fundación Santillana, 1998a.
- _____. Entrevistas, conversaciones y revisión de temas con Adolfo de Obieta. Buenos Aires, abril de 1998b. [Inédita].
- _____. Entrevistas con Ana Camblong (Posadas, Argentina); Olga Fernández Latour y Jorge Perednik (Buenos Aires). Abril de 1998c. [Inédita].
- _____. Revisión del archivo de Macedonio Fernández propiedad de Adolfo de Obieta. Datos ampliados por Daniel y Sandra Micaelli. Buenos Aires: ex-Casa de Macedonio, 1998d. [Inédita].
- _____. "Germán Arciniegas, el hombre que nació con el siglo: una autobiografía escrita por otro". [Versión multimedia]. Bogotá: Ministerio de Cultura-Universidad Javeriana-Fundación Santillana, 1997.
- _____. *El libro del Almismo, el libro del pensar. Ser como todos pero ser distinto*. Colección Primera Puerta. Bogotá: Instituto de Genética Humana-Universidad Javeriana-Javegraf, 1995.

ANEXOS

ANEXO 1. TESTIMONIOS. CARTA DE GERMÁN ARCINIEGAS A MACEDONIO FERNÁNDEZ

Embajada de Colombia

Buenos Aires

Abril 25 de 1940

Muy excelente Don Macedonio Fernández:

Ha ocurrido lo siguiente: por seguridad o complicidad de su corresponsal Gabriel del Mazo, tengo en mi poder su Doctrina estética de la novela. Es algo estupendo. ¿Quiere usted permitirme que la publique en Revista de las Indias? Sin conocerlo a usted, creo que ya lo conozco, y por eso me parece que lo más prudente es asegurar la publicación de esta doctrina estética, que no esperar a un dudoso escarbar en sus gavetas, de donde es claro que saldrían colaboraciones valiosísimas para la revista.

Con esta carta le van dos libracos míos, que le ruego recibir a título de amistad. También, el último número de Revista de las Indias, que tiene abiertas sus páginas de par en par para usted.

Ojalá sea yo, como usted dijo ayer, otro de sus afortunados y muy escasos corresponsales.

Muy suyo,

Germán Arciniegas

ANEXO 2.
RESPUESTA A GERMÁN ARCINIEGAS

Buenos Aires, abril 25 de 1940

Distinguido, y muy amable amigo:

Me honra mucho su pedido; y cualquier trabajo mío –muy poco de bueno hay en ninguno– puede usted publicarlo sin consultarme; pero algo que valga no encontrará sino en lo que estoy revisando en estos años. La conferencia radial para estudiantes: *Doctrina de la Novela*, es de 1929. Emocionado por mi raro hallazgo: el descubrimiento de que el “Personaje” dramático o novelístico, o el autor que es personaje en el poema efusivo (no en el de sólo metáforas sin contexto, exento del novelismo usado siempre en el género poema), sólo es en estos tres casos, y en todo otro imaginable, si lo hay, elemento de arte si se le usa con la única función de hacer “personaje” al Lector. El “personaje” es toda la Literatura, y esta Literatura es probablemente la única Belarte.

El lector “personaje”, el lector leído, es una conmoción concienencial única; ninguna de las llamadas belartes puede dar el no-ser en vida al viviente y ninguna conmoción sino ésta es artística, y ningún otro medio, instrumento, hay para la Conciencia sino éste, creado por la Conciencia misma –no por la Vida ni por la Naturaleza.

Belarte va a comenzar en este siglo cuando alguien construya habilísimamente el personaje despersonador, desviviente, trabajando exquisitamente las situaciones novelísticas que traté de esbozar en esa conferencia.

La Conciencia agudizada actual de la Humanidad en este siglo que yo llamaría el de la Reflexión Tercera del Yo: el yo que mira al yo que un momento antes miraba al yo, o al “yo mismo”, no puede gustar más de un arte de puerilidad, sino del arte de la perdida puerilidad, del desdoblamiento concienencial. La Ilógica del Arte (o humorismo conceptual, no realístico) se propone el instante del Absurdo Creído, del non-sensu intelectual creído; la Prosa a Personajes, o el Personaje, se propone un instante de creído no-sea (en viviente, es inútil decirlo, como fue inútil decir y simular sentir esto: “Pienso, luego existo”).

Las dos son belartes, no hay otras; la Metáfora es un autenticante del sentir (las efusiones directas, las interjecciones, son ridículas pretensiones de hacer creer); sólo el que sintió acertará con una metáfora. Pero esto no obra sobre el todo de la conciencia, en su lugar “ser”; no es metafísico. Para mí sólo es metafísica la nulidad de la concepción o concepto “Ser”. A Belarte toca anularla (yo netamente creo que “Ser” es una inanidad verbal, frente única del trance único metafísico “extrañeza de ser”).

Yo doy o busco que se dé en el vivir el no-ser creído. Con este ejercicio Belarte volverá al “Yo de triple Reflexión”, al yo contemporáneo, su paz o claridad; lo librará de “ser”, es decir de discernir un No-Ser. El que puede en instante sentir que no es, es inmortal y claro.

Un abrazo, hasta pronto.

Este siglo será el del comienzo del no-ser por Arte, que desvalorizando por entero los psiquismos “ser”, “no-ser” y sus verbas, nos volverá a la casa del vivir inmortales.

Me apresuro a contestar a su pedido, para sentarme tranquilizado a leer sus libros, mientras le preparo un envío de mis libros también. Bien leídos los suyos, le escribiré.

De todo lo que he escrito, algunas percepciones metafísicas y de Arte valen y media docena de chistes, todo lo cual cabría en 10 páginas; la originalidad tardó en aparecer; primero como todos escribí diez años. Ahora reviso; y poseo verdades casi enteras. Si yo tuviera veinte días de buen trabajador ahora, preferiría no haber escrito nada antes y presentarme sólo con lo que está conforme a mi teoría de Metafísica y de Arte como hoy las poseo. Por eso hallo muy imperfecta esa conferencia y quisiera rectificarla con lo que le adjunto, transcripto al principio como nota. La conferencia es muy larga; puede usted disminuirla o extractarla.

Muy grata noción de usted me formé ayer: creo conocerlo. Por ejemplo creo que en usted son agudas y quizá sobreagudas su emocionalidad de Comicidad y su opuesta la de Tristeza: mate ésta. Me inspira usted especial confianza: creo no equivocarme.

Suyo,

Macedonio Fernández

ANEXO 3.
RESPUESTA DE GERMÁN ARCINIEGAS
A MACEDONIO FERNÁNDEZ

Buenos Aires, diciembre 4 de 1940

Mi querido Macedonio Fernández:

Cuando hablamos por teléfono a raíz de la publicación de su “Teoría de la Novela” en Revista de las Indias, me ofreció usted una nueva colaboración, y usted no tiene ni la más remota idea de lo exigente que soy yo como acreedor literario. Tengo indicios vehementes de que usted tiene escrita su “Teoría del humorismo”, y en estas condiciones le ruego cumplir su oferta de darme una nueva colaboración.

Esperándola, pues, quedo aquí su amigo de siempre.

Germán Arciniegas

ANEXO 4.
CARTA DE ENRIQUE ANDERSON IMBERT
A MARTALUCIA TAMAYO

Pleasanton, 21-XII-1996

Dra. Martalucía Tamayo
Bogotá

Estimada Amiga:

Conocí a Macedonio Fernández y he sido muy amigo de Germán Arciniegas. Me cuesta ver el “paralelo” entre ellos que usted sí ve. Arciniegas es una de las inteligencias más sanas, lucidas, cultas, agudas que he conocido. En cambio Macedonio era un “loco lindo”. Es uno de los mitos de la literatura Argentina, inventado por Borges y otros muchachos traviosos de los años veinte y tantos. Se le ocurrían cosas. Es decir, era ocurrente, pero su “idealismo” (que fue lo que Borges más estimaba de él) no era profundo. De esa visión idealista salieron páginas con aciertos poéticos, pero su obra no tiene el valor que los admiradores le han asignado. Ramón Gómez de la Serna lo ha elogiado pero compare usted los disparates poéticos de Ramón (un gran renovador de las letras) con las incoherencias de Macedonio y verá la diferencia entre la salud mental y la locura. Se parecen en las incongruencias de sus escritos, pero Ramón es un gran escritor muy inteligente; Macedonio fue un hombre interesante por sus desórdenes mentales pero a pesar de lo mucho que escribió no fue un escritor serio. Esta es mi opinión, probablemente equivocada. Me dicen que Borges, en una entrevista de los últimos años, confesó que él había exagerado el valor de Macedonio y que muchas veces lo hizo en broma.

E. Anderson Imbert

ANEXO 5.
PRIMERA CARTA DE MARTALUCIA TAMAYO
AL MAESTRO GERMÁN ARCINIEGAS

Bogotá, enero 11 de 1996

Maestro
Germán Arciniegas
E. S. M.

Apreciado Maestro Arciniegas:

Me he tomado el atrevimiento de dirigirme a usted, abusando de su paciencia e impulsada por mi descubrimiento de su amistad con Macedonio Fernández. Yo soy “macedoniana” de tiempo completo, y como tal, a veces soy irreverente.

Dentro de esa irreverencia que me caracteriza (hablo de una irreverencia bien entendida, si es que eso existe), he sacado tiempo y fuerzas para estudiar al “gran Macedonio”. Tanto me impresionó su obra, que no dudo en afirmar que su filosofía cambió mi vida, le dio un sentido diferente a mi existencia y ha marcado muchas de las acciones que he desarrollado. Con gran amor, he tenido la osadía de escribir un pequeño libro, relacionándolo a él con Borges, Cortázar y la Genética. Hablo de esa rama de la medicina en la que me especialicé y en la que actualmente trabajo.

Grata y grande fue mi sorpresa cuando hace algún tiempo descubrí que el libro *Epistolario* de las obras completas de Macedonio, se inicia con una carta dirigida a usted. Se trata de la recopilación de las cartas recibidas y enviadas por Macedonio y dentro del aparte titulado “Lector de Amigos”, incluye una misiva escrita a usted en abril 25 de 1940. Curiosamente, esa misma es la fecha de la primera carta que usted le envió (“Muy excelente don Macedonio Fernández”). Plagiándolo a Usted, Maestro, me permito con todo respeto decirle: “Con esta carta va un libraco mío, que le ruego recibir a título de amistad”. ¿Puedo pedirle que destine algo de su tiempo a leerlo y me de la satisfacción de escuchar sus comentarios? Debo ser muy irreverente, pues, para aspirar a su amistad.

Pero cómo podría no querer hacerlo, si usted fue amigo personal de Macedonio, habló con él, mantuvo correspondencia y conoce con toda seguridad muchos de sus secretos que yo ignoro. En sus cartas, ustedes dos hablan de conocerse sin conocerse. Me emociona saber eso, pues creo que he encontrado en usted el primer y único colombiano que pudiera ser cómplice de otra de mis osadías. Seguir escribiendo sobre Macedonio, a quien admiro “hasta el plagio”, como dijera Borges alguna vez.

¿Me ayudaría usted a analizarlo, a describirlo y a presentarlo públicamente? ¿Apoyaría la idea de que juntos escribiéramos algo mas sobre “el Macedonio que todos debiéramos llevar dentro”? Me atormenta la idea de que un personaje y una filosofía tal, no sean conocidos por todos. Creo que los colombianos seríamos distintos si tan solo intentáramos conocer, aprender y aprehender a Macedonio. ¿Soy muy irrespetuosa al hacerle este pedido?

De sus cartas intercambiadas con Macedonio, me ha llamado poderosamente la atención que la respuesta aparece publicada con la misma fecha de la suya. Esto me parece curioso y me inclino a pensar que quien recopiló la correspondencia pudo haber cometido un error. ¿Puede usted recordar la fecha de las cartas, o aún conserva la carta de Macedonio? Él promete enviarle algunas de sus obras; ¿sí cumplió su promesa? ¿Aún las tiene usted? ¿Continuó usted en comunicación con Gabriel del Mazo, el corresponsal y amigo de Macedonio? ¿Alguna vez habló con Adolfo de Obieta, el hijo poeta de Macedonio, su más querido amigo y recopilador de sus escritos? Son interminables las preguntas que quisiera usted me ayudara a resolver, y muy honrada me sentiría si quisiera dejarme saber algo más sobre este escritor.

Espero su respuesta.

Me complace “conocerlo, sin conocerlo”.

Cordialmente,

Martalucia Tamayo Fernández

ANEXO 6.
CARTA DE MACEDONIO FERNÁNDEZ
A GABRIEL DEL MAZO

[Muy amigo de nuestros dos personajes, quien ejercía la noble tarea de ser intermediario entre la correspondencia de Macedonio Fernández y Germán Arciniegas].

Abril de 1940

Gabriel:

(Si hablas con Arciniegas dile cosas alegradoras y no lo ajites, pues ayer recibió una carta mía: debe estar convaleciente, delicado todavía).

Seramente: yo juzgo la emocionalidad (la finura de su temática, no su quantum; creo que el quantum de emocionalidad como el de poderes intelectivos no es conocible sino después de muchos años de trato continuo, no se puede deducir de los chispazos de emoción o de intelección) de las personas primero; y creo que la de Arciniegas es viva y delicada. Recibí de él carta y libros y ya le envíe los míos. La idea de Estudiante de la Mesa Redonda es de singular valor de novedad; el valor artístico o sea de Versión, de ejecución no puedo juzgarlo aunque leí algo. Pero soy muy parcial a favor de toda temática de historicidad viva, de sucesividad y peregrinar de las vidas transcurridas; me fascinan las peregrinaciones del Vivir. No podré juzgarlo válidamente. Pero qué poesía inmensa de asunto ha sabido elegir Arciniegas.

Recibí tu carta de Sánchez. Otro camarada cálido. Le escribiré. Me levanté hoy con pujos de Empresa, y de Empresa americana, pero ya sé que mañana estaré agotado. A vos te toca ser delantero, dirigir y ser dirigido con estos amigos.

Hay que horrorizar a América de su Banalidad actual. Su banalidad es "Existir y ser República". Es un pasaje o tránsito justificado pero ya se cumplió y hay que pasarlo a:

Ser Fecundidad en Hermandad; Gobierno símbolo no gobierno gobernador; Capitalismo Vocacional no de Apropiación o Consumo; Elección universal simbólica; elección real no universal sino entre Dirigentes. Un Presidente pero sólo para significar Unión de iguales éticamente, dirigida por no iguales en Vocación.

¿En vísperas de que nos cambien esta Nada por otra?

El Individuo Perdido (En suma yo propongo)

Dos inmensas naderías empobrece la una y desmentaliza la otra a las poblaciones. La Vocación Gobierno y la Vocación Periodismo: fuerza sobre los cuerpos, fuerza sobre las mentes; leyes y órdenes de estorbación y de esterilidad, enunciados de ideas falsas y de falsificaciones de hechos, imposición de opiniones creídas o no creídas pero impuestas por obsesión, reiteración.

¿En la Vocación Capitalista la que manda en estas dos o son tres Vocaciones caóticas, independientes y enemigas entre ellas?

¿Es que esta guerra y la del 14 son simples "motivos americanos" de absoluta esterilidad?

En suma yo propongo:

Democracia Simbólica

Capitalismo sin Propiedad

Libertad, es decir Mínimo de Gobierno

El Gobernante Efectivo por Elección entre Dirigentes (Un Cuerpo Colegiado).

El Gobernante Simbólico, por Elección Universal. Jefe Único de las Fuerzas Militar y Policial.

Nacionalidad y Propiedad como concesiones prácticas, condicionadas por la Fecundidad.

Dictara esta Ley de Destino de la Riqueza natural, el Gobierno Colegiado no tienen casi más misión que lo Internacional.

Capitalismo y Fronteras condicionados por la Fecundidad.

Nacionalidad que no restringe el ingreso y sobre todo la apropiación de capital natural diferenciando extranjeros y nativos, deber ser respetada. La ley de Estados Unidos prohibiendo o limitando la propiedad natural a los japoneses es una de las causas del caos bélico actual. Y esa misma Estados Unidos agredió con otras a China para imponer el libre comercio. Otra causas (efecto a su vez) del caos actual fue la torpe agresión a los boers (a menos que éstos prohibieran a extranjeros ingreso y propiedad, lo que creo no ocurría).

Saludos

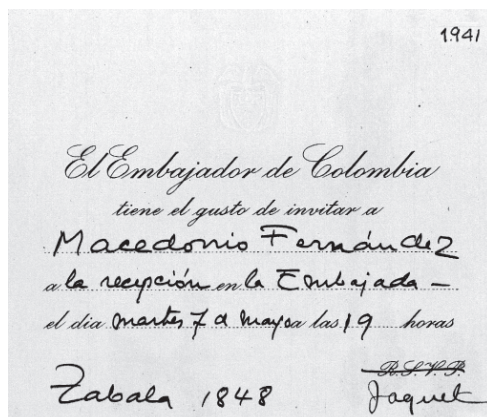
Macedonio

ANEXO 7.

INVITACIÓN DE GERMÁN ARCINIEGAS A MACEDONIO FERNÁNDEZ

Invitación que el Maestro Germán Arciniegas le hace a Macedonio para que asista a un cóctel en la Embajada colombiana el día martes 7 de mayo de 1940 a las 19 horas, en la calle Zabala 1848 de Buenos Aires. De jaquet mi querido lector, de puro jaquet.

Otro cóctel para el inasistente y “fugitivo” Macedonio.



ANEXO 8.
CARTA DE MACEDONIO
A JORGE LUIS BORGES

Querido Jorge:

Iré esta tarde y me quedaré a comer si no hay inconveniente y estamos con ganas de trabajar. (Advertirás que las ganas de cenar ya las tengo y sólo falta asegurarme las otras). Tienes que disculparme el no haber ido anoche. Soy tan distraído que iba para allá y en el camino me acuerdo que me había quedado en casa. Estas distracciones frecuentes son una vergüenza y hasta me olvido de avergonzarme.

Estoy preocupado con la carta que ayer concluí y estampillé para vos; como te encontré antes de echarla al buzón tuve el aturdimiento de romperle el sobre y ponértela en el bolsillo: otra carta que por falta de dirección se habrá extraviado. Muchas de mis cartas no llegan, porque omito el sobre o las señas o el texto. Esto me trae tan fastidiado que te rogaría que vinieras a leer ésta en casa. Su objeto es explicarte que si anoche tú y Pérez Ruiz en busca de Bartolomé Galíndez no dieron con la calle Coronda, debe ser, creo, porque la han puesto presa para concluir con los asaltos que en ella se distribuían de continuo. A un español le robaron hasta la zeta, que tanto la necesitan para pronunciar la ese y aún para toser. Además, los asaltantes que prefieren esa calle por comodidad, quejéronse de que se la mantenía tan oscura que escaseaba la luz hasta para el trabajo de ellos y se veían forzados a asaltar de día, cuando debían descansar y dormir.

De modo que la calle Coronda antes era ésa y frecuentaba ese paraje, pero ahora es otra; creo que atiende al público de 10 a 4, seis horas. Lo más del tiempo lo pasa cruzada de veredas en alguna de sus casas: quizá anoche estaba metida en la de Galíndez: ese día le tocó a Galíndez vivir en la calle.

Es por turnos y este es el turno de que yo me calle.

Macedonio

ANEXO 9.
“DOCTRINA ESTÉTICA DE LA NOVELA”

1940
REVISTA DE LAS INDIAS (SEGUNDA ÉPOCA)
TOMO VI, DE MAYO A JULIO DE 1940
ÍNDICE

Fernández Macedonio..... Doctrina estética de la novela Páginas 277 y 412.

DOCTRINA ESTÉTICA DE LA NOVELA

O SEA, IDEAS ESTÉTICAS DEL PELUQUERO, DEL MODISTO, DEL
MANICURO Y DEL MASAJISTA DE UNA BELLA DAMA... DE AJEDREZ

Iba andando noches pasadas por esas calles –que les pongan nombre, si quieren que uno sea exacto en la novelas realistas– cuando me asaltaron (parece mentira, a pocos pasos de una comisaría) dos ideas de estética literaria. Generalmente son tres o cuatro para asaltar, pero las ideas a mí no me tuvieron miedo; sabrían que me hallaba desprevenido y hasta temo de que se piense que apenas habrá sido una. Fueron dos. La primera la daré aquí, y la segunda, la que quedó de menos hoy, la elegiré cuando me regalen (no me faltan enemigos) los 70 tomos de alguna enciclopedia y un ancho telón para taparla. Para guarecerse de las ideas, de ser asaltado, es vano mudarse cerca de una comisaría; tampoco creo que las bibliotecas públicas con estatuas, y con la exclusividad del don del tedio que vaga en el recinto como privilegio suyo y con aires de silencio y reverencia, hayan sido, creadas para garantizarse de ideas.

Después de tanta vida pasada en la escuela elemental, luego Colegio Nacional, aulas universitarias, y además en leer todos los días todos los libros, todos los diarios y oír todos los discursos, queda uno desprevenido para tener ideas. La idea que voy a exponer es absolutamente mía: nadie la encontró antes que yo en otro autor. La expongo dirigiéndome al público lector en general, pues en cuanto a los artistas de este ardiente, inquieto y rico ya en realizaciones arte de Buenos Aires, nada pretendo enseñarles. Haré sólo la afirmación, sin la demostración de mi tesis. He aquí mis ideas generales de arte, y particulares al arte literario.

Llamo bella-arte únicamente a las técnicas indirectas de suscitación, en otra persona, de estados de ánimo que no sean ni los que siente el autor ni los atribuidos a los personajes en cada momento. Los “asuntos” son extraartísticos; no tienen calidad artística; son meros pretextos para hacer operar la técnica, y me parece singular banalidad en Goethe y común banalidad en Porto Riche, el pueril catálogo de los “asuntos”. Fuera de la técnica no hay arte: la invención de asuntos es un juego inocuo frente a la riqueza de temas y tramas de la vida cotidiana; y el esfuerzo de comunicar emociones por tocar directamente el alma de otro con exposiciones y combinaciones realistas, es pobrísimo en eficacia frente a los recursos espontáneos del gesto, los movimientos y los variados acentos de voz de una conversación familiar emocionada. Todo el arte está en la versión técnica, es decir, en lo indirecto, y el horror del arte es el relato y la descripción, la imitación

del gesto y de las inflexiones de la voz, como fin en sí; hacernos ir a platea para ver allí lo mismo que vemos en la calle y en la casa, los cuentos a familia y los monstruos o espeluznantes crímenes de las crónicas policiales de los diarios. La música no debe llorar para hacer llorar: el bandoneón que gime, el violoncelo que rechina simulando ira, el órgano constante trémulo y debatiéndome en ahogos, no son arte.

Diré de otro modo: una arte es tanto más bella arte:

1. Cuando más consciente, es decir, menos hijo del entusiasmo por un “asunto”; 2. Cuanto más técnico o indirecto: debe ser “Versión”, nunca enunciado; 3. Cuanto menos abultado en “asunto”, menos gruesa su emotivación. La Tragedia sin muerte, adulterio, suicidio, infamia, es la única. Si hay un “asunto” eminente único en el arte, sería el idilio-tragedia del Amor y su cesación por olvido, sin muerte, por imperfección, agotamiento de la facultad de simpatía: vivir con olvido los que se amaron es más tragedia que muerte. En este ejemplo la trama, “asunto”, no existe; 4. Una bella arte no existe si no se tiene una técnica imposible a todo otro arte, una sola y sólo ésa se usa. El verso, el Recitado, y Oratoria, el Canto con palabras, la Opera, el Teatro dramático y el Ensayismo literario enredado con didáctica o ciencia son espurinos. Cuanto más arte diferente se combina menor es su poder. El Cine mudo y sin membrete es un tipo de arte puro precioso, como la palabra escrita o hablada sin gesto, inflexión ni lujos de bella voz; 5. Una arte es tanto más pura cuanto menos grato a los sentidos es su órgano o medio de comunicación: el retrato de un anciano descolorido, marchito, es un tipo de arte puro “aunque no indirecto como debe ser el arte” sin agrado alguno sensorial; los desagradables signos de la escritura son también puros de toda sensoriedad; 6. Lo sensorial nunca es bella arte. Llamémosle desdeñosamente a lo sensorial, con pretensión artística, Culinaria.

Considero a la prosa en sus dos géneros, humorístico y serio, como siempre intelectualista, con la expectativa del concepto, y la expectativa del relato, como los dos instrumentos para suscitar súbitamente otro estado de ánimo ajeno a lo esperado y al relato. No me parece bella arte la literatura de comunicación al lector de los sentimientos del autor o de los personajes. Conforme a ello, ¿cuál es la técnica de la prosa o literatura no realizable por ninguna otra bella arte?

La observación del poder instantáneo de la prosa humorística escrita, de esos pobres signos escritos que provocan de súbito la convulsión de la risa, me indujo a pensar que la literatura que llamaré sería –pues la de Pasión que se contrapone a la humorística no puede ser de pura técnica como ésta, y me refiero a la humorística sin suceso, de mero concepto– debiera ser igualmente pronta y clara en su efecto y no tan dudosa como ante la crítica aparecen sus obras.

La humorística con asunto no es técnica; todo asunto que no es un mero pretexto, que tiene la infantil pretensión de que el lector lo crea, crea por instantes que está ocurriendo, es nulo para el arte; y aun me gustaría que toda novela comenzase con estas palabras: “supongamos que sucede esto y aquello”, y seguir el relato; la humorística debe ser puramente sorpresa intelectual y no caso cómico de la vida.

Ahora, ¿cuál es el suceso psicológico en el lector que debe obtener la prosa sería –y sólo puede obtenerlo ella y no la vida– en el curso de los sucesos de relato que son el pretexto? Aquí, amable público de ávidos lectores de novela, tengo que desengañarlos: por muchos siglos creéis haber leído infinitas novelas, habéis go-

zado íntegramente, absorbido mil tramas, “asuntos” y páginas, pero no habéis leído una sola novela, porque aquellos renglones no daban lo que llamaré lectura hecha, sino meras alusiones sin técnica a temas que os agradan y que con sólo nombrarlos –esto es lo único que hacían– desataban toda vuestra imaginación; gozabais de vuestros propios tesoros de fantasía emocional.

Aun más tengo que deciros, con desengaño vuestro e ingratitud mía a vuestra cortesía: a ninguno de los agitados personajes de las novelas sensacionales (y largas como a mí me gustaban: hoy sólo hay el cuento; ¿por qué cambios climatéricos o astronómicos ya las novelas no se puede seguir las?), a ninguno de aquellos personajes le sucedió nunca nada en ninguna de las esquinas o recovecos de la más urdida trama. Porque ¿sabéis lo que es sucederle algo a algún personaje?

Y aquí está el sensacional desenlace de mi teoría, contra los desenlaces u lo sensacional. A un “personaje” como tal sólo puede acontecerle un suceso; y toda la literatura, y toda la del arte de las novelas debe correr, debe dedicarse a que le suceda ese único acaecimiento posibles a un personaje. Los personajes tienen existencia de un solo o para un solo suceso: lo único que puede acontecerles como tales, pues en todo lo demás están solamente representando a tal o cual persona humana, que es a quien le pasa todo; lo único es: que por una técnica exquisita, sutilísima, el gran artista los pase súbitamente a la Vida. Así, todo en el Quijote es asunto, belleza natural no artística, arte no consciente, humorístico y serio, espontáneo producto de entusiasmo –lo que el asunto produce en el autor–, no de técnica. Es la más grande de las casi novelas, mucho más psicológica que las menudencias de psicoanálisis de los novelistas del monólogo interior, pero no es bella arte: es producción de una belleza natural, realismo psicológico. Mas en una misma obra máxima de arte no consciente. Leed nuevamente el pasaje en que el Quijote se lamenta de que Avellaneda publique una inexacta historia de él; pensad esto: un “personaje” con “historia”. Sentiréis un mareo; creeréis que Quijote vive al ver a este “personaje” quejarse de que se hable de él, de su vida. Aun un mareo más profundo: hecho vuestro espíritu por mil páginas de lectura a creer lo fantástico, tendréis el escalofrío de si no seréis vosotros que os creéis al contrario vivientes, un “personaje” sin realidad.

Este estado de ánimo, el mareo de la personalidad en el lector, sólo la literatura, la intelectualista, no la científica, puede darlo, y es el primer hecho de la técnica literaria. Varios otros casos de la literatura que parecen análogos no tienen ni el sentido hondo ni la eficacia concisa de estos dos renglones de la genuina bella arte de la prosa. Calderón en su infantil impresión de confusión de ensueño y realidad, Shakespeare explotando los sosías, y lo mismo los fáciles y repetidos simbolismos que se usan en el cine, no son técnicas, no tienen categoría artística.

En suma, una novela es un relato que interesa sin que se crea en él y retenga la lector distraído para que opere sobre él, de tiempo en tiempo, la técnica literaria, intentando en él el mareo de su sentimiento de certidumbre de ser, el mareo su yo.

He terminado, y mucho me alegraría modestamente que algún lector diga más tarde por ahí en mi elogio: “para lo poco que sabía del asunto, bastante habló, porque no es gracia hablar de lo que se sabe”.

ANEXO 10.

“UNA TEORÍA DE LA HUMORÍSTICA”

1941 - REVISTA DE LAS INDIAS
(SEGUNDA ÉPOCA)

TOMO VIII
DE NOVIEMBRE DE 1940 A FEBRERO DE 1941

ÍNDICE

De Obieta Adolfo.....	Elegía de un quizá amor después de muerte	458
Fernández Macedonio.....	Una teoría de la Humorística	96

UNA TEORÍA DE LA HUMORÍSTICA

En mi ansiedad antigua por un arte puro, por una perfección de no realismo, me he encontrado con esta definición última: sólo es belarte aquella obra de la inteligencia que se proponga no un tópico o faz de la conciencia, sino la conmoción de la certeza del ser de la conciencia en todo y que para esto no se valga de raciocinios.

La Belarte concienical, única digna de la lucidez actual de la conciencia del hombre, que en su grado presente de agudización, de iluminación refleja, queda intocada, ignorada por todo lo que se ha llamado hasta hoy “arte” –y que bien mirado es un juego pueril–, ha hallado su órgano absolutamente puro por sí perfecta insipidez intrínseca, que es la escritura. No veo esperanza de que otro órgano pueda conducir a otra Belarte; no cavilo qué otro órgano podría ser absolutamente asensorial, insípido.

Poseedora desde hace siglos de este signo que tiene la divinidad de una perfecta asensorialidad, la humanidad no ha hallado hasta ahora, sin embargo, el noble uso artístico, genuino de la Palabra. Al contrario, con una verdadera abyección se ha complacido en despojarla de su esencialidad divina con la predilección por la palabras más sonoras y su ridículo acompasamiento en ritmo y rima, y la rebusca infantil de las más manoseadas asociaciones de “palabra” e “impresiones de vida”. El empeño ha sido macular con la vida la palabra y enaltecer las copias con servilismo vital.

Yo creo haber encontrado que sin doctrinas, explicaciones, y principalmente sin raciocinios, pueden crearse dos momentos, únicos genuinamente artísticos, en la psiquis del lector: el momento de la nada intelectual por la Humorística Conceptual, mejor llamada Ilógica de Arte y el momento de la nada del ser concienical, usando de los personajes (Novelística) para el único uso artístico a que debieron siempre destinarse, para hacer creer en un carácter, un relato, sino para hacer al lector, por un instante, creerse él mismo personaje, arrebatado de la vida. No pudiendo aquí desarrollar mi teoría general de Belarte, y especialmente de la Novelística, y debiendo cumplir con el propósito de dar una teoría de la humorística como cultura del momento de “nada intelectual”, no como realística de suceso de chasco, diré que así como los personajes tienen aquel destino nuevo y único que yo les señalo, así en humorística los sucesos, el suceso mínimo necesario, no

se proponen la creencia en el sucedido sino sostener una expectativa de entender y derivarla instantáneamente a un segundo de creencia en lo absurdo.

Los estudios plenos del chisme debían explicar el fenómeno fisiológico de la risa, el hecho de que esa risa sea un placer, y la esencia inteligible del hecho o formulación mental que debe causar aquella risa; pero también debíase explicar qué signo afectivo deben tener siempre esos hechos. Esto último es lo que se ha olvidado uniformemente. En profundos estudios que se han hecho desde Kant, Schopenhauer, Spencer, Kraepelin, Bergson, Freud y muchos otros, se llegó a dar acertadamente mucha luz sobre la estructura esquemática mental de la causa psicológica de la risa; pero anunciándola sólo intelectualmente; no han visto el signo afectivo constante de la temática de la risa: que la esencia del sucedido sea alusión a felicidad.

Si suponemos que Bergson es de los que han tratado más inteligentemente el problema, encaminemos la exposición con la ayuda de dos textos suyos: “La risa se produce todas las veces que en lugar de la reacción inteligente y adaptada que el individuo debía mostrar, él tiene una reacción automática e inadaptada”; “el procedimiento cómico debe definirse: lo mecánico calcado sobre lo viviente”.

A lo cual digo: esto define una equivocación como ingrediente dominante de todo momento cómico; ¿pero acaso no valen tanto los muchos otros géneros de equivocación? Por mi parte, añado dos elementos y enuncio así la definición de lo cómico: toda equivocación, pero que no haga daño (el hecho cómico debe resultar inofensivo pero debe haber habido la posibilidad de daño) y que implique la intención de prudencia y de acierto para un bienestar propio o ajeno y por ello se ejecute con satisfacción actual sentida. Esta satisfacción o contento, acompaña a un acto equivocado pero sin peligro y más bien por exceso de prudencia útil que por imprudencia, es el ingrediente grato esencial que explica que también la emoción por él despertada de risa sea grata. En suma, aporto que lo que ha olvidado siempre era lo esencial y lo más obtensible: el placer de lo cómico y su risa es justamente lo que constriñe a buscarle una explicación originaria de placer: debió pensarse siempre que debía tener un correlato temático también de significado grato.

Si una persona atareada tropieza y cae, algunos ríen; pero si huyendo atemorizada cae, no nos reímos; en el primer caso reímos porque el hombre en actividad está en el placer de la actividad, o espera un resultado de placer de esa actividad. Nos reímos cuando hay infatuación, engreimiento o sentimiento de estar en el camino o en una empresa acertada, mientras el golpe acaece en la actividad de traslación o de cualquier otro orden, un percance de torpeza. Nadie se ríe si una persona cae cuando camina con modestia o con recato, nadie se ríe de las caídas de un niño; pero sí del hombre que va muy presuntuosamente puesto o muy manifiestamente satisfecho de sí mismo y resbala. Nos alegra el pequeño castigo a su infatuación que ayudará a mejorar su carácter, puesto que va implícito que no hay daño. (El que contempla con agrado una caída con daño, tiene placer –de crueldad– pero no risa).

De todos modos, esta risa de espectador es secundaria; la fuente manantial total es la risa del sujeto. Mucho más significativo de valía de inteligencia y carácter, es la risa del que se cae, por sobre todas las risas de los que lo ven caer; se

trata de una emoción aborigen, primera, del carácter con un tema de sí mismo; es una emoción de la Paciencia inteligente y de la Valentía inteligente; es una emoción alegre de la superación del carácter o persona sobre la contingencia estúpida o enemiga del cosmos. (Para hacer frente al problema centralmente, hay que encarar, pues, la risa del que ríe de sí mismo, y del espectador que ríe del percance inofensivo de otro, con capacidad para reír del mismo cuando le ocurra a él).

Veamos cómo funciona en concreto esta tonalidad optimística que procuramos poner de relieve. Tomemos el famoso chiste de Heine que ha servido para múltiples análisis, y entre ellos uno muy circunstanciado de Freud, sometámoslo por nuestra cuenta al examen desde nuestro punto de vista. Se trata de un cierto hamburgués llamado Hirsch Hyacinth que, vanagloriándose de su amistad con el barón Rothschild, dice: “Así como es cierto que de Dios viene todo lo bueno, una vez estaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y éste me trató de igual a igual muy familiarmente...”

Dejemos de lado el análisis del mecanismo de este chiste realizado por Freud que lo caracteriza como un chiste por “condensación con formación de sustantivo”: familiar es la palabra mixta que entraña el efecto hilarante. Para mí, la gracia está en la resignación o humildad o modestia del que relata una situación de la que está consciente que le fue humillante. Esa buena facultad de la humildad que le permite hallar placer hasta en el relato de su propia humillación. Hay dos elementos: jugar con el lector u oyente, porque hasta el final de deletrear “famili” les hizo creer una cosa (máxime después de la expectativa del “de igual a igual”), y adicionándole “onarmente” (podría decirse, estrictamente, “onar”, pues la terminación del adverbio correspondía), o sea haciendo una palabra de dos concepciones opuestas: trato familiar y trato milionar, los sacó bruscamente de esa creencia, de donde el elemento optimístico está en que jugó con el lector por medio de la expectativa fallida; pero la tonalidad placentera esencial proviene de esa actitud del relatante, de cómodo cinismo, tranquila resignación a la humillación. Así mismo, hay reflejo optimístico en el hecho de que el millonario se dio su santa comodidad, lo que compensa o neutraliza el dejo de amargura que ha sido señalado en este chiste para la parte relatante. También juega con la idiomática, y esto es una exhibición de habilidad, siempre grata. El encarecido mérito de la brevedad de los chistes, confirma mi teoría de la esencialidad optimística aneja a la temática del chiste. Porque la brevedad es uno de los grandes esfuerzos y habilidades en el manejo del idioma: es mérito de toda redacción, no sólo de la del chiste.

¿Por qué “familiarmente” no entristeció a los lectores u oyentes? Tal la cuestión. Yo por ejemplo invento esta situación:

-¿Y aquel médico lo curó por fin a su mucamo?

-Si, lo curó mortíferamente: no de “esa” sino de toda otra futura enfermedad.

¿Por qué no nos reímos? Aquí hay sorpresa y exhibición de habilidad idiomática; si la temática hubiera sido feliz, el chiste estaría completo. Falta esto y falta todo. Es una ironía, pero no es una comicidad; no tenía alegría. Sarcasmo, sátira, ironía, no pertenecen pues al género de la comicidad, aunque posean una de las notas de ésta, que es la sorpresa, el jugar con el lector.

En suma, nos parecería reconocer en la teoría de Bergson la debilidad esencial a toda teoría de la comodidad (que es una teoría de una de las fases de la Felicidad o Alegría) de que la esquemática propuesta es en ambos casos aplicable a situaciones trágicas de error, torpeza, desacierto. Y esto porque no se percibe una verdad que, si hubiera axiomas con algún sentido, debiéramos llamarla axiomática: y es que una emoción placentera, como es la de comodidad, no puede derivarse sino de una alusión a acto, facultad o ocurrencia grato o conducente a lo grato.

Esta alusión a felicidad es común al humorismo realista y al conceptual; en el primero se refiere la felicidad a la comicidad de los aconteceres, felicidad de sí mismo, felicidad de la inocencia, etc.; en general la comicidad de sucesos vive de una deliciosa Cínica de la felicidad, por ejemplo en este chiste:

-¿Habla usted francés?

- Yes, sir.

-¿Pero usted me contesta en inglés?

-¿Ah, en inglés? ¿Así que también hablo el inglés?

El humorismo conceptual, en cambio, funciona siempre el autor con dos elementos optimísticos, además del de la temática: su exhibición de facultad de ingenio (toda exhibición de facultad es muy gustada) y su juego inofensivo con el lector. En el humorismo realista hay un suceso real cómico, que no radica en el enunciado redaccional; en el conceptual, la comicidad reside en la expectativa defraudada y en el aserto, primando definitivamente, de un imposible intelectual.

Pero ese Humorismo Realista debe ser desechado, pues es un realismo como todos, es decir, no prueba facultad, porque vive de copias; lo abarca completamente la crítica del Realismo en arte. Como lo he significado en otra ocasión, el Realismo tiene valor extraartístico, de autenticante de la adoración; el arte tiene horror a la Autenticidad. Además, el humorismo realista o de sucesos carece del efecto concienical; puede revestir gracia verdadera y causar placer, pero no posee la virtud de conmover la certeza de la conciencia.

En el Humorismo Conceptual hay risa: viene de que el autor juega con el lector, y jugar es alegría. Supongamos el caso del chiste conceptual específico: “Eran tantos los que faltaban, que si falta uno más no cabe”; las personas muy disciplinadas creerán apenas la verdad enunciada, pero las personas inexpertas creen en ese instante que ya no cabía un más faltar, que el local era estrecho para que faltaran más personas. La equivocación la hay, pues el más de una cosa, en los más frecuentes casos, ocupa más espacio, y de lo más el público espera que por un momento llegue a no caber; que no cupiera más faltantes, que a uno más que falte no habría dónde meterlo. Aquí hay alusión a felicidad, a contento, en el hecho de que el autor juega con el lector, y puede haber en el público o lector que ha conservado la virginidad de sus emociones, la risa madre: el público común, incauto, se reirá al advertir que ha creído en semejante disparate por un momento (la ausencia de algo, si aumenta mucho, no cabe); en un público ingenuo habrá dos risas: la de reírse (de sí mismo) por haber creído un absurdo y la risa amistosa hacia el hombre que ha jugado con él. La actitud del lector aporta dos intuiciones de signo placentero: el hecho de juzgar y el hecho de poseer la destreza de provocar un caos mental momentáneo en otro.

¿Cuál es el efecto concienical, para nosotros genuinamente artístico, que produce el humorismo conceptual? Que el Absurdo, o milagro de irracionalidad, creído en un momento, libere al espíritu del hombre, por un instante, de la dogmática abrumadora de una ley universal, de la racionalidad. Aunque la “racionalidad” tiene resonancia afectiva positiva, es decir placentera, porque parece sinónimo de seguridad general de la vida y conducta, sin embargo basta que se la presente como una ley universal inexorable para que sea un límite a la riqueza, en variedad y posibilidad, de la vida. Y esta limitación, como cualquier otra, tiene en la conciencia una resonancia afectiva negativa. Variedad u libreposibilidad revisten tonalidad positiva optimista; pero, además, se adiciona a esta tonalidad temática, según se ha repetido, el hecho de que el autor ha jugado, mejor dicho ha logrado jugar, con las vigilancias más alertas y universalidad de nuestra sanidad mental. Este jugar, por una parte tiene tonalidad positiva en cuanto es juego, aunque a costa de nosotros (pero un costo absolutamente inofensivo: un instante de creencia en el absurdo), y posee tonalidad afectiva también, por que en él el autor despliega una gran facultad, una sutileza envidiable de arte de engañar; toda facultad es deseable y todo despliegue de facultad es espectáculo grato.

Como se ve, para mí es un mérito que un procedimiento artístico conmueva, conturbe nuestra seguridad ontológica y nuestros grandes “principios de razón”, nuestra seguridad intelectual. ¿Cómo pueden ser un mérito estas turbaciones? Mi argumento parecerá intrincado; para mí es bien claro: si con actitudes o dichos de un personaje de novela consigo por un momento que el lector sintiente, vivo, se crea “personaje” vacío de existencia, tenga susto de estar muerto, de ser la fantasía de otra mente, sentirá por lo mismo la liberación de la muerte, es decir que su noción de que ha de morir es poco consistente puesto que cabe en su experiencia, conciencia, en su vida en suma, que ocurra el hecho mental de creerse muerto, en lo que el creerse es un vivir. Asimismo, en la que yo llamo Ilógica de Arte o Humorística Conceptual, el desbaratamiento de todos los guardianes intelectivos en la mente del lector por la creencia en lo absurdo que ella obtiene por un momento, lo liberta definitivamente de la fe en la lógica, como se libró William James, y yo, gracias a él quizá, de esa lógica de los valores lógicos.

La Novelística y la Ilógica de Arte o Humorística deben ponerse a tono con la agilidad y desdoblamiento de la aguda conciencia contemporaneidad. Tomemos en cuenta que estamos en el siglo de la Tercera Reflexión del Yo (el Yo que piensa en el Yo que pensaba ayer en el Yo).

Para finalizar, como la ejemplificación sería extensísima, yo invito a los lectores a que se propongan algún ejemplo de comicidad que les parezca que no podré reducir, acondicionar a mi teoría optimística esencial de lo cómico. El chiste por la palabra (también lo hay por gestos y actos deliberados, como en el caso de los payasos), el únicamente artístico, es decir no realístico debe contener esencialmente: 1. un absurdo absoluto creído, 2. sin elemento de daño o depresión, 3. precedido de una promesa implícita de comunicar algo importante y racional, y 4. placer resultante, sin risa pero con alegría, proveniente de la liberación de la lógica, y placer con risa del hecho de haber sido burlado ingeniosamente por el autor.

Finalizando otra vez, repito que causa extrañeza, por parte, que se haya propuesto por Kant y ratificado por Spencer, una definición de lo cómico por expectativa fallida: porque ésta también es perfectamente una definición de la tragedia. En cuanto a la alegación de una suspensión y subsiguiente reanudación ansiosa de la respiración por una ruptura de la atención, está perfectamente para describir la fisiología y el placer psicológico de la risa, pero, estrictamente, lo cómico debe definirse en la calificación de su temática, no en fisiologismo emocional. Y repito que es curioso que uno de los grandes capítulos del placer humano, cual es la Comicidad, no haya hecho adivinar que su temática dominante tenía que ser esencialmente una referencia a la felicidad, al placer. Baste al lector este resumen de un texto largo y a veces débil, por apresuramientos; simplifico y corrijo:

La risa en la vida es causada siempre y únicamente por un error de credulidad o de precauciones ineficaces, por nuestra felicidad (típico: el caso del hombre bajito que se agacha al pasar bajo una portada alta; el niño que cree que pudo aprender un idioma extranjero sin trabajo alguno). El chiste verbal o por actos intencionales es ante todo de placer de poder creer un instante en la todo-posibilidad intelectual.

Macedonio Fernández

ANEXO 11. FOTOGRAFÍA DE MARTALUCIA TAMAYO CON GERMÁN ARCINIEGAS

Foto con el maestro Germán Arciniegas en 1998, cuando nos sentábamos a conversar sobre Macedonio Fernández y otros temas, en el estudio de su apartamento en la carrera 10ª con calle 92 en Bogotá.



ANEXO 12.
FOTOGRAFÍA DE MACEDONIO FERNÁNDEZ

La foto de Macedonio Fernández que me entregó su hijo, Adolfo de Obieta, en mi visita a Buenos Aires en 1998, cuando también nos sentamos largas tardes a grabar nuestras charlas sobre Macedonio Fernández, su vida y obra; pero también a conversar sobre su relación con Germán Arciniegas.

